UN TAXI A LA FELICIDAD

BAPTISTE BEAULIEU

Siete días, ni uno más ni uno menos. Este es el tiempo que un médico alicaído, que ha perdido toda la ilusión por la vida y por su vocación, concede a una excéntrica taxista para que le demuestre por qué vale la pena vivir.

El mismo día en que un doctor afligido decide poner fin a sus penas, aparece al volante de un taxi una estrafalaria conductora con un don muy especial, adivina qué pensamientos planean por su mente tan solo con mirarle a los ojos. La mujer le hace una petición: que le conceda una semana antes de llevar a cabo su propósito.

Siete días con el cronómetro en marcha en los que esta misteriosa anciana someterá al doctor a todo tipo de pruebas, a cada cual más sorprendente y original, para convencerlo de por qué merece la pena seguir viviendo. Pero ¿lo logrará? ¿Qué vencerá: la desesperanza o las ganas de vivir? Y lo más importante, ¿quién es esta extravagante señora que reencarna con tanta vehemencia la felicidad y la vitalidad?

Comienza la cuenta atrás…

Una novela ingeniosa con una original premisa que rebosa imaginación, ternura y humor.

epublibre

Baptiste Beaulieu

Un taxi a la felicidad

Una cuenta atrás

ePub r1.0
Titivillus 23.01.2017

Título original: *Alors vous ne serez plus jamais triste*
Baptiste Beaulieu, 2015
Traducción: Romain Puértolas

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Edipo, viejo, parricida, incestuoso, sacrílego, sin corona y vagando por los caminos de Grecia, dijo: «A pesar de tantas pruebas, mi edad avanzada y la grandeza de mi alma me hacen juzgar que todo está bien».

SÓFOCLES, *Edipo en Colono*

Porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Advertencia

La numeración de las paginas de este libro es decreciente. No es un error de edición, sino la voluntad expresa del autor.

La historia que vas a leer es un relato de los siete últimos días de una vida.

Es una cuenta atrás.

Nota del Autor Digital

La advertencia descrita anteriormente es la que lleva, en su primera página, la edición de la novela en formato papel. En un primer momento pensé simular una cuenta atrás en la paginación, pero tras varias pruebas comprobé que no quedaba bien y que no le aportaba ningún valor añadido a la novela en formato digital, por lo que la numeración de las páginas es la normal. No obstante, he dejado la advertencia que lleva el libro en formato papel, para que sepáis como lo ha planteado el autor en ese formato.

Cuando cuento la maravillosa historia del médico que no quería vivir, me acuerdo de que había tratado a la señora Barca muchos años antes. La mujer tenía el vientre enorme, una verdadera sandía. Y por más punciones que le practicaran en el hospital, regresaba a este en el mismo estado casi de inmediato. Se lo pinchaban de nuevo y volvían a extraerle casi tres litros de líquido. Una auténtica tragedia griega a la que el equipo facultativo tenía que enfrentarse. La señora Barca era una paciente asidua de urgencias. La primera vez que vio al joven médico, enfundado en su inmaculada bata de estudiante, se negó a que le vaciara la tripa.

—Soy un poco tiquismiquis. Me dan miedo las agujas y los estudiantes que las usan.

El joven médico, que estaba de prácticas, retrocedió hasta la puerta de la habitación y salió. Pero la visitó cada hora, sonriente, quedándose unos minutos antes de marcharse tal como había llegado, silencioso y dócil. Cuando la paciente aceptó finalmente que se ocupara de su vientre, él lo hizo con una torpeza enternecedora y mucha delicadeza. Después de ese primer intento la señora Barca no quiso que nadie que no fuera él se ocupara de su tratamiento. El joven médico pasaba por su habitación entre dos y tres veces por semana. Como era lógico de esperar, se hicieron amigos. Por desgracia, un día él le dijo:

—Señora Barca, mis prácticas se acaban. Pronto otro interno se ocupará de usted. Lo siento.

La mujer se quedó desconsolada. Y él se marchó a toda prisa.

Por supuesto, de vez en cuando el joven médico llamaba al hospital para tener noticias. Hablaba con sus sustitutos:

—¡Solo me quiere a mí y a nadie más! —le decían.

Por más que se alegrara por la señora Barca, no podía ignorar la extraña sensación de que un par de largos cuernos le crecían en la frente.

«¡Idiota!», pensaba. «Antes, solo te quería a ti…».

Al cabo de un año regresó a aquel hospital y se acercó a su antiguo departamento.

—¿Está la señora Barca?

—Esperamos que venga el jueves para realizarle una punción. ¿Querrás hacérsela tú?

—¡Por supuesto!

Llegado el día señalado se levantó, se afeitó, se arregló su mata de

pelo rubio y se puso una bata limpia.

Cuando entró en la habitación tuvo la sensación de que la mujer no había cambiado, seguía teniendo la misma bonita cara, y se sintió afortunado por estar con ella y poder cuidarla de nuevo.

Sí, realmente, pensó que era feliz.

Se sonrieron.

—¿Como antes? —preguntó la paciente.

—Como antes —respondió el joven.

El tiempo transcurrió y el médico cumplió cuarenta años. Su media melena se mantenía pulcramente recogida detrás de las orejas y aún tenía las mejillas sonrosadas. Pero sus labios eran ahora una línea roja, y la expresión de su rostro era tan triste que todo él parecía apagado y desteñido.

En el trabajo siempre llevaba los mismos pantalones oscuros, la misma camisa clara impecablemente planchada. Habría sido incapaz de vestirse de otra manera. Desde la muerte de su mujer era un hombre en blanco y negro.

Por lo demás, la mañana de invierno en que esta historia empezó los dioses del Norte habían salpicado de nieve la ciudad, el sol brillaba, un pájaro trinaba alegremente en la rama de una higuera y la vida del médico iba a dar un giro definitivo. Había decidido quitársela esa misma noche.

Siete días antes del entierro

El encuentro bajo la higuera

Era temprano cuando salió de casa y vio un flamante taxi nuevo aparcado cerca de la higuera roja. Por lo general, estaba acostumbrado a caminar un buen trecho antes de encontrar uno, pero ese día había tenido la mala idea de ponerse un par de mocasines de piel y se le estaban calando. Reparó en las roderas que el vehículo había dejado sobre la nieve y las siguió hasta él.

El vecino del piso de abajo, un tipo regordete y paticorto, lo adelantó y avanzó bamboleándose hacia el taxi.

«¡Mierda!», pensó el médico. «Si voy andando hasta la avenida seguro que luego tendré que tirar los zapatos».

Le gustaban mucho aquellos zapatos. Una manera como otra cualquiera de no pensar demasiado en la muerte.

El vecino intercambió unas palabras con el conductor, pero acto seguido continuó su camino escupiendo una sarta de reniegos.

Una mano izquierda arrugada, con un reloj azul en la muñeca, asomó por la ventanilla delantera del taxi y dio unos golpecitos con elegancia a un largo pitillo. Una vez a la altura del chófer, el médico se percató de que se trataba de una anciana. Rebuscaba en un bolso en el que, al parecer, reinaba el caos. La mujer lanzó un pequeño grito de alegría y, con la habilidad de una maga, hizo aparecer dos comprimidos blancos, que se tragó en el acto.

—¿Está libre? —preguntó el médico después de toser para advertirla de su presencia.

La anciana volvió la cabeza y lo observó sin decir nada, sin pestañear siquiera. Su cuerpo delgado flotaba dentro de un vestido de gala tan elegante como estrafalario.

—¿Qué me dice? ¿Está libre? —repitió el médico al tiempo que dibujaba un esbozo de sonrisa en la máscara gris que le servía de rostro desde hacía unos meses.

Cuando Abuelita-vestido-de-gala señaló el asiento trasero, se fijó

en que en la muñeca derecha llevaba otro reloj, este amarillo.

—Venga, querido, ¡suba!

La vieja maga

En cuanto entró en el coche varios olores se le colaron en la nariz: cuero, tabaco, colonia barata. Instintivamente buscó el olor de su mujer. Por educación, preguntó a la conductora si su perfume era francés.

La anciana se encogió de hombros. En el espejo, el rabillo de sus ojos se arrugó como resultado de una franca y gran sonrisa.

—En efecto, es francés —confirmó—. Mi última locura. Nunca cedo a la tentación, al contrario, acabo con ella.

Silencio. El médico abrió la boca para indicar su destino, pero la mujer se le adelantó para decirle que no arrancaría hasta que se abrochara el cinturón.

—Imagínese que tenemos un accidente… —Dio un violento puñetazo en el salpicadero—. ¡Por san Cristóbal! Está prohibido morirse en mi taxi, señor.

El hombre agarró dócilmente la cinta y accionó el mecanismo. Ella asintió y se acarició un instante una cicatriz en forma de «8» que tenía en la frente. Durante un segundo miró las manos de su pasajero.

—¿Es usted pianista, querido?

El hombre echó un vistazo impaciente a su reloj. Deseaba morir, iba a morir, no tenía tiempo que perder.

—Soy cirujano. Lléveme a la clínica Oeste, por favor —dijo sin disimular su incomodidad.

—¿Y si no quiero hacerle ese favor?

—¿Disculpe?

—Digo que no le llevaré allí, querido. No tengo ganas. En cambio, conozco un bar en el que hacen un café asqueroso pero unos buñuelos de muerte.

Su voz era ronca, y el médico dudó un momento: marcharse o quedarse. El buen sentido decidió por él. No era cuestión de

estropearse los mocasines. Se señaló la muñeca con el índice.

—El tiempo pasa, señora. Usted es taxista, ¿no? ¡Pues conduzca!

—Bla, bla, bla —le imitó la anciana a la vez que lucía sus relojes. Luego aplastó con saña su pitillo en el cenicero, como si chafara una serpiente, y cogió otro—. ¡No creo que sea el primer médico en hacer esperar a sus pacientes! —Hizo ademán de mover algo de derecha a izquierda en el habitáculo—. La esperanza de vida que los médicos te dan por una parte te la quitan por otra en sus salas de espera. ¿Tiene citas?

—No. Pero tengo que poner en orden unos papeles —dijo él por si acaso, de pronto consciente de que encerrarse en una oficina el último día de su vida era absurdo—. De todas maneras, no es asunto suyo.

—¿Papeles? ¿Solo papeles? Entonces no hay ninguna prisa. Decidido: ¡café asqueroso y buñuelos diabólicos!

Un nuevo efluvio de perfume golpeó la nariz del médico. Pensó en su mujer y comenzó a sudar a pesar del frío invernal. Su mujer siempre decía que tenía una paciencia de ángel.

—Deme una sola buena razón para acompañarla, señora.

—Vale. Mi tía Maria.

—¿Su tía Maria?

El médico frunció el ceño.

—¡Era una mujercita fantástica! La cuarta de una gran familia, y tenía un…

Irritado, puso los dedos en la manija de la portezuela para advertir a la anciana.

—Mi tía Maria tenía un don —dijo ella del tirón—. Cuando sintió próxima su última hora, me lo trasmitió. —Los rasgos de la mujer cambiaron, su expresión se hizo más convincente—. Le bastaba con mirar a alguien a los ojos para adivinar la hora y la fecha exacta de su muerte.

Se inclinó hacia él y olfateó el aire con las aletas nasales abiertas.

—Por más que usted quiera disimular, apesta a pino, Teddy Bear.

El país devastado

El médico se quedó sin voz. Luego le faltó el aire.

Se deshizo el nudo de la corbata al tiempo que se quitaba el cinturón de seguridad, y se precipitó afuera. Lo abandonaron las fuerzas y cayó en la acera. Una pequeña nube de nieve voló a cada lado de su trasero.

La anciana salió sin prisa del coche, agarró una alfombrilla y la tiró a su lado. Era tan guapa como vieja y más huesuda que un paraguas plegado.

—Mi tía Maria nunca se equivocaba, querido.

Le puso una mano en el hombro.

—¡Jamás se ha visto a un condenado rechazar un último buñuelo!

Todo daba vueltas en la cabeza del médico. Apenas sintió el frío que le calaba los pantalones.

—¿Cómo lo ha sabido?

Ella hizo una bola de nieve y, acto seguido, le practicó dos grandes agujeros para los ojos, dos pequeños para la nariz y un surco para los labios. Explicó al médico que lo llevaba escrito en el rostro y sobre todo en los ojos. Bajo sus cejas, largas y muy rubias, según ella, en sus iris y en el borde de estos. Por más que se esforzaba en disimular, estaba escrito en su cara, y lo único que ella había hecho era leer: «¡Hola! Me ronda la muerte y será violenta. Un suicidio, sin ninguna duda. Un beso».

—¿Tan buenos son esos buñuelos?

No sabía por qué había hecho la pregunta. Era estúpido. Apretó la mandíbula por temor a añadir algo más.

—¡Por san Cristóbal! —juró la mujer catapultando la bola de nieve contra la higuera—. ¡No los comerá mejores!

La anciana ayudó al médico a levantarse de la acera y lo acomodó en el asiento del copiloto.

Además del cuero de sus zapatos, le preocupaba ahora el de los asientos del coche; estaba empapado e iba a humedecerlo todo.

—No pasa nada —replicó ella—, tan solo es piel de vaca muerta.

Mientras se ponía el cinturón le aseguró que el café estaba asqueroso de verdad. Jugo de calcetines… ¡de calcetines muy sucios!

Él negó con la cabeza, casi dispuesto a rendirse.

—No tengo sed, señora.

—Yo tampoco, querido.

—Ni hambre —alegó, agotando sus argumentos.

Los labios de la anciana dibujaron una sonrisa resplandeciente.

—¡Es fantástico! —exclamó—. ¡Tenemos muchísimas cosas en común! Vale, no iremos a ese bar. Y tengo pañuelos… por si quiere llorar.

—Me harían falta demasiados.

—También tengo una toalla en el maletero. La usaba para los perros.

—¿Lloraban?

—No. ¡Apestaban! Imagínese dos inmensos labradores locos y exagerados —añadió ella—. ¡Un día les lancé un palo y volvieron con un árbol!

Aquello no le hizo reír. Fue gracias a un perro perdido en un pasillo del hospital que encontró a su mujer. Echó una mirada hacia la carretera, y la conductora introdujo la llave en el contacto. La radio sonó a todo volumen, y el pitillo que a duras penas sujetaba la mujer entre los labios cayó bajo el asiento.

—Lo fumaré más tarde. Hasta el filtro.

Se dio la vuelta hacia él.

—¿Entonces…?

El hombre la miró y le sonrió. Porque sí. Tenía edad para ser su madre, y supuso inocentemente que una sonrisa bastaría para callarla.

—¿Hablamos? —insistió ella.

Fracaso… Se dio la vuelta hacia la ventanilla con resolución y exigió que lo llevara al hospital.

—Hablaremos mientras vamos hacia allí.

La anciana arrancó.

—¿Y si nos hace falta más tiempo, Teddy Bear?

—Estoy cansado —masculló él mientras pensaba que la vida era fea y el mundo, pequeño, que solo quería poner en orden sus papeles y que esa noche todo habría acabado.

—¡No, no y no! —dijo la mujer alzando la voz—. En la vida uno no se rinde sin reflexionar.

El médico iba a replicarle, pero vio su reflejo en el espejo y suspiró. ¡Qué poco quedaba de su cuerpo de leñador y de sus manos de matrona! Antes decían de él que, si bien no era guapo, resultaba atractivo. Que tenía buena planta. Ahora tenía los hombros caídos y ya no sabía sonreír sin parecer triste. Era como si hubiera perdido algo que nunca volvería a encontrar. Estaba desanimado. Sí, desanimado. En el fondo, detrás de sus ojos verdes que unas ojeras subrayaban, la cara nadaba en un océano de lágrimas.

La anciana lo caló enseguida.

—Algo me dice que usted es una de esas personas tan decepcionadas de todo que son pesimistas sin remedio —dijo con un ademán de asco.

—Qué raro… Porque yo la veo a usted con un exceso de algo peor: optimismo.

—Es mejor para la salud —replicó ella mientras encendía otro cigarrillo—. Y ahora contésteme: ¿qué razones tiene para desear acabar con su vida?

El médico permaneció en silencio. ¿Por qué la muerte? ¿Por qué la nada y el olvido? No era feliz. Esa anciana, su mujer, los transeúntes… todo el mundo sabía lo que era ser infeliz. Él lo sabía demasiado bien para querer seguir viviendo, eso era todo.

—¡Teddy Bear! —gritó la conductora.

La anciana, exigente y obstinada, formuló de nuevo su pregunta y chascó la lengua. Quería una explicación.

Podría haber simplificado su respuesta: «Mi esposa ha muerto». Ni más ni menos. La anciana lo habría entendido. Pero no fue capaz. Entonces habló en voz baja, con la mirada fija en el salpicadero y la barbilla hacia dentro, abatido por una inmensa melancolía.

—He cometido un error —dijo— y mi mujer me ha dejado. Aún la amo. Desde que se fue ya no sé operar. De hecho, mis manos ya no sirven para eso. Creo que ya no tengo ni un recuerdo feliz de mi profesión.

—¡Supere esa ruptura y construya algo nuevo, querido! —exclamó ella al ver a aquel hombretón deshecho—. ¡No se puede hacer otra cosa! Solo se vive una vez. Nunca es tarde para un nuevo intento.

Luego metió dos dedos en el cenicero y hurgó en él para relajarse. Él creyó que diría algo profundamente positivo. Pero no. Había cubierto el cupo. No había más que añadir. El optimismo también tenía sus límites.

En el interior del coche una figura de san Cristóbal colgada del retrovisor impactaba contra él con un ritmo insoportable. La mujer seguía removiendo las cenizas y al médico le pareció asqueroso. Del parasol cogió una fotografía amarillenta en la que un hombre negro sonreía haciendo una «V» de victoria con los dedos. Dio la vuelta a la foto y la miró de arriba abajo en busca de un lugar o una fecha. En vano.

—Vuelva a colocarla en su sitio, Teddy Bear.

—¿Quién es?

Todo valía para desviar el curso de la conversación. Ella no contestó, entonces él preguntó:

—¿Por qué me llama Teddy Bear?

La anciana se dio un golpecito en la frente.

—Porque es como un oso de peluche. Tiene la cabeza rellena de espuma.

—Pensaba que era un apodo cariñoso.

—Lo es —dijo con un gesto de desaire… o puede que de impaciencia mientras le arrebataba la fotografía de las manos—. No se saldrá con la suya cambiando de tema. Le machacaré. He machacado a tipos más duros. —Echó un vistazo cruel a sus pantalones—. ¡Y más secos!

—¿Todos los taxistas se las dan de psicoterapeutas en esta puñetera ciudad?

—¡Por san Cristóbal, sí! ¡Sí, sí y sí! De lo contrario, esta «puñetera» ciudad, como usted la llama, iría mucho peor. Observó su reflejo en el espejo.

—Míreme. ¡Qué horrible vieja! A mi edad, una no se maquilla para gustar, lo hace para no disgustar. Esta mañana el colorete no era suficiente, así que me he puesto escayola.

El médico susurró:

—Pues yo debería haberme puesto botas.

Ella acertó a oírlo y le dio una fuerte palmada en el muslo. Le arrancó un quejido de sorpresa. Estaba tan lejos del mundo, tan lejos incluso de su propio cuerpo… El manotazo le dejó una marca roja justo por debajo del cuádriceps. Dos dedos y una palma. Calientes y dolorosos. Con todo, sus mejillas recobraron el color y se sintió menos mareado.

—¿Y su familia? —preguntó ella golpeándole de nuevo—. Yo he hablado de la mía, pero ¿y la suya? ¿No tiene?

—Un abuelo. Ha muerto.

El médico era un hombre de pocas palabras y la cercanía de la muerte no ayudaba a hacerle más parlanchín.

—¿Y sus padres?

—No quiero hablar de ellos.

—¡Venga, todo el mundo tiene padres!

Los míos ya no existen. Nunca existieron. Me crió mi abuelo. Él me enseñó todo en la vida.

—¿Tiene amigos?

—Ninguno imprescindible. Siempre he sido un solitario. Nadie me echaba de menos.

La soledad creciente de esas últimas semanas había llevado al médico a desarrollar una teoría muy particular sobre la oportunidad o la no oportunidad de un suicidio: «¿A cuántas personas puede uno llamar y decir “Soy yo” y que le reconozcan? Si la respuesta es: “A ninguna”, entonces el suicidio resulta ser la mejor opción».

Un recuerdo del padre

La vida no había sido fácil para el médico.

El día que cumple veinticuatro años entra en la habitación número siete del servicio de oncología del hospital donde aprende su profesión y se encuentra con el hombre a quien ha llamado durante toda su infancia «el otro», el desconocido, aquel con quien nunca esperó volver a toparse y al que no ha visto desde hace dos décadas.

Su padre.

Él reconoce al joven médico. El joven médico reconoce al paciente y sale a hablar con su jefe. Por la tarde cambian al estudiante de planta.

Las noticias vuelan en el hospital. A la gente le encanta meterse en la vida de los demás. Se permiten libertades, juicios, comentarios: «¿Sabes?, ya tenemos los resultados de sus pruebas», «¿Sabes?, lo que tiene es grave…», «¿Sabes?, le duele y no conseguimos aliviarle…», «¿Sabes?, ha preguntado por ti…».

Y hay una pregunta que se repite, esa por la que el joven médico podría romperle los dientes a quien la suelta: «¿Por qué nunca vas a verlo?».

Sí, conoce la gravedad de su enfermedad. No, no irá a ver al paciente de la habitación número siete.

Cuando le anuncian que el paciente se ha curado, tampoco va.

«¡Está curado! Curado, ¿entiendes? ¡Es increíble!»

Es un médico residente en aquel entonces. Se encarga de los pacientes del departamento de la planta de arriba, trata a los enfermos y hace bien su trabajo. No le interesan los milagros.

Después de todo, es la razón por la que su abuelo, la única persona con la que puede contar, se sacrifica, y es la razón por la que él estudia.

Por eso quiere curar a la gente.

En esa época es lo único en lo que el joven médico cree.

Y lo cree con todas sus fuerzas.

¡Qué iluso!

Luego los años pasan. Su mujer muere. Las manos ya no le responden, y cuando ha de ir al trabajo es como si abriera un armario y agarrara de una percha una piel. Mete una pierna, la otra, medio cuerpo, hasta el vientre. Un brazo, después el otro. De pie frente a un espejo cierra la cremallera y adopta un semblante afable. La máscara le funciona… Hasta ese día nadie había percibido las costuras y los dobleces de su disfraz.

El trato

Con un rápido movimiento de la cabeza el médico apartó de su mente el único recuerdo que tenía de su padre, la imagen de un hombre con aire de estupefacción vestido con un pijama blanco y tendido en una cama de hospital, y se concentró en el momento presente.

Los neumáticos del coche agarraban la nieve y la lanzaban lejos tras ellos en forma de hielo picado. A pesar de la insistencia de la anciana, el médico se mantuvo firme: lo llevaría al hospital. Al final ella había cedido, pero con la condición de que charlaran «durante todo el trayecto». Un trayecto que le resultó bastante pesado porque la mujer conducía bruscamente y de forma apresurada, lo que contrastaba con la dulzura que transmitía.

Estaban a punto de abandonar la carretera de circunvalación cuando se equivocó de dirección y le juró que cogería la salida siguiente y daría la vuelta.

—Está ganando tiempo —le dijo él para que supiera que no iba a engañarlo tan fácilmente.

—Bla, bla, bla —contestó ella.

La siguiente salida estaba lejos, pero el médico no protestó. En el fondo le gustaba que la anciana lo paseara.

Más tarde, cuando la mole del hospital se recortó en el horizonte, notó que la conductora se ponía nerviosa. La mujer volvió a introducir los dedos en el cenicero.

—Teddy Bear —comenzó a decir—, se me ha ocurrido una… extravagancia, una idea rara… No tiene nada que perder, ¿verdad?

—Nada.

La anciana aminoró la velocidad y clavó la mirada en él.

—Quiero treinta días.

—¿Disculpe?

—Quiero que me dé treinta días antes de morir.

—Pero ¿por qué? —farfulló el médico.

—¿Por qué treinta? Supongo que me gustan las cifras redondas.

—No, ¿por qué tendría que darle treinta días?

—Ah, se refiere a eso… Usted lo ha dicho: ¡no tiene nada que perder!

—No le debo nada.

—Pero es que no le quito nada… ¡Al contrario! Esos días se los doy. Son un regalo. ¡Feliz Navidad, querido!

—¿Por qué le importa tanto mi muerte?

Se lo había dicho en un tono seco y cortante. No creía en los regalos. Sin embargo, la anciana no se vino abajo. Alzó dos dedos y enumeró:

—En primer lugar, porque me parece un buen chico. En segundo lugar, imagínese que me muero mañana. Me gustaría haber hecho una buena acción antes de irme al cielo. Dios, el paraíso, el infierno, bla, bla, bla. Cuando una se hace vieja desearía haber sido una persona mejor y haber salvado a más crías de foca. Déjeme un mes, solo un mes, para hacerle cambiar de opinión.

—¿Forma parte de una secta?

La acusación la pilló tan desprevenida que hubo de sofocar una risa. A él, en cambio, la situación se le iba de las manos y eso no le gustaba.

—Conteste a mi pregunta o me largo. ¿Por qué se interesa tanto por mi muerte?

Abuelita-vestido-de-gala lo miró fijamente, con una expresión solemne y un par de lágrimas asomando a sus ojos.

«Qué conmovedora, a punto de echarse a llorar», pensó el médico.

Ella sollozó y señaló al hombre negro de la foto.

—Es por él. Un día se fue y puf… ¡desapareció! Suicidio… Me siento responsable. Lo quería con locura y… se perdió. No me mueve la malicia ni un interés malsano. Es solo que creo que puedo ayudarlo. ¿Acaso le parece que, ya que presiento la muerte de los demás, sería capaz de no hacer nada para salvarlos? ¡Qué don más inútil el mío!

Él la miró de reojo mientras lloriqueaba como si estuviera ahogándose en un lago, entre gimoteos y pequeñas sacudidas.

—Por favor… —le suplicó la anciana—. ¡Treinta días, ni uno

más! Después haga lo que le plazca, pero por lo menos habré intentado salvarlo.

—Creo que voy a vomitar.

—¿Porque soy vieja y fea? —intentó bromear ella a pesar de las lágrimas.

No tuvo el efecto esperado: no le hizo reaccionar ni le quitó las náuseas. Se limpió un poco el rímel, que se le había corrido, e intentó una aproximación diferente.

—¿Cree en el destino, Teddy Bear?

—Creo en el azar…

—¡Dice el hombre que acaba de caer en el único taxi del mundo que le propone un pacto tan insólito! —exclamó ella levantando las manos al cielo—. ¡Por san Cristóbal! ¿Piensa que soy una oportunista? ¡Pues deje que sea su mejor oportunidad!

El médico la escuchaba, pero evitaba su mirada. Esa mujer habría vendido zapatos de charol a una chica sin piernas y guantes a un manco.

—Si no basta para convencerle, dejemos que el azar intervenga. Dígame tres comidas. Si adivino la que prefiere entre las tres, he ganado y me acompaña. En caso contrario, puede suicidarse tantas veces como se le antoje. ¡Eso, mátese cien veces! Pero esta mañana confiese que no perderá nada lanzándose a esta aventura.

—Está loca.

La anciana se acarició la sien al tiempo que reía.

—Esa afirmación solo es cierta para tres de las cuatro personas que ocupan mi cabeza. La cuarta se pregunta si los pingüinos tienen rodillas. ¡Venga —insistió—, diga que sí! Treinta días, usted, yo, la vida, las tartas de calabaza… Será fantástico.

Eso sí hizo reaccionar al médico.

—¿Cómo sabe lo de las tartas de calabaza?

Ella le guiñó el ojo y le sacó la lengua.

—Tenía varias tías muy dotadas —explicó—. Todas tenían un talento único y han muerto. La quinta, Rachel, olía tan bien que la llamábamos Rachel Número 5. Me enseñó el secreto infalible para elaborar una mayonesa excelente en todas circunstancias, incluso cuando tienes la regla. Fue ella quien me dijo un día: «Si un don no se comparte y transmite es tan irritante como un guisante bajo el colchón de una princesa».

—No creo en los impostores —se burló él.

—Se equivoca, señor Médico-que-quería-morir —dijo ella en un tono agrio—. Mis tías eran magas, no embusteras. De hecho, había una vidente en mi barrio que usaba naipes, incienso y toda la parafernalia. La visité un día y nada más entrar le di una bofetada. «¿Qué pasa? ¿Es que no lo habías visto en tu bola de cristal?», le solté.

La anciana encendió otro cigarrillo y aparcó el taxi delante de la puerta principal del hospital, con las luces encendidas, lista para pisar el acelerador. Sacudió sus relojes. Fuera el viento se levantó.

—Bueno, ¿me contesta a lo de la comida?

Impaciente por mostrarle de qué era capaz, se había remangado el bonito vestido azul.

El médico reparó en una pequeña mancha de pintura en sus pantalones negros y la rascó con la uña para ganar unos segundos de reflexión. Todos los resortes de su mente se tensaban: guardar la calma, hacer como si nada, mantener la misma expresión de indiferencia. ¿Acaso ella no tenía razón? ¿Qué arriesgaba haciéndole caso? ¿Qué más podía perder uno en la vida cuando ya lo había perdido todo? ¿El alma? No creía en el diablo, y además aquella anciana no se parecía en absoluto a Lucifer. A través de la ventanilla del coche divisó varias columnas de humo que se escapaban de unas fábricas como peluches blancos y regordetes. De pronto sintió un cambio brusco en la atmósfera, y la espesura gris del cielo se aligeró.

Finalmente pudo con la mancha de pintura. Sí, debía reconocer que era un día de invierno bastante bonito.

Tomó una decisión y soltó con la boca pequeña:

—Es ridículo, señora. ¡Me muero y usted me pide que le deje escoger entre la ensalada de atún y la lasaña!

—¿La ensalada de atún? ¡Puaj! A nadie le gusta la ensalada de atún. Y olvídese de Italia, su plato preferido es… ¡el tartar de carne! —gritó con tal disfrute que a alguien menos desganado que él se le habría hecho la boca agua.

Extrañado de que no hubiera caído en su trampa, se removió en el asiento. La verdad era que había pensado zanjar definitivamente esa conversación absurda, pero la anciana acababa de dejarlo mudo, una vez más, de manera magistral. Era médico, odiaba no tener la

última palabra.

—Pero si no he dicho… ¿Cómo lo…?

—Basta con que lo haya pensado. Aquí y allí… —Señaló tres pecas que el médico tenía en la cara—. He visto unas bonitas alcaparras en medio de un trozo de carne roja y picada. Tiene un tartar bajo la piel. La carne cruda es excelente para las arrugas —se embaló—. ¡Excelente! Debería pensar en el tartar más a menudo. Le sienta bien. Parece que tenga diez años menos.

—Hay un truco, confiese.

—¡Usted es cirujano! ¿Cómo podría no gustarle la carne? —Aprovechó la distensión del momento para volver a la carga—. Entonces ¿cerramos el trato? Después de todo, si el azar no le salva, ¿quién lo hará?

—No quiero que nadie me salve. Quiero pagarle, bajar de este coche y no volver a verla nunca más. Eso es lo que quiero.

—¡Y yo quiero un lince como mascota! En la vida uno no siempre consigue lo que desea, querido.

Se disponía a abrir la puerta cuando la anciana se lo impidió extendiendo su brazo esquelético.

—La mejor amiga que nunca he tenido solía decir: «En la vida, cuando a uno le tienden una mano tiene que aceptarla sin hacer preguntas».

Si no hubiera hecho ese gesto diciendo esas palabras, el médico se habría marchado sin ni siquiera mirar atrás. De todos los argumentos, golpes bajos y razonamientos que podría haberle dado, esa simple mano tendida resultó el más decisivo. Ella lo pilló en plena caída libre y se sintió atrapado.

—Cinco días, ni uno más —concedió.

—¿Ser salvado o no ser salvado? Parece que esta mañana alguien ha decidido por usted. Deme veinte. Si acepta, le revelaré el sentido de la vida.

Uno es débil cuando está triste, y el médico-que-quería-a-su-mujer se sintió extremadamente débil.

—Le doy seis.

—Nueve. Nueve insignificantes días de nada, tan cortos que le parecerán seis.

—Siete. Es mi última oferta. Una semana… y después me mato.

—Es duro de roer, querido. Acaba de robarme veintitrés días, y

no puede imaginarse cuánto los necesitaba.

Le tendió la mano derecha.

—¿Trato hecho?

Él dudó.

—¿Trato hecho? —repitió la mujer al tiempo que agitaba la muñeca con un gesto franco que no admitía rechazo.

El médico se rindió.

—Trato hecho.

Se sorprendió de aquel apretón, suave y firme a la vez: una mano tan cálida y excepcional que a uno le gustaría llevarla en el bolsillo para estrujarla de vez en cuando y relajarse. Se presentó formalmente, y cuando le tocó a ella dijo que se llamaba *lady* Sarah Madelina Titiana Elizabeth van Amapöle, y añadió que era un nombre como otro cualquiera, que era su preferido y que, si lo deseaba, podía llamarla simplemente Sarah o la Vieja.

—Mis amigos me llaman así.

—Tendría que cambiar de amigos.

—No diga maldades de la gente que quiero. Se parecen a mí.

Se observaron en silencio. Acababa de ocurrir algo importante en ese coche, pero ¿qué?

—Pongámonos de acuerdo sobre los términos del contrato. Exijo su palabra de que no se matará antes de la puesta del sol del próximo viernes y que durante estos siete días cooperará sin rechistar, incluso si le obligo a hacer cosas insensatas, incluso si no entiende el gran proyecto que estoy intentando trazar en mi cabeza. Todo cobrará sentido. Que sepa, para concluir, que tengo una imaginación desbordante y que soy implacable, insobornable y… —Se encogió de hombros como para disculparse y añadió—: E incontinente. ¿Dónde he metido la maldita navaja? Necesito un poco de sangre para firmar el contrato. ¡Ah, aquí está!

Ante la cara de desconfianza del médico, se echó a reír y sacó dos especies de gominolas que se tragó directamente, sin beber.

—¡Es una broma! Estoy segura de que usted es una persona honrada. Respetará el pacto.

—Siempre cumplo mis promesas —dijo el hombre, asombrado por la velocidad con la que aquella mujer acababa de irrumpir en su vida y cambiar sus planes.

Miró por la ventanilla y de repente la idea de quedarse solo le

espantó.

—¡Venga! —exclamó ella—. ¡A trabajar! Váyase a ordenar sus papeles. Nos veremos mañana a las ocho y veintiséis minutos y treinta y un segundos en punto.

—¿No hacemos nada esta mañana? Se queja porque solo le dejo siete días, pero ¡se salta un día entero!

—Hoy no puedo. Tengo una clase de pintura sobre unicornio o… —Reflexionó con un dedo sobre los labios—. O puede que de aquaponi, no me acuerdo. Luego debo preparar nuestra mañana. Vendré a recogerle al alba y le soltaré alrededor de las cuatro de la tarde. He prometido a mis chicos que les acompañaría a una comedia musical para sordos y duros de oído. Cumplo siempre con mis compromisos. ¡Siempre! Como usted. Otro punto en común. —Lo observó con cierta ternura—. Tengo la sensación de que es el principio de una gran historia de amistad. Ya que no puede ser larga…

El médico pensó en voz alta:

—Y ¿qué voy a hacer el resto del tiempo?

Había dicho eso como hubiera dicho: «La soledad nunca es engañosa, y no hay nada interesante en la tele esta noche». Tal desesperanza tintada de pragmatismo era encantadora.

—Reflexionará sobre la vida, la muerte, su profesión —contestó ella—. Escribirá su carta de despedida. ¡Yo qué sé! Arrégleselas, Mark.

—No me llamo Mark.

—Vuelvo a bautizarle, con el nombre de Théodore Arthur Mark. O simplemente Mark. Le sienta bien. Me gusta mucho. Es muy importante estar solo de vez en cuando porque posibilita mirarse a uno mismo y reencontrarse. —Y añadió con un guiño—: Saber quién es Mark.

—Es ridículo…

—Como la vida.

—¿Cree que la vida es ridícula?

—Soy vieja. No lo creo, ¡estoy segura!

Se frotó las manos.

—Me parece que vamos a pasarlo muy bien juntos.

—¿Y qué haremos?

—Es una sorpresa. ¿Cómo cree que seré la vencedora en nuestra

pequeña aventura si le privo de antemano de todo efecto sorpresa? ¿Acaso la sal de la vida no es lo desconocido?

—He perdido el gusto de vivir.

—¡Perfecto! Absolutamente per-fec-to. Disponemos de una semana para volver a encontrarlo.

El médico bajó la cabeza. En su fuero interno una mezcla de emociones luchaban entre sí. Asaltaban su voluntad fragmentos de frases como «¡Oh, vaya…!», después «No» y «¿Tú crees…?», y luego «Sí» y, finalmente, «Has escogido bien, es lo que tu mujer habría deseado». ¿Y qué se le pasaba por la cabeza en ese preciso instante? Un aluvión de sentimientos contradictorios.

—No desayune mañana —prosiguió la anciana—. Acabo de tener una idea. Es fantástico. Le va a encantar. Y vístase con prendas ligeras también. Un chándal bastará.

—Está nevando, señora.

—Tranquilo, no tendrá frío, Mark.

—¡No me llamo Mark!

La mujer se echó a reír.

—A lo mejor yo tampoco me llamo Sarah. —Se llevó una mano a la cara—. Cuando uno dice que la suerte le sonríe, ¿nunca se ha preguntado a qué puede parecerse esa sonrisa?

Se tocó los labios marchitos rodeados de hoyuelos y arrugas y que anunciaban un corazón capaz de alegrías y llantos sin límite. Duro para alguien tan abatido. El médico pensó que quizá esa fuera la verdadera sonrisa de la suerte: una anciana con traje de noche que está a punto de coger una foto para darle un beso.

—No se imagina… —dijo después de haber besado al hombre negro de la fotografía—. Es como si me regalara la posibilidad de resarcirme.

Regresó al presente por miedo a dejarse llevar. Ella le hablaba de la muerte y la nada, él le habló de dinero y rentabilidad.

—Por la mañana conmigo, por la tarde con su familia, pero ¿cuándo trabajará?

—Queda la noche. ¿Por qué dormir cuando se tiene la muerte eterna para descansar, querido?

El médico se inclinó hacia delante, impaciente por marcharse.

—Hasta mañana pues.

—Hasta mañana, Teddy Bear. A las ocho y veintiséis minutos y

treinta y un segundos en punto… ¡No se olvide de su promesa! Siete días —añadió levantando ocho dedos.

—Siete días —repitió él levantando solo siete.

La anciana resopló decepcionada.

—Pero ni uno menos —dijo él con la intención de tranquilizarla, lo que era ridículo, pues no tenía ni las ganas ni el deber de tranquilizar a nadie.

—¿Me lo promete?

—Se lo prometo.

—¿De veras?

—De veras.

—¿De veras de verdad?

—Lo juro por lo más valioso que tengo.

—Ah… ¿Y qué es?

—Ya nada en absoluto —dijo él, y se marchó.

Así fue como el médico-que-no-se-acordaba-de-curar encontró a la vieja Sarah bajo una higuera.

Sucedió siete días antes de su muerte, siete días antes de su entierro.

Seis días antes del entierro

La cabellera mágica

«¡Está aquí!», se sorprendió el médico al verla la mañana siguiente. Durante la noche se había convencido de que la vieja era una excéntrica que cambiaría de opinión y lo dejaría en paz. Hasta había llegado a la conclusión de que no acudiría a la cita y él podría suicidarse esa misma noche sin esperar un día más. Pero no. *Lady* Sarah Madelina Titiana Elizabeth van Amapöle estaba allí, a las ocho y veintiséis minutos y treinta y un segundos en punto, apoyada en la portezuela del taxi.

Tenía los ojos cerrados y bajo los párpados sus ojos se movían rápida y brevemente mientras uno de sus pies jugueteaba con la nieve. Era un espectáculo extraño, y el médico dudó si acercarse a ella. Mirarla así era como contemplar un cuadro antiguo en un museo sin haber pagado la entrada.

Un detalle llamó su atención. A pesar de su edad, Sarah no tenía ni una sola cana, sino una abundante melena como el azabache que se había liado alrededor del cuello como si fuera un echarpe de seda brillante.

No había reparado en ello el día anterior, pensó el médico. Sin embargo, no le sorprendió demasiado ya que había decidido aceptar los imprevistos y los caprichos de la vida antes de abandonarla, lo que, estaba convencido, sucedería muy pronto, inventara lo que inventase la anciana.

Sarah se sacó un frasco del bolsillo del abrigo y derramó en la otra mano una cantidad considerable de lo que parecía polvo de alguna especia. Se frotó las palmas enérgicamente para hacer penetrar cada minúscula partícula en los pliegues de sus arrugas. «¡Qué bien hueles, amor mío! Hueles de maravilla», susurró satisfecha.

—¡Qué narcisismo! —exclamó el médico al tiempo que se aproximaba.

Se había esmerado en hablar muy fuerte. Para avisarla de su llegada.

—¡Teddy Bear! —gritó la anciana mientras se guardaba el frasco en el bolsillo—. ¡Temía que no viniera!

Tenía una magnífica sonrisa en los labios.

—No llego tarde «del todo» —dijo él.

—Entonces será porque yo soy impaciente «del todo».

El hombre entró en el taxi y ocupó el asiento del copiloto mientras la mujer acababa su pitillo.

—¿Le apetecería ir a ver una buena peli?

¿Qué podía responder él a eso?

—Los cines no están abiertos todavía.

—Eso es porque usted no conoce los buenos cines…

Lanzó la colilla a la alcantarilla y se metió las manos bajo el grueso abrigo. Era de marta cibelina blanca y dejaba entrever un vestido rojo entallado.

Se mordió el labio superior.

—Créame: le va a en-can-tar.

El médico se enteró luego de que a esa mujer le gustaba prestar novelas policíacas a las que había arrancado las últimas páginas o sustituir tubos de dentífrico a estrenar por otros que había rellenado minuciosamente con cera.

«¡Una vez puse harina en el secador de pelo de mi hija!»

Tenía que haber desconfiado de ella.

La prueba del sacrificio

Metió la primera marcha y con un rugido de motor nuevo partieron en dirección al único cine de la ciudad que estaba abierto tan pronto. En realidad era una pequeña clínica donde el médico pasó dos largas horas con una aguja clavada en el brazo. «¡Para remediar la cruel escasez de sangre destinada a los enfermos, querido!», le explicó la anciana. Él se dejó hacer, dócil, porque llevaba semanas sin operar y se sentía inútil. «Si mi sangre puede salvar vidas…», pensó. Para hacerle pasar el tiempo mientras un tubo recogía sus plaquetas, le propusieron ver una película antigua.

Era *¡Qué bello es vivir!* de Capra. No había sido idea suya, pero Sarah fue categórica: «Quiero volver a verla… Tenía veinte años la última vez… Quiero».

La anciana insistió también en cogerle la mano mientras la enfermera le ponía un catéter.

—No será necesario, soy mayor. No me da miedo la sangre —ironizó el médico.

—Puede que a usted no, pero ¡a mí sí! Si alguien se cortara las venas delante de nosotros, cerraría los ojos y esperaría a que se secara. ¡Venga, silencio, que empieza la peli!

El monótono ronroneo de la máquina a la que estaba conectado, las noches sin dormir… El cansancio le sobrevino y se durmió enseguida.

Un pellizco lo despertó de un sobresalto. La película había acabado hacía rato y la vieja Sarah velaba su sueño. Pero, harta de esperar, le había pellizcado con fuerza el brazo.

—¿No le gusta el cine? ¡Me lo he pasado en grande! La primera vez no me gustó, pero hoy… Lo equivocada que estaba yo, por san Cristóbal, ¡ha sido maravilloso! —Su rostro aparentó treinta años menos y treinta veces más triste también—. ¿Qué tal está?

—Hambriento.

El médico había perdido el apetito desde la muerte de su esposa, pero aquella mañana… qué sorpresa más inesperada sentirlo de nuevo, ¡y con tanta intensidad! Habría podido zamparse un buey entero. Y un montón de miel. Tenía un repentino antojo de miel, de pistachos tostados y de tarta de calabaza.

—Su almuerzo tendrá que esperar —dijo la mujer, y acto seguido precisó que habían quedado a las once cuarenta y tres minutos y veintiún segundos en punto y que ya llevaban retraso.

—¿Para ir adónde? —preguntó él secamente.

—A la gran avenida de los Silenciosos. Coja esto —dijo la anciana, y le puso en las manos una hojita de papel arrugada.

Había aprovechado que estaba dormido para ir a la secretaría a por un formulario de donación de órganos.

—Si pierdo la partida y muere, sus órganos servirán para salvar enfermos…

El hombre iba a decir algo, pero ella le cortó.

—Bla, bla, bla, las terribles penurias por las que pasan actualmente los hospitales es todo un problema. Pero no le cuento nada nuevo.

Él la miró con rabia, ella parpadeó.

—¿Puedo sacarle de este apuro? Sí. —Le dio un bolígrafo—. Firme y ya no volveremos a hablar del tema.

—Quiero algo que llevarme a la boca… Un tentempié, una galleta, ¡lo que sea!

—Quizá luego. O nunca. No sé…

—Un terroncito de azúcar por lo menos.

—Bla, bla, bla… «Por favor, tengo tanta hambre, estoy tan triste…». ¡No le daré nada!

Él refunfuñó, ella soltó una carcajada. El médico firmó el formulario. Se dijo que la partida no había acabado todavía. Había hecho un trato con una mujer de armas tomar.

El caballero Charles

Cuando volvieron al coche Sarah captó la atención del médico hacia el parasol y la foto del negro que sonreía.

—La solución contra el racismo es el oso panda —sentenció—. Imagínese a los hombres transformados en pandas… Todos seríamos gordos, negros, blancos y asiáticos. No hay réplica que valga a eso.

Él estuvo tentado de esbozar una sonrisa. Esa idea le había parecido muy sensata. Levantó el labio, pero parecía un gesto falso y lo dejó caer, aunque se prometió intentarlo de nuevo al día siguiente.

—Era muy joven cuando murió —dijo la anciana—. Se llamaba Charles. Me quedé destrozada.

El médico cogió la foto. Observarla de cerca confirmó su primera impresión: aquel tipo resplandecía de felicidad. Eso le molestó. Puso la foto en su sitio y deseó que hubiera pronto otro atasco para poder salir a tomar el aire.

—¿Ese hombre murió y el sol sigue brillando para usted? Había hablado con frialdad porque de pronto quiso herirla. Ella abrió la boca. Él no la dejó hablar.

—Lo amaba y falleció. ¡Vaya por Dios! ¿Sus tías no sabían resucitar a los muertos?

La mujer tenía el rostro blanco como el marfil. No contestó, lo que irritó al médico. Por una vez que deseaba que hablara por los codos…

—Así pues, Sarah, ¿qué pasó con su varita mágica? —insistió—. ¡Espero una respuesta!

Ella lo miró y relajó la mandíbula.

—¿Teddy Bear?

—Sí.

—¿Espera una respuesta?

—Sí. Y empiezo a impacientarme.

—¿Cree que…?

—¿Si creo que qué? —preguntó con mala leche.

La anciana soltó una carcajada.

—Si cree que hace falta armarse de paciencia para matar el tiempo.

Dio un acelerón y señaló la carretera que desaparecía en el horizonte.

—¡Venga, querido! ¡La vida tiene sentido, hay que ir hacia delante!

La prueba del cementerio

Aparcó el taxi delante del cementerio más grande de la ciudad.

—Bienvenido a la gran avenida de los Silenciosos, ¡el barrio menos ruidoso de la ciudad! —dijo con alegría mientras cerraba la portezuela de un preciso y rápido taconazo.

Luego le indicó con un gesto de la mano que se diera prisa. El guarda era amigo suyo y cerraría el cementerio durante dos horas, ni un minuto más.

—Nadie le verá, nadie le molestará. Y nadie le oirá gritar…

Él se remetió la camiseta en el pantalón para protegerse algo del frío.

—¿Ve la cabañita de ahí? ¿No le parece cuca, Teddy Bear? A mí sí. Me voy a tomar un chocolate caliente mientras Popovitch, el sepulturero, me lee un poco de poesía moldava. Luego reflexionaré sobre esta pregunta que me hizo mi hija: «¿Sigue existiendo la luna cuando no la miro?». Será fantástico.

—¿Y yo?

—Usted corra. Se me ocurrió la idea ayer al ver unas pisadas sobre la nieve. Dele una decena de vueltas.

—Pero ¡es inmenso! —protestó el médico.

—Entonces será una carrera inmensa.

—¡Es un cementerio!

—¿A que sí? Ya me parecía que todas estas tumbas no podían estar aquí por casualidad…

De repente notó el sabor de la bilis en la boca. Sintió un acceso de ira y la señaló con un dedo acusador.

—No he comido, acabo de donar sangre, estoy congelado… ¿y quiere que corra?

—Si puedo rematar la faena antes de lo previsto…

Resignado, dio una patada a un montón de nieve y soltó un grito de dolor. Había una piedra enorme y puntiaguda debajo.

—¿Por qué quiere que corra?

—Porque yo, la vieja Sarah, considero que le hará mucho bien. No tengo que justificar lo oportuno de mis consejos. Acepte que son siempre buenos y todo irá de maravilla entre nosotros. —Cerró su pitillera con un chasquido seco—. No negociaré con usted, tengo demasiado frío. Además, mi tía Rosa me está susurrando que a usted le gustaba correr… antes de engordar.

—¿Engordar? —exclamó a la vez que retiraba la piedra de debajo del montón de nieve para que se viera, en caso de que otro tonto tuviera ganas de darle patadas—. ¿Cree que estoy gordo?

—Bueno, si mañana estallara la tercera guerra mundial, digamos que sobreviviría más tiempo que los demás…

El médico bajó la cabeza. Inexplicablemente, lo había herido. Eso pareció conmover a la anciana, que añadió con torpeza:

—Teddy Bear, cuando lo miro pienso en lo que afirmó Einstein: la masa es una energía que divide la velocidad de la luz al cuadrado. Así pues ¡nada está perdido si corre rápido!

Sin darle tiempo para protestar se alejó canturreando hacia la cabaña del guarda. Este la esperaba al lado, con una pala en la mano, el semblante lúgubre e impenetrable como sus tumbas.

El médico se puso a correr, en parte para obedecer a Sarah, en parte porque aquel hombre le infundía miedo. También porque sentía frío. Debía reconocer que la tía Rosa tenía razón: antes le encantaba correr. La primera zancada fue la más difícil, como antaño. Fue gracias a la segunda que pudo seguir, porque en aquel momento tuvo los dos pies por encima del suelo. Uno subía, el otro bajaba. Voló un poco. La gravedad lo impulsó a continuar.

Al final de la primera vuelta, cuando estuvo de nuevo a la altura de la entrada, la vieja Sarah le lanzó un beso con la mano.

La respiración del médico se tornó dificultosa, entrecortada. Las fechas y los nombres escritos en las lápidas bailaban en su mente. Había niños, ancianos, familias enteras. A cada paso su boca producía largas columnas de vapor. Su tórax se había convertido en una fábrica de nubes.

Asombro y estupor por su parte: era la primera vez que pensaba en su cuerpo después de meses, y sintió unas ganas de fumar irresistibles, enormes.

En la tercera vuelta recibió dos nuevos besos de la vieja. El

primero enviado con la mano izquierda, el segundo con la derecha. Se los devolvió con un breve gesto de la cabeza y ella le respondió con otro de la mano, como si estuviera brindando con una taza imaginaria, y agitó la punta incandescente de su cigarrillo.

—¡Más rápido, chico, más rápido!

Y como quien lanza un grito de guerra, chilló tres veces:

—¡Turducken! ¡Turducken! ¡Turducken!

Cada inspiración arrancaba un gemido al médico; le ardía el pecho. Por su espalda se deslizaba tanto sudor frío que un banco de salmones habría podido remontarla hasta el cuello. «Una neumonía, ¡quiere que me muera de una neumonía!»

Imaginó el sabor del chocolate caliente después de diez vueltas. Casi paladeó su textura fundida y el recuerdo de su sabor amargo lo turbó. Sería perfecto, ab-so-lu-ta-men-te perfecto. Sería un auténtico chocolate caliente, con todo lo que uno podía esperar cuando estaba hambriento y la muerte llamaba a su puerta.

Fue en aquel instante cuando se produjo el «acontecimiento». De repente fue consciente de una pequeñez, una insignificancia a la que nunca había prestado atención, ni siquiera en la época en la que era feliz con su mujer.

Estaba vivo.

Sus costillas subían y bajaban a toda velocidad, su piel se tensaba, jadeaba, tenía las orejas heladas y los pies doloridos, también hambre, sudaba, se sentía desgraciado, tenía ganas de beber algún licor tan fuerte que le retorciera las tripas, estaba estreñido desde hacía cuatro días, olía mal, quería morir, tenía náuseas y sobre todo, sobre todo, unas ganas terribles de fumarse un pitillo.

«¡Existo!»

Era un hombre vivo que corría.

¡Ah! ¡Habría querido gritar su rabia por estar vivo y ser infeliz! Un grito primario y reivindicador de un destino que le pertenecía y del que podía disponer a su antojo. No hizo nada. Tenía miedo. No se chillaba en un cementerio, aunque fuera invierno, aunque estuviera vacío.

La única libertad del ser humano, pensó, era la de decir a los muertos que el sentimiento de existir nunca tendría que darse por supuesto.

Y siguió corriendo.

Un recuerdo de humo

Tiene veinticuatro años cuando fuma su mejor pitillo. Es un 12 de febrero, por la tarde. Está a punto de marcharse del servicio de neumología del hospital más grande de la ciudad cuando un enfermero lo detiene en el pasillo para preguntarle si sabe liar tabaco.

—¡Claro! —responde.

—Entonces acuda a la habitación número seis, por favor.

Hace lo que se le pide. Un hombre, el señor Forja, está sobre la cama con la cara amarillenta y toda la pinta de no encontrarse muy bien.

—El tabaco está en el bolsillo derecho —dice el enfermo al joven médico—. Pero no es el tabaco lo que quiero. Es lo que está en el bolsillo trasero. Sí, eso es lo que quiero.

En una bolsita hay tres trozos diminutos de cannabis. El joven médico, como en los tebeos, ve un gran bocadillo blanco abrirse en su mente: «Aaah…».

Primer cargo de conciencia: ¿qué hacer?

El paciente:

—Y lía un porro lo bastante grande para que podamos compartirlo, chaval. ¡Es una orden! Luego llévame a la azotea y lo fumaremos juntos.

Un segundo bocadillo se abre en la mente del joven médico: «Aaah…».

Segundo cargo de conciencia. A él le gusta fumar. Pero no cannabis. No le parece muy profesional y, en esa época, todavía tiene una opinión elevada de su profesión.

—¿Sabes, chaval?, voy a morir dentro de nada y tú dentro de cien años estarás tan muerto como yo —le dice el paciente al verlo dudar.

Más tarde, cuando su mujer se queda embarazada, el médico deja de fumar sin que le cueste demasiado. Ya no se acuerda de esos minutos pasados con el señor Forja en la azotea del hospital, admirando el anochecer, pero una ternura y una nostalgia irrumpen en su corazón cada vez que alguien fuma a su lado. Lejanos olores de hierba cortada

excitan su memoria y sonríe sin saber por qué.

La tumba del hombre negro

Acababa su sexta vuelta cuando reparó en la delgada silueta de Sarah. Perdida en una espesa neblina, limpiaba de rodillas una tumba situada detrás de un árbol. Decidió quedarse lejos de ella para descansar de su voz, de sus cambios de humor, de sus locuras, para descansar de todas las rarezas de un carácter como el de esa mujer, descansar de Sarah, de Madelina y de Elizabeth Titiana van Amapöle.

Finalmente las ganas de fumar ganaron. Se desvió del camino y se acercó a la anciana.

—Estaba sacando brillo a la piedra, querido, y me preguntaba: cuando uno se aburre de sí mismo, ¿cree usted que es posible ir más allá para ver si uno está allí sin perderse?

El médico temió que le estuviera preguntando si era ese su problema: él mismo estaría aburrido de sí mismo y habría decidido ir más allá para ver si estaba en alguna parte. Arriba, abajo, el paraíso, el infierno, no importaba dónde.

Señaló la tumba.

—¿Quién es?

—El amigo del que le he hablado —dijo Sarah y palmeó la lápida de mármol con ternura—, mi viejo Charles…

Se levantó con esfuerzo.

—¿Por qué ha dejado de correr, querido?

—Quiero un pitillo —contestó él con sequedad.

La anciana le ofreció un paquete y un mechero, sin discutir. El médico dio una primera calada, tosió y dio otra. Qué placer… Mientras tanto Sarah imitó sus zancadas. Y jadeó como un perro que se ahogara.

—Me gusta su estilo, Teddy Bear. Un poco tosco… pero perseverante.

—Suelo correr. Una vez hasta hice un maratón.

—Todo el mundo puede correr un maratón.

—Pero no todo el mundo consigue acabarlo.

—¿En qué puesto quedó?

—No conseguí llegar a la meta —dijo él con un esbozo de sonrisa.

Soltó una larga bocanada de humo que dio en plena cara a la anciana; en parte por provocación, en parte por ternura. Durante unos segundos le sopló al rostro como quien dice «Te quiero» a alguien que le hace sufrir. Y eso le sorprendió.

Sarah le miró los brazos y decidió que podía colgarse de uno de ellos con su pequeña mano de pájaro.

—Levánteme.

—¿Así? —preguntó el médico al tiempo que la alzaba unos centímetros del suelo.

La anciana gritó de placer.

—¡No hay nada más bonito que ver un hombre joven en chándal correr bajo la nieve! Salvo quizá verlo desnudo… ¿Qué opina?

—No cuente conmigo —dijo él con una tímida sonrisa. «De vez en cuando hay que dar la impresión de ser feliz», pensó.

—Bueno, no pasa nada, ¡lo he intentado! —exclamó ella alegremente y se soltó de su brazo—. Venga, acabe esta vuelta y nos vamos.

—Necesito una ducha.

Lo empujó hacia el camino.

—¡Largo de aquí, que tengo una tumba que adecentar!

El médico entregó a Sarah su cigarrillo a medio fumar y se alejó trotando. Pronto la niebla engulló su silueta.

Le sorprendió aquel deseo de darse una ducha. Ya solo se duchaba en caso de absoluta necesidad, cuando su olor le molestaba demasiado.

Levantarse de la cama y mantenerse en pie le resultaba muy complicado.

La prueba del hoyo

Antes de marcharse del cementerio la vieja Sarah tiró del cuello del médico para conducirlo a una parcela cuadrada de tierra recién cavada.

—¿Qué ve?

—Una tumba.

—¿Qué más?

El médico se encogió de hombros, lo que la irritó.

—¡Nada, solo es una tumba vacía! Un agujero en la nieve que espera su mu…

Ella le sonreía, las dos manos juntas delante de la boca, entre interrogativa y excitada.

—¿Se burla de mí?

—¡Por san Cristóbal! —exclamó entre risas—. ¡Qué duro de mollera es usted! Querido, le presento su nuevo destino.

Se volvió hacia el sol y se inclinó.

—Señora Tierra, he aquí a su próximo inquilino, Mark. Teddy Bear para los íntimos. Es un poco regordete, pero lo he obligado a hacer deporte y lo he puesto a dieta. Su entierro debería ser dentro de seis días. Aquí estará como una espada dentro de su vaina, no tema. —Y dirigiéndose al médico añadió—: Popovitch cavó durante toda la noche. He reservado esta parcela. Todo está pagado. Este hoyo es suyo para el resto de su muerte.

Cogió del suelo un puñado de tierra apelmazada y lo agitó bajo sus narices. Él se echó hacia atrás con una mueca de asco. Estaba hambriento, débil y aterido de frío.

—No tenga miedo, querido, tóquela, huélala, conózcanse mejor. He encargado lombrices rosas y gordas que se lo zamparán en un abrir y cerrar de ojos. Cuando termine el invierno vendré a plantar fresas sobre usted. Luego, en primavera, mi hija preparará una tarta enorme a la que llamaremos Strawberry Teddy Pie y nos la

comeremos con nata, nueces pacanas y virutas de chocolate.

El médico miró el barro helado que la mujer sostenía en el puño y acto seguido bajó la vista al suelo. «¿Así que es en este hoyo donde pondrán lo que quedará de mí dentro de unos días? ¿Solo, en la tierra fría?», se dijo.

Sarah aplaudió y gritó:

—¡Popovitch!

El sepulturero surgió de la nada.

El médico pensó: «Dios mío, de verdad se llama Popovitch. Esa es la razón por la que no sonríe».

Don Sonrisa-una-vez-al-año puso a sus pies un cubo cerrado con una tapa antes de marcharse como había llegado, cojeando y balanceando la pala para acentuar su mal humor.

El médico miró fijamente el recipiente y lo imaginó lleno de una fauna pululante y viscosa compuesta de enredos carnosos y horribles ruidos de succión.

Sarah dio una patada al cubo para verter su contenido en la fosa. Soltó una carcajada.

El cubo estaba vacío.

—Se lo había creído, ¿verdad?

—¡Vieja chiflada! —exclamó el médico.

Se acercó a la boca el índice de su mano derecha para morderse la uña, lo que hacía cuando se estresaba o era presa de un nerviosismo demasiado grande.

Intentó acordarse de sus clases de biología: ¿cuánto tiempo tardaba un cuerpo en descomponerse? Ya lo había olvidado. Lo había olvidado todo.

La anciana se aproximó a él. Él retrocedió. Ella se acercó aún más. Sintió unas ganas tremendas de tirarla dentro del agujero, a ella pero también a todo lo que había hecho nacer en él y que parecía una minúscula y ridícula pulsión de vida violenta e instintiva.

—¡Qué frío! —dijo Sarah—. Abráceme o gritaré.

Él no se movió. Ella gritó:

—¡Popovitch! ¡Socorro! ¡Ayuda!

—¡Vale, vale, está bien! —aceptó, y la rodeó con los brazos.

Notó su propio olor a sudor y se sintió avergonzado.

—Un segundo más y Popovitch lo habría asesinado a palazos.

No habría quedado muy bonito sobre mi cibelina.

La anciana jugueteó con la punta de un pie con una colilla, la hizo rodar hasta el borde del hoyo y la lanzó adentro de un puntapié.

—¿Querido?

—¿Sí, Sarah?

—Imagínese que se encuentra delante de Dios. ¿Qué pregunta le haría?

—Imagino que le preguntaría quién mató a Kennedy y por qué nos separa de la gente que queremos.

Silencio.

«Dios no me aprecia», pensó. «De todas maneras, Dios no aprecia a nadie».

—¿Y usted, Sarah?

Ella se pegó aún más a su axila, indiferente a su olor.

—Le preguntaría adónde van a parar los calcetines que desaparecen en la lavadora. Cómo ha logrado hacerse pasar por un hombre durante tanto tiempo… cuando sé que es una mujer. Le agradecería haber inventado los brazos fornidos de los italianos, las piernotas de los alemanes, el brócoli romanesco, que son las tres demostraciones más ilustrativas de su poder. El romanesco… —Suspiró—. Luego me burlaría de Ella a causa del topo de nariz estrellada, un animal muy feo que los científicos llaman *Condylura cristata* y que fue todo un fracaso. Y Ella se reiría también porque tiene sentido del humor…, mire a los políticos. Después yo…

El médico ya no escuchaba a Sarah. Olía bien y le daba calor tanto como él se lo proporcionaba a ella. No pedía más. Sin embargo, mantenía la promesa que le había hecho el día anterior: estaba allí, obedeciendo servilmente a esa vieja, porque era eso o la muerte y porque, aunque se rebelara, una parte de él desconfiaba de la nada, de la anulación que prometía y que solo el alcohol y los medicamentos le habían ofrecido hasta ese momento. Tenía la vista fija en la tierra.

—¿Teme a la muerte? —preguntó la anciana.

—A la muerte no, pero sí a ese agujero.

—Tiene toda la razón —concluyó Sarah secamente antes de apartarse de él y subir la cuesta hacia el coche.

El médico no se atrevió a decirle que no había tomado su

chocolate caliente.

Un arma fantástica

Las manos de Sarah eran bonitas, como ella, y viejas, como ella también. Cada uña estaba pintada del color de las frambuesas aplastadas aplicado en microscópicas gotas de sangre espesa. En sus labios, finos como cuchillas, el carmín hacía juego con sus uñas. La piel de su cara acusaba por lo menos diez mil años de arrugas, y eso tranquilizaba mucho al médico porque, pensó, para un anciano que lo descolocaba a uno, había nueve inofensivos, y él había incluido a Sarah en esa segunda categoría. Los siguientes días le quitarían la razón mil veces.

—¿Cómo se matará? —le interrogó ella cuando se puso al volante.

Le contestó con una mezcla sorprendente de indiferencia y provocación inútil:

—Tengo cuchillos, gas, una cuerda, ampollas de insulina, un bate de béisbol…

En realidad, pensaba constantemente en la muerte desde hacía meses. Se había convertido para él en una especie de animalito salvaje que paseaba con él en una jaula. No le molestaba mientras no metiese un dedo en ella, como justo había sucedido antes, con ese hoyo en la tierra. La sangre se le había helado en las venas con solo mirarlo.

—¿No querrá poner fin a sus días golpeándose hasta morir? —La anciana alzó los brazos al cielo—. ¿Por qué no se come unos cuantos yogures caducados, ya puestos? No, no, hace falta algo más radical. ¿Un arma de fuego quizá?

El médico miró distraídamente por la ventanilla.

—Tengo una pistola. Una Luger PB.

—¿PB?

—*Parabellum*. Significa…

—Sé latín —lo cortó ella—. ¡Menuda bobada precisar que un

arma está hecha para «preparar la guerra»! Imagínese que pusiera «para cascar nueces». El sentido de la historia sería diferente. —Introdujo el índice y el pulgar de la mano derecha en el cenicero y removió su contenido con nerviosismo—. ¿Sigue funcionando?

—Sí.

—¿Está seguro? Debe de ser muy vieja, habría que probarla…

El médico le relató que una noche, al regresar del hospital, su mujer lo esperaba en el salón. Velas, música, una cenita italiana en la mesa. Tenía una sonrisa extraña y ocultaba algo a la espalda. Cuando se lo tendió, él dudó: lo había envuelto demasiado bien. «¿Qué? ¿No abres tu regalo?», le había dicho ella. Era la Luger, restaurada por un armero, dentro de una cajita roja con dos cargadores llenos. Un obsequio magnífico y realmente sorprendente porque a su mujer le horrorizaban las armas de fuego.

—Por lo que parece es muy importante para usted —observó Sarah.

—La heredé de mi abuelo. No es un arma cualquiera. Es muy especial…

La anciana sacó la mano del cenicero y puso ambas al volante, se limpió la ceniza de la punta de los dedos y adoptó una expresión interesada.

—Déjelo, no tenemos tiempo.

—Demasiado tarde, soy curiosa.

—Es una historia triste y bonita, alegre y seria, todo a la vez. Su viejo corazón no la resistiría.

—Tengo orígenes soviéticos. Estoy blindada.

El médico decidió excitar un poco más la curiosidad de la anciana.

—Mi abuelo me tomaba en su regazo y, con su voz de reloj oxidado, me decía: «¿Ves este arma, chico? Es mágica y nunca mató a nadie. Hasta salvó decenas de vidas». Y yo le pedía «La-fantástica-historia-de-la-pistola-que-nunca-había-matado-a-nadie». ¿De veras quiere oírla? —Adoptó un tono misterioso—. No es demasiado tarde…

—¡Cuéntemela!

—No, lo noto, en serio, no está preparada —dijo él, y la expresión decepcionada de Sarah lo complació.

—Su abuelo le transmitió el arte de los efectos teatrales, por lo

que veo. O el arte de torturar a su auditorio, no sé…

—Era alguien ilustre, destacaba. Era apicultor. La gente iba a su casa para ver cómo las abejas usaban su enorme barba como panal.

—¿De veras?

—No, he dicho lo primero que se me ha pasado por la cabeza. Creo que intento hacer como usted, como sus tías. Invento.

Por su sonrisa se veía que estaba bastante satisfecho del resultado. Sarah golpeaba con el puño el salpicadero.

—¡Por san Cristóbal, basta de rodeos, quiero la historia!

—No se la contaré. Soy el único que la conoce y cuando me muera desaparecerá conmigo.

—¿Por qué me hace esto?

Se volvió hacia ella y soltó una risotada.

—Porque por su culpa tengo hambre y me duelen las piernas. Todo se paga en la vida y este es mi adelanto.

Disfrutaba haciendo sufrir a la anciana y eso era nuevo. Podía sentir placer todavía, incluso en un acto de maldad gratuita insignificante e inofensivo como aquel. Sí, incluso en eso.

El albergue

Se removió en el asiento, decepcionada, y sacó un nuevo cigarrillo.

—Fuma demasiado, es malo para la salud —le dijo y se removió también en su asiento al tiempo que con un dedo le señalaba el pecho.

Tono docto, cara docta: había hablado como un profesional.

—En este momento, chaval, fumo demasiado, bebo demasiado, como demasiado y me río demasiado. En realidad, vivo demasiado.

—¿Chaval?

—Podría ser mi hijo… —La anciana agitó su mechero delante de él—. Él me mira y me reconforta: «Muy bien, mamá, fuma, bebe, diviértete».

Se puso perfume y automáticamente el médico pensó en su mujer. Apoyó la barbilla en la palma de una mano, la mirada perdida.

—¿En qué piensa?

—Este asunto acabará muy mal.

—¿Qué asunto?

—Usted y yo.

—Oh, Mark… ¡Qué lástima si perdiera mi apuesta! Es usted tan mono como un mazapán en la mano de un somalí. El mundo necesita gente guapa. Son las piedrecitas que uno debe seguir por la noche en el bosque para encontrar el camino de la gran casa donde no hay ni miseria ni desgracia ni sufrimiento…

—Bla, bla, bla —dijo él imitándola—. Cállese un rato y abra los ojos. Su gran casa hace aguas, ¡está construida bajo el nivel del mar! El hombre es malo. Le gusta hacer daño como a ninguna otra criatura. Y cuando en un momento fugaz de lucidez toma conciencia de su naturaleza, asegura que no es culpa suya y acusa a un dios. No hay que ser muy inteligente para entender eso.

De los labios de Sarah el cigarrillo colgaba como una brizna de

hierba blanda. El médico había ido demasiado lejos y se dio cuenta.

—Sarah, yo…

Aparcamiento. Freno de mano. Instante de silencio, mirada tímida a su reloj amarillo, mirada tímida a su reloj azul.

—Sígame, Teddy Bear —dijo como si nada—. Estamos a tiempo. No es ni demasiado tarde ni demasiado temprano. La hora justa.

Esos cambios de actitud continuados de la anciana… El médico tenía la sensación de estar intentando coger una anguila con las manos. Entró en el restaurante cojeando. Sentía calambres en los muslos. Parecía que su cuerpo solo esperaba eso, despertarse y sufrir.

En el establecimiento, muy sofisticado, únicamente había una decena de clientes, todos con aspecto de ser ricos y felices. Con su viejo chándal, el médico se sintió violento apenas entrar.

Sarah elogió la disposición de las mesas, el color de las flores, el azul de las cortinas… como si quisiera comprar el restaurante. Estaba poniéndolo nervioso, pero no dijo nada porque se sentía culpable por haberle alzado la voz en el coche. Su desesperación no le daba derecho a acabar con la esperanza y la alegría de vivir de los demás. Se prometió tener cuidado. Después de todo, era una anciana, no un ciruelo.

Un camarero los atendió, dulcemente, con su voz afeminada. Cogió dos menús con la cubierta de cuero ya abierta y se los tendió.

Sarah carraspeó.

—Solo para un comensal —dijo.

—¿La señora no come?

Ella se llevó una mano al vientre.

—¡Faltaría más! ¡Claro que voy a comer!

Cogió desprevenido al médico.

—Este hombre está enfermo. Una forma rara de íleo paralítico. Hemos consultado a un especialista y este le ha recetado unos días de dieta estricta.

El aludido la miró con los ojos como platos y le habló con voz amenazadora.

—No juegue con mi estómago, Sarah, se lo advierto…

—¡Venga, Teddy Bear! Si la crono-homeo-gastro-acupunto-nutricionista le recomienda un régimen, es por su bien.

—A veces los especialistas se equivocan. A veces también

envejecen y se vuelven seniles —masculló.

La mirada del camarero iba de la cara de Sarah a la del médico.

—Esta no —afirmó Abuelita-vestido-de-gala con una sonrisa inmensa—. Si dice dieta, es dieta. ¿Acaso piensa que poner a régimen a la gente la divierte? No, pero lo hace porque es una profesional. Le salva la vida.

—¿Cuántos cubiertos entonces? —preguntó el camarero con una pizca de hartazgo.

—Solo uno —ordenó Sarah.

El médico tenía más hambre que el primer hombre que descubrió que los caracoles o las ostras eran comestibles. Entonces insistió.

—Ponga dos.

—¡Uno!

El camarero movía los pies, inquieto. Sarah se puso de puntillas y le susurró algo al oído. El hombre palideció.

—Un cubierto para la señora, nada para el señor, muy bien, enseguida, como desee, discúlpeme… —farfulló antes de desaparecer.

—¿Qué le ha dicho?

—Que la dueña de este restaurante tiene mal carácter y que le despediría si le sirve.

—¿Y se lo ha creído?

—Tenía un sólido argumento.

—¿Cuál?

Sarah soltó una carcajada.

—Soy la dueña del establecimiento.

—No la creo.

—¡Qué más da puesto que él me ha creído!

Y se fue hacia el fondo de la sala, dejándolo plantado. La siguió y se desplomó con todo su peso en el sillón frente al de Sarah mientras ella se quitaba el abrigo.

—Por favor, siéntese —le dijo ella con severidad.

Casi se sintió culpable por haberse sentado sin pedirle permiso.

—¿A qué juega esta vez, Sarah?

—Vivir es comer. Los muertos no comen.

—Todavía no me he muerto.

—¡Qué placer oírselo decir!

Se sirvió un vaso de agua ignorando el vaso del médico.

—Tengo una nueva pregunta para usted: si a las mariposas nocturnas les gusta tanto la luz, ¿por qué no viven de día?

—Tengo hambre.

—Quédese entre nosotros. Deguste todo lo que quiera durante el resto de su vida.

Vio que se doblaba por la mitad y que se llevaba una mano al vientre, y oyó que con una rabia no disimulada le soltaba:

—Hablar con usted me da calambres. El apetito sin duda…

Era demasiado. Harto, le tiró la servilleta a la cara.

—He perdido el juicio aceptando seguirla hasta aquí. Era una mala idea. —Empujó su sillón—. Me voy. Usted es una sádica, yo estoy loco, ¡vaya pareja! De hecho, no la quiero.

—¡Por san Cristóbal, vuelve a pasarle!

—¡Basta, señora! Yo era débil porque estoy triste. Usted era fuerte porque es lista.

—¡Siéntese!

—No… No más órdenes. Ni lecciones. Se acabó.

Dejó la mesa con violencia y se dirigió hacia la salida dando zancadas.

Sarah se puso en pie y le gritó:

—¡Tenemos un trato, joven! —Su voz sonó tan fuerte que los demás comensales levantaron la cabeza del plato—. ¡Nos hemos dado la mano!

Se detuvo, dio media vuelta y se sentó al borde del sillón con la cabeza gacha, listo para marcharse de nuevo si volvía a decirle algo que no le gustaba.

—¿Cómo lo hace?

Había agitado su índice para amenazarla.

—¿Cómo hago qué?

—De todos los motivos que podrían vincularme a usted, esta historia de manos estrechadas es la más fuerte. ¿Cómo lo ha adivinado? —preguntó antes de dar un sorbo de agua.

—Tía número tres. Isabella. Habría hecho hablar a un mudo. Ahora siéntese. Vale, va a comer. De hecho lo hará con muchísimo placer después de haber creído que no probaría bocado.

El médico se disponía a coger un menú cuando Sarah se lo arrebató de las manos y se lo puso bajo el trasero.

—No me ha contestado. ¿Funciona esa pistola? ¿La ha probado?

—Nunca. Desde el día en que mi mujer me dejó no he vuelto a tocarla. Está en mi biblioteca a la espera de… Ya sabe a qué me refiero.

—Quiero que la coja mañana, con balas. Es importante. Él se inclinó hacia ella y la miró a los ojos. Se sentía en situación de ventaja.

—Muy bien. Quiero algo a cambio. Un aperitivo fuerte, un entrante, un plato principal con una copa de vino y un postre. Lo quiero todo, incluso el café y la galletita del final. Y el caramelo de la cuenta. Y el digestivo. Sobre todo el digestivo.

—¡Vale! —La anciana se puso un poco de canela en los guantes, los olisqueó y pareció satisfecha—. Tráigame mañana esa fantástica arma y le prometo que lo torturaré menos que hoy. Y no ponga esa cara de resignación. Tengo la impresión de estar enviándolo al patíbulo, cuando en realidad me esfuerzo por salvarlo.

—¿Haciendo de mí un hombre hambriento?

—Haciendo que se dé cuenta de pequeñeces que cuentan mucho: comer cuando se tiene hambre, beber cuando se tiene sed, descansar cuando se tiene sueño…

—¿Sabe que en la India existe una religión que acepta el suicidio si la muerte se produce por inanición?

Sarah negó con la cabeza.

—El suicida se deja morir de hambre —prosiguió—. Se considera que es una manera lo bastante lenta y dolorosa para probar sin lugar a dudas la motivación del candidato.

—¿Por qué me cuenta esto, Teddy Bear?

El médico hizo una mueca de disgusto.

—Estaba pensando que podría cortarme una pierna para que tome conciencia de la felicidad de andar sobre mis dos pies… ¡O mejor, hágame beber cuatro jarras de cerveza, lígueme la uretra y prohíbame que vaya a mear!

Sarah no se dio por vencida.

—Mi hija me ha leído un estudio holandés que demuestra que se reflexiona mejor y se toman mejores decisiones con la vejiga llena.

—No tendría que haber vaciado la mía ayer por la mañana antes de subir a su taxi.

La anciana llamó al camarero.

—Pero ¡si todavía no he escogido! —protestó él.

—No será necesario. Me he informado antes de venir…

Se inclinó sobre la mesa y, con la excitación del cazador que ve su trampa cerrarse, le soltó:

—Mi pequeño Mark, por lo que sé, aquí preparan la mejor tarta de calabaza y el mejor tartar de buey de toda la ciudad.

El recuerdo de una cena

¿La mejor cena del médico? No fue él quien la comió…

Veinte años antes. Un viernes por la noche en urgencias. El joven médico entra en el box número seis y descubre a un chaval de diecisiete años, el señor Olla, con la piel de color caramelo, que está allí por presentar «dolores de cabeza insoportables». Al joven médico no le gusta ese motivo. Es impreciso y potencialmente grave.

El chaval se ha desmayado durante un entrenamiento de natación. El examen físico, el interrogatorio, el escáner… todo parece normal. El joven médico vuelve a la habitación y le anuncia la buena noticia. Aprovechando un momento de calma en los pasillos, coge una silla y pide al chico que le cuente todo de nuevo.

Buena idea, la silla, sí, buena idea… El relato es largo y no muy alegre: el chaval sale de unas pruebas de natación para entrar en el ejército. No ha comido desde hace cuarenta y ocho horas, no tiene dinero y se ha visto obligado a escoger entre calentarse y comer. Tiene frío, tiene hambre. Ha escogido.

El médico se levanta, retira el capuchón a su bolígrafo, hurga en toda la ciencia que ha acumulado en diez años de estudios científicos complicados y, finalmente, escribe en mayúsculas rojas en la hoja de tratamientos: «COMIDA ABUNDANTE».

El chaval recupera la salud ante su mirada mediante bandejas llenas de comida, con compota de manzana y biscotes sin sal.

Indiscutiblemente, la receta más simple y hermosa de su vida.

El rey herido

Fue gracias a la vieja Sarah que el médico vio por primera vez al hombre que vivía bajo la higuera roja. Lo llevaba a casa cuando le enseñó una construcción al pie del árbol.

—¿De quién es esta vivienda, Teddy Bear?

—¿Qué vivienda?

La anciana salió del coche y se fue directamente hacia el vagabundo, un hombre de baja estatura y cuerpo de tonel con la cara quemada y pelada. Vivía en una casita hecha con cartones.

El médico se sobresaltó. Lo había visto a menudo, pero como si se tratara de un banco público o una fuente. Nunca lo había mirado. No había reparado en su abrigo raído y mugriento bajo el que se había puesto una manta para protegerse del frío ni en su pierna derecha, laxa, tullida. Y el hombre era guapo. De una belleza desgastada, agotada, ajada por el tiempo. Podían verse barcos y muelles en su mirada. El vagabundo había sido marinero en otra vida. Se llamaba Régis, pero prefería que lo llamaran el Rey o, simplemente, el Pescador.

Cuando el médico se dirigió hacia ellos Sarah estaba delante de la higuera, cautivada por su rareza, y el hombre le explicaba que los vecinos del barrio la creían muerta el invierno anterior, pero que había producido tantos frutos que habían hecho con ellos varios kilos de mermelada para los huérfanos de Notre-Dame. El verano y el otoño habían pasado, y los niños seguían comiendo higos y el árbol seguía dándolos.

—No me lo explico, nadie puede —concluyó Régis antes de ver al médico y llamarlo—. ¿Una monedita, señor? ¿Para un antiguo marinero?

El Pescador había hablado con la voz cascada de un noble tuberculoso, y el médico hurgó en sus bolsillos en busca de unas monedas.

—Es lo único que tengo —se excusó al tiempo que se las daba, ruborizándose de lo falsa que sonaba su frase.

—¡Gracias de parte del Rey! —exclamó el otro al coger las monedas—. ¡No es oro, pero es mejor que nada!

El Rey les juró que su vida era bonita antes, cuando tenía «todo lo que un hombre podía soñar». Luego su mujer había muerto y se había dejado marchitar…

El médico se sintió como si una bota enorme le aplastara el pecho en ese instante. Desvió la mirada para disimular su malestar.

—Mis hijos me esperan —se excusó Sarah poco más tarde y se despidió de los dos—. Ha sido un honor conocerle, señor Régis el Pescador.

El médico la vio volverse hacia él y abrazarlo otra vez. «Hasta mañana… Y sea listo», le dijo, lo que él tradujo por: «Me debe cinco días antes de quitarse la vida y lo perseguiré hasta el infierno si no cumple su promesa, querido».

Se marchó, y él se encontró solo con aquel extraño reflejo de sí mismo, aquel hombre marginado del mundo que se protegía del frío con una fina capa de cartón y restos de *whisky* barato. Se preguntó cómo era posible sobrevivir de esa manera. Cuando el taxi desapareció al doblar la esquina el médico quiso saber desde cuándo el Rey vivía en la calle.

—Siete años hace. O dos semanas. Quizá un día, no me acuerdo, pero ya no me queda nada, eso sí que lo sé. Hasta que me muera, cierro los ojos y todo lo que veo me pertenece. Incluso un castillo, del que soy el soberano. ¡Eso es todo, tío!

El médico no supo qué decirle y le mintió:

—Un día todo se arreglará para usted, sí, sí, estoy seguro, ya lo verá.

Todo el mundo decía eso para reconfortar a los demás, así que el médico hizo lo mismo. Régis le preguntó por su nombre y él contesto que era Mark, sin saber por qué. Se dieron la mano y charlaron durante una hora, sobre el tiempo, la gente con prisa, la utilidad de los vales de descuento, la felicidad, las mentiras de la vida y la sinceridad de la muerte.

Ya en su casa, el médico abrió una botella de *whisky* y se mordió las uñas. Una a una, dedo tras dedo, todas. Cuando acabó con la última se quedó mirando fijamente la pared blanca de la habitación

durante horas. La botella estaba casi vacía y no sabía qué más hacer. Entonces cogió la caja roja, sacó la pistola de su abuelo y los dos cargadores, y se dijo que una bala bastaría. Acarició el arma y la desmontó para observar el mecanismo y los engranajes, antes de volver a montarla escuchando los clics. «Me estoy volviendo loco», pensó al darse cuenta de que le gustaba el sonido de sus piezas al deslizarse entre sus dedos.

Después se fue a la cama como siempre, con la diferencia de que por primera vez desde hacía tiempo se preguntó lo que le depararía el día siguiente.

Cinco días antes del entierro

La alubia mágica

El médico había tenido una crisis de angustia durante toda la noche, de modo que salir para encontrarse con la anciana por la mañana le había resultado tan difícil como escalar una montaña de barro.

Sarah iba vestida como una princesa de parque de atracciones. Top azul, diadema plateada, vestido amplio, con un faldón sobre el asiento del copiloto y el otro hacia atrás. ¿Bonito o ridículo? El médico no habría sabido qué responder. Pero era pintoresco, eso sí.

La vieja hacía girar un rollito de primavera entre los dedos y lo observaba con aprensión.

—¡Son solo las diez de la mañana, Teddy Bear, pero el momento es solemne! Es la primera vez que hago esto, así que tengo derecho a pedir un deseo.

Él sintió un breve mareo. Su mujer hacía eso mismo, y nunca había entendido por qué creía en semejante superstición.

—Es ridículo, querido: odiar un alimento sin haberlo probado. Me habría bastado con probarlo una sola vez… ¿A usted, por ejemplo, le gustan las gambas? Yo sé que me encantan. También me gusta la ensalada… ¡Me chiflan los brotes de soja! Sin embargo, el rollo entero me da asco… Pero ¡vamos allá! ¡A su salud!

Inspiró profundamente, mordió apenas un bocado del rollito, lo masticó, lo tragó… y se echó hacia atrás con un suspiro de alivio.

—¡Por Dios, qué bueno! Imagine una solterona que descubriera su clítoris al final de sus días y le encantara. ¡Qué tragedia!

El médico se echó a reír. Su desesperanza no puso objeción alguna, así que aprovechó la ocasión. Tal cual. Las maletas de su mujer habían dejado demasiado silencio en su vida.

—Venga ya, Sara… Habla como si para usted ya fuera tarde… Pero en este coche el condenado soy yo.

—Todos moriremos algún día —lo corrigió la anciana—. Por eso

trabajo de noche. En cuanto a mi deseo, no lo haré. Ya se ha cumplido. Se lo contaré dentro de cuatro días.

Una alubia cayó a sus pies. Parecía una pequeña píldora blanca. La miró con fijeza. Había algo en esa semilla, pero ¿qué?

—Sarah, ¿está bien?

—Es realmente malo…

—No me extraña. Mi abuelo perdía sus gatos uno tras otro. Siempre he pensado que el restaurante chino que había bajo su casa quizá tuviera algo que ver… —Le arrebató el rollito de las manos—. No lo tire. Me lo acabaré más tarde.

—Tiene razón, querido, quédeselo para el mediodía. ¡Aún no sé qué le tengo reservado!

El castillo de los fantasmas que pintaban

Cuando Sarah hablaba… hablaba demasiado. Y cuando callaba también lo hacía durante mucho tiempo. Mientras circulaban iban escuchando música, y la anciana asentía rítmicamente con la cabeza con el mismo movimiento de aquellos perritos de plástico que antes llevaba la gente en la parte trasera de los coches. Estuvo diez minutos sin abrir la boca, hasta que al final dijo:

—Los Nocturnos de Chopin son tan bonitos… Imagine lo que serían si los hubiera compuesto de día.

A su pasajero no se le ocurrió nada que oponer al entusiasmo repentino de la anciana. Se contentó con explayar la mirada a través de la ventanilla. Imposible escapar a los anuncios publicitarios: abrigo, batidora, joyas… Todo parecía accesible y posible.

Un cartel que mostraba unos zapatos prometía «la felicidad con F mayúscula». El médico había comprado esos zapatos hacía un año y se dijo que su par debía de ser defectuoso.

—¡Vaya mierda! —afirmó en un tono categórico.

—Sin duda, pero así es —contestó Sarah.

Ignoraba si ella sabía de qué hablaba. Él tampoco lo sabía, de hecho. ¿De qué hablaba exactamente?

La anciana detuvo el taxi en la orilla izquierda del río, delante de un edificio abandonado con pinta de viejo hotel encantado. Un terraplén, algunas vallas caídas, grúas a lo lejos. El médico creyó que habían llegado a uno de esos lugares que había en el extrarradio de las grandes ciudades, donde uno se moría de aburrimiento de día y de miedo por la noche.

—¡Dios mío, qué feo te has puesto! —se lamentó Sarah observando el viejo coloso gris—. ¡Y qué solitario estás!

Vio fruncida la comisura derecha de sus labios, su ojo vidrioso, la mirada distante, luego la oyó suspirar tres veces seguidas.

Fue como si se hubiera muerto un poco.

—¡Venga, si no hay más remedio…!

Salió del coche y se dirigió a la entrada, una puerta verdosa, ajada por las inclemencias del tiempo, que empujó en vano.

—¡Por san Cristóbal! —refunfuñó.

El hombre la siguió. El aire era más fresco que el día anterior. Dañaba los pulmones, pero aclaraba la mente.

—¿Cómo es que una dama como usted conoce un antro como este?

Poco le importaba la respuesta; solo había hecho la pregunta para parecer amable. Únicamente quería sentarse en algún sitio y luego morirse. O algo parecido.

—Era uno de los hoteles más prestigiosos de la ciudad. Aquí vivían pintores.

Sarah rebuscó en su bolso, sacó un manojo de llaves y se volvió hacia el médico.

—Y este «antro» es mío —dijo fingiendo estar molesta al tiempo que abría la puerta—. Lo he comprado en este estado. Me he negado a reformarlo.

¿Mentira? ¿Verdad? «Qué más da», pensó el médico a la vez que ponía un pie en el vestíbulo. Se esmeraría durante cinco días en fingir que vivía para que no le dieran la lata.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra descubrió el lugar. Olía a yeso enmohecido. Una interminable escalera de caracol con la barandilla de hierro se perdía en la semioscuridad. Después venía la nada, poblada de crujidos y aleteos cuando los grajos se aventuraban entre dos columnas. En el centro había un muro de cemento. Sarah lo había llevado a unas ruinas.

—¡Media vuelta! —dijo volviendo sobre sus pasos—. Lo que necesitamos está en el maletero del taxi.

Allí varias calabazas redondas estaban apretadas las unas contra las otras.

—¡Siempre llevo por si se me avería el coche! ¡Hacen las veces de excelentes carrozas de repuesto! —Agitó su pitillo como si se tratara de una varita mágica—. Las pondremos sobre el muro, ahí, y luego ¡jugaremos a las calabazas y los vaqueros! Es como jugar a los indios y los vaqueros, pero en vez de…

—¡Ya, ya, lo he pillado! —exclamó el médico algo irritado.

Colocaron las calabazas unas al lado de las otras y luego Sarah giró sobre sí misma, sola en medio de la inmensa sala, como los derviches de Oriente, sin dejar de mirar las vigas del techo.

—¡He decidido transformar este edificio en museo! —Su respiración se tornó queda; su voz, entrecortada—. Aquí… está… el futuro… museo más grande… de arte contemporáneo… del país. O una fábrica de caramelos… No sé… ¡Acérquese, esto va a ser increíble!

Un recuerdo de juventud

La infancia del médico… Se pasa los nueve primeros años de su vida rodeado de médicos. Malformación cardíaca. Una de las malas. En el hospital tiene a su abuelo siempre a su lado, una pequeña habitación y sobre todo la televisión.

Entre revisión y revisión el niño devora las aventuras de los superhéroes en mallas, los que vuelan y meten a los villanos en la cárcel.

Bajo la pantalla hay una pequeña caja en la que debe introducirse una moneda de vez en cuando. La moneda desencadena un sistema mecánico que le proporciona de dos a tres horas de dibujos animados. El niño los ve en calzoncillos, con la sábana anudada al cuello a modo de larga capa. Las tribulaciones que vive el héroe, la proximidad del peligro y el triunfo del bien sobre el mal… Su imaginación se desata.

Cada semana el señor Miel, el técnico, pasa a recoger el dinero. Se sienta al lado del niño en silencio y mira los dibujos animados. Siempre le lleva algún dulce: caramelos de calabaza, galletas de calabaza, tarta de queso y calabaza, magdalenas de calabaza… Todo es redondo, naranja y azucarado con el señor Miel. Como su cara de bonachón y su enorme panza en la que se da palmadas mientras ríe muy fuerte.

Luego vacía la cajita de las monedas y, con un dedo sobre los labios, devuelve al niño la suya. Es su secreto.

Una mañana hasta le enseña cómo poner en funcionamiento el mecanismo del televisor con un hilo y una moneda.

—Cuando sea mayor, haré como tú —dice el niño enfermo.

—Procura hacer como ellos, mejor —contesta el señor Miel a la vez que señala a dos cirujanos que avanzan por el pasillo.

Aquel hombre hará al niño muy feliz durante su enfermedad. Al niño le gustan los técnicos. Durante mucho tiempo, cuando le pregunten qué quiere ser de mayor contestará con una convicción impresionante en un chaval de su edad: «Seré técnico de día y cirujano para los niños de noche».

Ya lo tiene claro cuando cuenta ocho años: curará a los niños.

Luego el médico crece y sigue igual de convencido. Una vez empezada la carrera de medicina saca matrículas de honor y todo parece ir de maravilla.

«Finalmente voy a ser cirujano para los niños de día y cirujano para los niños de noche. Es lo que voy a ser, de principio a fin».

Se siente tremendamente feliz.

Todavía no sabe nada de la vida…

La prueba de los caballeros dobles

—La pistola —pidió Sarah.

El médico abrió su bolsa y sacó con delicadeza la cajita roja donde se encontraban el arma y las balas.

En ese instante ella se la arrebató con una violencia inesperada y le dio un beso en la mejilla derecha. El médico no supo cómo reaccionar. Era la primera vez que una anciana le agredía en la mejilla.

—Le ruego que disculpe este repentino e inexplicable ímpetu —dijo visiblemente incómoda mientras se atusaba el peinado—. Me ha salido del alma. Me ha apetecido de pronto y me he dejado llevar.

El médico levantó la vista hacia el techo. Ya nada le extrañaba de aquella mujer.

Sarah sacó el arma de la caja y observó con mucha atención los dos cargadores. Dudaba.

—¡Pinto, pinto, gorgorito…!

Optó por el de la derecha. Lo cogió, se lo pegó a la cara, lo examinó y sopló a través de él… y finalmente escogió el de la izquierda. Dentro había seis cartuchos listos para ser utilizados, es decir, el número exacto de calabazas que acababan de poner sobre un muro bajo.

—¿No le parece una extraña coincidencia?

—Siempre he tenido suerte —contestó ella dándose con el dedo sobre la nariz—. Una mano con suerte y unas tías imaginativas. Regina se ganaba la vida tejiendo capas de invisibilidad, pero solo funcionaban en la oscuridad. En cuanto a Sophia, predecía los números afortunados de la lotería… pero solo dos segundos antes de que salieran. Murieron muy pobres.

Mientras hablaba, el médico quiso probar la solidez de los muros dando patadas en un trozo con enlucido. Toda una placa se

desprendió con el ruido que haría un cuadro al caer de una pared. Un poco de polvo voló en un rayo de sol. El médico dio tres pasos hacia atrás y ocultó las manos en los bolsillos con aire de: «He hecho una tontería, pero nadie me ha visto».

—Sophia era también la jabopitonisa más famosa del mundo.

—¿Jabopitonisa?

—Sentía cosas sobre las personas cuando examinaba sus jabones.

—¿Y qué adivinaba?

—Si se habían lavado —dijo Sarah justo antes de soltar una carcajada—. ¡Venga, querido, dispare a esas calabazas sin piedad!

Satisfecha con su ocurrencia, pateó el suelo durante unos segundos y luego se fue a buscar una silla plegable cantando una nana española.

Los ojos del médico se quedaron fijos en las dianas. Sarah había demostrado una maldad sin límite al tenderle aquella trampa. Había escrito en las calabazas: VIDA, NIÑEZ, ALEGRÍA, MEMORIA, TRISTEZA, RESILIENCIA; cada una llevaba un nombre en mayúsculas trazadas con rotulador negro. De pronto se sintió más solo que nunca. Había dado un paso de costado, fuera de su vida, y se había perdido en un lugar desencantado, sin voluntad y sin luz. Así que disparar a esas dianas le provocó un sentimiento extraño. No sintió nada, para ser sinceros, pero se acordó de que esas palabras existían, ni más ni menos.

—La felicidad existe, querido. ¡Incluso hay locos que la encuentran!

La anciana fumaba tranquilamente. No le contestó. Pensaba que no tenía razón. Después de haber disparado los cinco primeros cartuchos observó a la última condenada, detallando sus curvas redondeadas y plenas cuyos bordes se marcaban como costillas.

—¡Teddy Bear! —gritó Sarah—. ¡Sin piedad! Queda una acusada.

Él bajó el brazo, la pistola cargada con su última bala laxa y pegada a lo largo de su pierna. A pesar del frío tenía el cuello y los hombros calientes por la ansiedad y la concentración. La realidad del arma en su mano, el ruido de las detonaciones, la explosión que provocaban las balas cuando penetraban en la cáscara de las calabazas como si se trataran de cráneos… No podía más. Algo muy complejo estaba a punto de desencadenarse en él.

—Me temo, Sarah, que esta está condenada a vivir.

—Ni hablar, Mark. ¡Si se mata a uno, se mata al resto! —Lo observó por encima de la punta incandescente de su pitillo—. Y no hay más que hablar. Queda una bala en el cargador. Es para ella. Punto.

—¿Acaso eso está escrito en la *Perfecta guía del pequeño verdugo agrícola*?

Por primera vez desde que la conocía, y sin que pudiera explicarlo, decidió no ceder.

—¿Va a cargarse a esa maldita calabaza? —exclamó Sarah irritada—. ¡Deje de darle tantas vueltas!

El médico puso el arma sobre los muslos cruzados de la anciana.

—Guardo esta última bala para mí. Nos vemos en el coche.

Se acercaba a la salida cuando una detonación resonó. De pie delante del muro, Sarah acababa de «matar» a la última calabaza.

—¡Qué fastidio! Odio hacer el trabajo yo misma —dijo al llegar a la escalera de caracol del vestíbulo.

—Ha hecho trampa. Era para mí.

—¡Bla, bla, bla, querido! Le he robado su presa, le debo una. No se preocupe. Su caja roja contiene un segundo cargador lleno de balas. Seguro que encuentra alguna que le sirva…

La prueba de la caja

El médico resopló sonoramente cuando vio su nuevo destino. Eso la hizo reír.

—¿Cuánto le irrito, querido? ¿Demasiado o solamente mucho?

—Demasiado.

—Es buena señal. Significa que empieza a quererme.

El médico no era de la misma opinión. Había querido antes. A las enfermeras de su niñez, a su abuelo y más tarde a su mujer. Pero todo había acabado.

El establecimiento se le antojó muy frío. La gente se reflejaba fugazmente en el escaparate, justo donde estaba expuesto un ataúd colocado en posición vertical.

La puerta de entrada se abrió sin hacer ruido. Las bisagras estaban engrasadas hasta no admitir más lubricante. Todo era de un blanco deslumbrante y el suelo estaba cubierto con una especie de alfombra tan blanda que parecía pasta de dientes. Un ambientador con olor a limón penetraba en las fosas nasales de los visitantes. Muy inquietante, muy desagradable.

Un hombre con traje oscuro, cuya cara le recordó vagamente a alguien, se acercó con pasos breves, firmes y resueltos. El médico sabía que los vendedores de un establecimiento como ese no iban vestidos de payaso, pero la escena le pareció demasiado convencional, estereotipada.

El vendedor guardaba un vago parecido con una estatua de cera que había visto con su abuelo en el tren fantasma de un parque de atracciones. Tenía doce años, y nunca había olvidado la tez amarilla, las ojeras, las mejillas huesudas. Algo seco, liso, impenetrable.

Nosferatu les dirigió un movimiento de cabeza, el cuello tenso a la derecha: «Señora…», el cuello tenso a la izquierda: «Señor…».

—¡Hola! —contestó Sarah con voz alegre y una sonrisa de oreja

a oreja—. ¡Venimos para el funeral!

—Señora, ha llamado a la puerta adecuada. —Se señaló con el dedo una chapa sujeta a su chaqueta: «Mejor vendedor del mes»—. ¿Para cuándo está previsto el funeral?

La señora calculó con los dedos.

—Tres días… ¡No, cuatro! Eso es, ¿verdad, Mark?

El médico se hizo el desentendido. La anciana se lo estaba pasando en grande.

El empleado de la funeraria se inclinó ligeramente.

—¿Hombre? ¿Mujer?

—Hombre.

—¿Es usted un familiar del difunto? ¿Una amiga? ¿Alguien cercano?

—¡Cercano, digamos que muy cercano! —exclamó Sarah aproximándose al médico, y lo empujó hacia delante adoptando la actitud tensa y forzada de cualquier presentadora de un programa de televenta.

«Me he convertido en la última olla exprés tres en una de moda», pensó él. «Una ganga que endilgar».

—Se trata del caballero —dijo la anciana.

—Mi pésame —susurró el vendedor.

El médico miró de reojo la salida. Sentía una opresión insoportable. Algo le oprimía el corazón y apretaba, apretaba, apretaba…

—¿El señooor está enfermo?

Sarah contestó por el médico al tiempo que lo agarraba más fuerte que nunca.

—El señooor —imitó— está más fresco que una rosa. —Y en un tono de confidencia añadió—: Es un suicida. Un carácter débil, una ruptura amorosa complicada, poco coraje para seguir viviendo… ¡y unas piernas de mosca!

El empleado, todo un profesional, no pestañeó y les indicó el fondo del establecimiento.

—Si quiere acompañarme a la sala de exposición…

Entraron en una habitación grande en la que había trece ataúdes diferentes. Después de mostrarle el hoyo en la tierra, ahora le pedían que escogiera la caja que meterían en él, pensó el médico. «Finalmente», se dijo con un repentino nudo en el estómago, «la

locura de esta vieja empieza a tener sentido».

—Nuestra empresa puede ofrecerles una surtida gama de artículos que van desde el ataúd de pino común hasta la teca, una madera que no se pudre. —Se retorció una punta del bigote con dos dedos como si estuviera a punto de soltar una ocurrencia—. Con una excepción: ¡no tenemos ataúdes de cristal! ¿Ha calculado un presupuesto?

—No he tenido tiempo. El asunto urge.

—Actualmente la madera asiática está en promoción. ¡Una oferta que no puede rechazar! ¿Qué opina el señooor?

Sarah no le permitió abrir la boca y el médico la dejó hacer.

—Le doy la razón, ¡habría que estar loco para desaprovechar esta oportunidad! Mark está de acuerdo. Se conforma con todo, y no les reclamará.

—Jamás nos ha reclamado nadie, señora. Para el acolchado interior le propongo seda, organza, algodón o, un clásico que nunca pasa de moda, terciopelo. Toque. ¿A que es suave?

Le puso la tela bajo la nariz. El médico habría querido hacérsela comer centímetro a centímetro. Se sentía los ojos faltos de vida, los pies pesados, la conciencia dormida. Estaba demasiado débil para gritar a aquel hombre que le importaba un pepino su trozo de tela y sus maneras, y sobre todo que no se llamaba Mark.

—¡Por san Cristóbal, elegimos el algodón! El señor no es tiquismiquis.

—En cuanto al color, disponemos de carmín, azul cielo, blanco perla y, por supuesto, el clásico azul real. También verde inglés, pero es un poco especial. Por lo general, gusta a los cazadores. ¿El señor caza?

El médico visualizó a un empleado de funeraria disfrazado de gallina de agua pasando y volviendo a pasar delante del visor de una escopeta.

—¡No! —protestó—. ¡El señor es médico!

—¿Los médicos no cazan?

—Solo enfermedades. Calabazas, también a veces… Nos quedamos con el azul real.

Avanzaron por la sala y el vendedor les mostró un modelo de exposición.

—A eso se parecerá su encargo: madera asiática, acolchado con

tela de algodón, asideros para el transporte con forma de media luna hechos en cobre, interior biodegradable que asegura una impermeabilidad absoluta y el detalle que marca la diferencia: ¡los embellecedores de latón!

—¡Fantástico! —se entusiasmó Sarah.

—Si el señor quiere quitarse los zapatos, voy a tomarle las medidas.

Como el médico no se movía lo más mínimo, la anciana le dio un codazo.

—¡Mark, los zapatos!

El empleado lo observó de los pies a la cabeza. El médico no pudo evitar estremecerse cuando lo tocó y, con una amargura ya incontenible, le escupió:

—¿Cuánto mide un muerto?

—¡Un metro ochenta y cinco! —exclamó el otro, serio, mientras anotaba el dato en un cuaderno que sacó de su bolsillo—. No se preocupe, todo estará a tiempo.

—¿Y los hombros? ¿No se miden los hombros? —preguntó Sarah.

—Señora, nuestros habitáculos son muy amplios. Hasta podríamos acostar en ellos a un grupo de republicanos…

Su cara de estatua seguía mirándolo fijamente, sopesando el tipo de muerto que sería, si haría un buen papel, si no afearía su bonita mercancía.

Sarah se dirigió a él con todo el encanto del mundo.

—¿Podría dejarnos solos, por favor, caballero? Mark desea retirarse. Muchas gracias por todo. Ha sido usted perfecto.

—Faltaría más, señora. Si necesita más información, estaré en la habitación de al lado. No dude en llamarme.

El empleado de la funeraria desapareció haciendo entrechocar los tacones con un chasquido seco a la manera militar. El médico dejó caer la cabeza. La vida le agotaba…

La prueba del dolor

—¡Ha ido demasiado lejos esta vez!

Protestaba alto y fuerte cuando ella se apoyó en el borde del ataúd, la cara lívida, los labios temblorosos y su pequeño cuerpo a punto de derrumbarse.

—Yo… yo… —balbució palideciendo.

—¿Sarah?

Las fuerzas le flaqueaban. Se lanzó sobre ella para sujetarla.

—¿Está bien?

—Yo… yo…

La anciana sacó dos píldoras de uno de sus bolsillos y las tragó a palo seco.

—¡Dios mío! —gritó él—. ¡Sarah! ¿Qué está pasando?

—Yo… yo…

Las palabras se amontonaban en su boca sin poder salir.

—¿Usted qué? ¡Diga algo!

De pronto ella levantó la cabeza y soltó una carcajada.

—¡Se lo ha creído! ¿A que sí?

Se dejó caer sobre un sillón que había cerca, mudo. Su desesperación era visible, pero Sarah siguió. Miró el ataúd. Él se echó hacia atrás en el asiento. Nueva mirada insistente de la anciana, irresistible.

—¡Venga, Teddy Bear, acuéstese ahí!

—¡A la mierda!

—Usted primero —contestó ella con amabilidad—. No estoy aquí para echar azúcar a su gofre o calentar su leche —insistió—. Ha prometido que me obedecería. ¡Venga, adentro! Ese hombre podría volver y no entendería el interés de nuestro humilde… experimento. ¡Y alégrese de que no le hago escoger la música!

Diciendo esto, Sarah empezó a quitarse la camisa.

—¿Qué hace?

—Utilizo una técnica infalible.

—No entiendo…

—El chantaje: si no se mete en ese ataúd, gritaré que me ha violado. El empleado de la funeraria se encontrará con una vieja desconsolada con la ropa y el pelo en desorden que parece haber sufrido cosas inconfesables. Usted irá a la cárcel y le llevaré naranjas. Un medio como otro para mantenerlo vivo.

Lo ayudó a ponerse de pie, le dio una palmadita en el culo y señaló el ataúd forrado de algodón de color azul real. Convencido de que llevaría a cabo su amenaza, el médico se acercó a la caja y se metió en ella, las manos sobre el pecho a la manera de los faraones. Su abuelo le había enseñado imágenes en los libros de historia cuando era niño y, después de todos los cadáveres que había llegado a ver a lo largo de su carrera profesional, seguía pensando que así era como uno debía parecer muerto.

—¿Sus impresiones? —preguntó la anciana.

El médico se esforzó por sentir algo con la vista fija en el techo.

—Ha fracasado —respondió—. No cambiaré de opinión. Sigo tan vacío e indiferente a mi suerte como antes. —Pasó una mano por el acolchado de algodón con actitud provocadora—. ¡Qué suave, Sarah, el empleado tenía razón!

—¡Siéntese! —ordenó ella.

La obedeció.

—Bien, ahora cierre los ojos.

—¿Así?

Sarah se acercó sigilosamente y le propinó en una mejilla la bofetada más fuerte de su vida. El dolor le arrancó un grito.

—¡Me ha pegado!

—Lo sé —dijo—. Hasta me sorprende. Es la primera vez que pego a un huérfano.

—Pero ¿por qué?

—Porque yo, *lady* Sarah Madelina Titiana Elizabeth van Amapöle, le quitaré lo superfluo para que se quede con lo esencial. Le dejaré en cueros como si fuera un recién nacido para hacer de usted un hombre desnudo. Luego le enviaré al mundo. Entonces, y solo entonces, le daré permiso para que tome una decisión.

Retrocedió hasta la puerta caminando hacia atrás sin dejar de mirarlo. Con una expresión más dulce, le dijo con voz inocente:

—Le pido disculpas, Mark, pero era necesario. Quería saber si podía sentir dolor todavía.

Iba a salir cuando se detuvo.

—¿No pensará que todo sería tan fácil, Teddy Bear?

Un recuerdo de apretón de manos

Unos años antes. El médico todavía es estudiante. Deambula por los pasillos del hospital cuando un enfermero le alcanza.

—¿Puedes subir a esta paciente a cardiología? La esperan, y el celador está desbordado.

Por más que la paciente, una anciana yugoslava llamada señora Dazhbog, no hable francés, el médico tiene la certeza de que la interjección «¡ay!» significa lo mismo que en su idioma mientras avanza a empellones con la camilla de izquierda a derecha, chocando contra las paredes, las puertas, el fondo del ascensor…

Orgulloso de sí mismo, el joven médico hincha el pecho y llega a cardiología como el jefe indio Toro Sentado después de la batalla de Little Big Horn.

Exclama a la auxiliar a la que aprecia:

—¿Sabes?, ser celador es un verdadero trabajo.

Ella le da un beso y le susurra al oído:

—Oye, la próxima vez que transportes a una paciente en camilla, no la empujes nunca con los pies por delante.

Unas semanas después, en prácticas de geriatría, el destino hace que de nuevo se encuentren el joven médico y la anciana yugoslava. La señora Dazhbog tiene demencia, de la cabeza a los pies, y se pasa el día gritando vulgaridades que inquietan a los otros pacientes y molestan a sus familiares. Inexplicablemente se apacigua si el interno la toca. ¿Por qué? ¡Quién puede saberlo! Y eso que la primera vez no fue del todo bien…

Por la mañana cuando empieza la ronda de visitas, el jefe empuja el carro con los informes, la enfermera empuja el carro con los medicamentos que hay que repartir y el joven médico… ¡empuja el sillón de la señora Dazhbog de habitación en habitación! Todo el mundo pasa un día maravilloso. Antes de entrar a ver a un paciente, le dice:

—Señora Dazhbog, saldré de esta habitación dentro de diez minutos.

Será buena, ¿verdad?

—Gnagnagnagna —contesta, lo que el médico traducirá en aquel momento como: «¡Okey, Mackey! Pero no me hagas esperar mucho porque si no volveré a escupir insultos al personal y a todo aquel que pase cerca, ¿vale?».

Un día el médico se afeita la barba y se corta el pelo. La señora Dazhbog no le reconoce. En cuanto lo ve se pone a chillar sin parar.

Esa mañana algo acontece en la cabeza del joven médico. El primero de una larga lista de compromisos. El pequeño hilo que va de su hemisferio izquierdo a su ventrículo cardíaco derecho se rompe en silencio en el instante exacto en el que, para no oír los gritos de la mujer, el jefe le ordena cerrar la puerta de la habitación. Ese gesto, el de su mano en la manija, y el ruido del pestillo accionan un cerrojo en su pecho. El joven médico se odia a sí mismo por haber puesto ese muro de madera entre la anciana y él para estar tranquilo y seguir trabajando.

Sin embargo, como nadie va a ver a la señora Dazhbog durante las horas de visita y él no quiere que esté sola, se queda a su lado mientras repasa sus apuntes sin soltarle la mano.

Veinte años más tarde, ya adulto y triste, el único recuerdo que el médico guarda de aquella tarde de estudio en la habitación de la señora Dazhbog es un vago e irracional odio hacia las manijas de las puertas así como una vaga e irracional admiración por los buenos apretones de manos…

La lista de las cosas que hay que hacer antes de morir

Fuera el cielo era gris y pesado. Las gotas de lluvia formaron un collar bajo su barba rubia. Se apoyaron en el coche el tiempo de fumarse un último cigarro.

«Parezco un estanque cubierto de musgo chorreante», se dijo al ver su reflejo en la ventanilla del taxi. Se frotó las mejillas perladas y unas cuantas gotitas se dispersaron en el aire.

—¿Querido? —dijo la anciana con suavidad al cabo de unos minutos de silencio.

—Sí, Sarah.

—Si fracaso, ¿a qué hora se matará?

El médico se concedió un tiempo de reflexión.

—A las veintitrés horas y treinta y un minutos y doce segundos —contestó, la voz algo quebrada, agitando las muñecas para burlarse de ella.

—¿Siempre evoca su muerte con tanta indiferencia?

Él se encogió de hombros.

—No sé… Es mi primera vez. Hago lo que puedo.

De repente puso su mano sobre la de la anciana. La charla se volvía seria. No era momento para frivolizar.

—Pierde su tiempo conmigo, como yo pierdo el mío escuchándola. Son mis últimos días. Tendríamos que emplearlos en cosas más importantes. Voy a morir, ¿entiende?

Sarah chasqueó los dedos.

—Vayamos al fondo de la cuestión, pues. Quiero que me haga una lista. A un lado anotará todos los inconvenientes que siente quedándose vivo. Al otro, todas las ventajas.

—No me conoce —la cortó—. Ya he pensado en eso miles de veces. Y mi decisión es firme.

—¡Qué mala suerte, siempre se da por vencido! ¿No hay nada ahí dentro que yo pueda rascar, sacar a la luz y hacer crecer? —dijo dándole un toquecito en el pecho.

—En mi caso, Sarah, no es el corazón quien decide, sino la cabeza.

—¡Tonterías! Se muere de amor por una mujer, así que es su corazón el que domina su cabeza. Pero sigamos: cogerá otra hoja y apuntará todo lo que le habría gustado hacer antes de morir. —Buscó ejemplos—: Comerse un avión, toparse con alguien famoso, hacer buceo en la bañera o colarse en la ópera.

—¿Pintura sobre unicornio?

—¡Eso es!

—Sabe de qué habla, ¿verdad?

—Lo que le pido es difícil y a mí misma me costaría mucho contestar. ¡Quizá pueda darme ideas!

—Muy bien, señora, tendrá esa lista para mañana.

—Le esperaré delante de su casa a las ocho y treinta y cuatro minutos y doce segundos en punto. Antes será demasiado temprano, después será demasiado tarde. A partir de ahora cada minuto cuenta.

El médico estaba convencido de que se equivocaba. Ya estaba muerto, y esa anciana era la única en no darse cuenta.

La prueba del sueño

Desde que su mujer ya no estaba el médico solo tenía un sueño, y nunca más de una o dos veces al mes.

Siempre era el mismo: veía a su esposa marcharse diciéndole que era por su culpa. Él se quedaba allí, con los brazos laxos. No conseguía retenerla. Corría, ella huía, entonces aceleraba el paso, ella se le escapaba de entre los dedos.

Despertar. Solo. Triste.

Pero la noche del tercer día… Ocurrió algo extraordinario, importante, incomprensible. ¡Estaba convencido de que la había abrazado!

No era más que un sueño insignificante, pero ella lo ocupaba todo. Él le mordisqueaba la piel, le apretujaba los pechos, voluminosos y blancos. «Claro que te he perdonado, tonto», le decía ella riéndose. Luego le rozaba el torso con su melena pelirroja, lo recorría con los labios desde la frente hasta el sexo. El médico se despertó empapado en sudor con la intensa impresión de estar vivo y se sintió ridículo porque tenía una erección y no sabía qué hacer con ella. Que una parte de él pudiera estar tan dura lo sorprendió.

En mitad de la noche, de pie delante del espejo, observó a ese patético viejo amigo, hinchado e inútil, entre sus piernas como el heraldo de una batalla que no tendría lugar.

Vació todas las botellas de licor en el fregadero. ¡Solo el diablo sabía por qué las desperdiciaba de esa manera! Hacía tiempo que había dejado de buscar un sentido a sus actos.

Cogió el teléfono, llamó a su mujer y le dejó un largo mensaje. Palabras fáciles de entender: que era muy guapa y muy dulce, que caminaba, bailaba y respiraba como nadie.

Le dijo que soñaba que hacían el amor, que se frotaba en su cuerpo como si fuera jabón, hasta desaparecer de tanto uso. Cuando colgó, el Médico-que-quería-a-su-mujer creyó que la tenía frente a

él. Imaginó que estaba allí, que le hablaba y ella le contestaba.

—¿Sabes que ya no me río, cariño?

—Antes te reías mucho.

—Se acabó. Sonreír, hablar, comer, escuchar… lo finjo todo. Si no vuelves, juro que me mataré. Esta noche o dentro de cuatro días, no importa, pero me mataré. Y siempre cumplo mis promesas, lo sabes.

Estaba furioso con su mujer tanto como la quería, y era agotador.

—He soñado contigo —dijo en mitad de la noche, solo en la cocina.

—¿Y qué has soñado? —le contestó su esposa.

—No lo recuerdo del todo.

—Entonces ¿cómo sabes que has soñado conmigo?

—Porque me he despertado y durante un instante he sido feliz.

Cuatro días antes del entierro

La bruja que hablaba con los muertos.

El cuarto día antes de su muerte la anciana tendió varias trampas al médico y él cayó en ellas como un bobo.

Un-dos-tres, la vieja tamborileaba con los dedos, un-dos-tres, levantándolos uno tras otro, un-dos-tres, dejándolos caer sobre el capó del coche sin soltar la boquilla del cigarro, como si acariciara el lomo de un caballo.

—¿Tiene la lista que le pedí? —preguntó sin saludarlo siquiera al tiempo que se pasaba una mano por el pelo.

El cabello, sujetado sobre su cabeza con pequeñas peinetas de carey decoradas con falsos diamantes, se le veía de un castaño más claro que el día anterior, más a juego con el color de su ropa, un vestido blanco anudado al cuello con dos finas trenzas de seda doradas.

El médico le tendió un papel doblado en cuatro.

—Tenga, Sarah, lo que me gustaría hacer antes de morir no tiene nada de original.

La vio coger el papel, romperlo en ocho trozos y lanzarlos a la cuneta junto con su colilla humeante.

—¡No, no, no, no la ha escrito, imposible! —aseguró ante la mirada desconcertada del médico—. ¡Matarse después de haber pensado en todas esas bonitas cosas resultaría más difícil! —Pasó un brazo bajo uno de los de él y le pellizcó una mejilla—. Torturar a los médicos suicidas pronto será mi pasatiempo preferido. Empiezo a tomarle el gusto.

El médico miró los cuadraditos de papel blanco en la calle. Finalmente estaba contento de que no leyera esa lista.

Sarah señaló la entrada del edificio.

—¡Vamos!

—¿A mi… casa? Pero ¿por qué?

—Para guardar los cuchillos, esconder las cuerdas, cerrar las

ventanas —propuso—. O mejor aún: ¡para hacer sus maletas! No querrá irse en bolas, ¿eh? No sabemos qué tiempo hará. Tenía una tía, la número ocho, que se llamaba Martina. De joven era muy gorda, pero perdió ochenta y siete kilos tras una apuesta estúpida. ¿Su cuerpo? ¡Un montón de huesos en un envoltorio de piel arrugada! Cuando agitaba los brazos criticando parecía un viejo murciélago batiendo las alas. —Sarah la imitó—. Era una parlanchina incorregible. ¡Durante toda su vida habló por los codos de día y de noche! Incluso muerta, sigue dale que dale. Si pega uno la oreja a su tumba puede oírla refunfuñar. A mí me enseñó todo lo que hay que saber sobre el sol de los muertos. Vivía en una extraña casa construida sobre una pata de gallo gigante y…

—Sarah —la cortó el médico, cansado—, no me voy de viaje. ¡Voy a morir!

—Precisamente, querido. ¿Se ha puesto las vacunas?

El camino olvidado del héroe

Sarah se dirigió al ascensor y pulsó con insistencia el botón de la última planta. Se echó a reír porque la gente solía hacer eso, porque hasta ella lo hacía y porque, en su opinión, «no tiene ningún sentido ya que los ascensores no subirán más rápido».

—¿Cómo sabía que era esta planta y no otra? —preguntó el médico al entrar en la cabina—. ¿Tía Aldonza?

—No es ningún truco. En ella están los apartamentos más caros, y usted es cirujano plástico en la clínica privada más reputada de esta ciudad.

Frase que él tradujo en su cabeza como: «Jajajaja, qué mono es don Médico-que-quería-a-su-mujer… Tenga este cubo de la basura; si busca bien en el fondo encontrará todos sus ideales». Lo que ella le confirmó enseguida.

—¡Mírese las manos!

Eran manos grandes y suaves, manos de matrona. Se acordó con ternura de que a su esposa le encantaba apoyar en ellas una mejilla y hablarle durante horas antes de dormirse. «Aquí», le decía tocando sus dedos uno a uno, «se duerme mejor que en un hotel de cinco estrellas».

—Puede obrar milagros con la yema de sus dedos, Teddy Bear. Y los malemplea para restaurar antiguallas pijas. ¡Todos esos años de estudio para acabar como anticuario! Añada a eso su muerte prematura, y pondremos un bonito epitafio en su sepultura: «Aquí yace un buen desperdicio».

El ascensor subía desesperadamente despacio. El médico sentía crecer en él una ira sorda y apartó a la anciana para presionar con frenesí el botón de la última planta.

—Cuanto más la conozco, menos me atrevo a imaginar lo que escribiremos en su epitafio —soltó con acritud. Y ya que sabía arañar, decidió morder—. Mírese, Sarah: bastaría con muy poco

para devolverla a sus veinte años, un pequeño *lifting* aquí, una o dos inyecciones allá…

Por su trabajo, el médico creía saber cómo hacer llorar a una mujer acomplejada con una sola frase. Porque nunca puede devolverse a sus veinte años a una mujer. Nunca.

—Soy una *lady*, querido, y las *ladies* no necesitan artificios. Se equivoca conmigo… porque soy franca. Pero me gusta la vulgaridad y la poesía. Me dan la impresión de decir la verdad siempre.

La anciana se retorció y se recolocó discretamente la ropa interior.

—Le ruego que me disculpe. Mis bragas estaban violándome.

Y lo dijo con el aplomo de una reina en pleno campo de batalla. Eso molestó al médico.

—¡Violación! ¡Esa palabra sale a todas horas de sus labios, Sarah! No es divertido, eso les ocurre cada día a miles de víctimas.

—Si supiera cuánta razón tiene… —dijo, y un manto de tristeza le veló instantáneamente el rostro.

—Sarah, yo…

Le dio pena verla forzarse a sonreír.

—¡Venga, no es nada, el pasado ya no importa!

El ascensor se abrió y ella salió a toda prisa. El médico la siguió dócilmente por el pasillo, todavía molesto.

Divisó una gran puerta de madera y, para hacerlo callar otra vez, le lanzó:

—Aldonza acaba de soplarme que vive aquí. ¿Es cierto?

Con aire real, aguardó a un lado a que él la abriera. El médico intentó dar una pizca de fantasía a su voz, que era triste:

—Pase usted, *lady* Amapöle.

La dama hizo una reverencia y entró en el apartamento comentando que la madera de roble no era ni bonita ni cálida y que el *parquet* lucía solo porque la luz del sol incidía en él desde las vidrieras de las ventanas. Luego se puso a bailar, revoloteando hacia la izquierda, girando alrededor de un pilar, aplaudiendo aquí y allá.

—Después de todo, he cambiado de opinión, querido: ¡qué lugar más bonito!

Parecía inmensamente feliz.

—¿Sarah?

—¿Sí, Teddy Bear?

—Usted es muy rara.

—Pero, querido, cuando uno es tan rico como yo, no es raro, ¡es extravagante!

Soltó una carcajada.

El reino de las ilusiones

—¿Cuál es la más pequeña? —preguntó Sarah señalando las maletas vacías que el médico había dejado a sus pies después de que ella se lo hubiera pedido.

Sacó del lote una especie de maletín de cuero negro.

—Déjela aparte y ponga las otras aquí. En esa cartera colocará las cosas que se llevará al más allá. Tiene derecho a cuatro objetos, ni uno más ni uno menos. La caja con la pistola y los cargadores no cuentan. La tía Héloïse leía libros sin abrirlos. No intente engañarme. Lo sabré. Los otros equipajes servirán para guardar todo lo demás. Lo daremos a los pobres.

Sarah abrió un armario del médico y miró con expresión severa un jersey de lana verde y rojo que, de pronto, a él le pareció la cosa más horrorosa que había tenido.

—¿Vamos a darlo todo?

—A menos que renuncie a la muerte… —respondió la anciana dejando la frase en suspenso.

El médico se dirigió a la habitación.

—¡Y que no quede nada en los armarios! —ordenó ella desde la entrada.

Observando su reflejo en el espejo del pasillo la vio coger libros de la biblioteca, abrirlos, ojearlos y tirarlos sin miramientos por encima de su hombro.

—¡Excelentes, sus libros! No son ni demasiado pesados ni demasiado ligeros y el lomo hace un excelente contrapeso. Vuelan muy bien.

La anciana se detuvo frente a un marco de plata: la mujer del médico riendo en un jardín. Él se le acercó con una maleta llena en cada mano y Sarah le preguntó con descaro:

—¡Por san Cristóbal! ¿Es ella? ¡Bonita chica! Aunque me la imaginaba más alta. ¿Cómo se llama?

—Anastasia. Pero prefiere Ana.

—¿Lo ha abandonado porque se ha convertido usted en un tipo gordo? —soltó con malicia.

La miró con frialdad.

—La maldad no le sienta bien, Sarah.

—No intento ser mala, intento ser eficaz. —Le tendió el marco con aparente indiferencia—. Venga, ¡a la basura!

Anonadado, no acertó a reaccionar.

—¡Tire esta foto! —insistió Sarah.

Era la fotografía preferida del médico. Se la arrebató de las manos.

—¡Suéltela!

La anciana se fue directa hacia el balcón y abrió la cristalera.

—Tire la basura por aquí.

El frío penetró en la habitación e hizo estremecer al médico.

—Le he dicho que no, ¿está sorda?

La anciana se llevó una mano a una oreja.

—¿Qué? ¿Qué dice? Estoy tan mayor que, para que pudiera oírlo, tendría que usar usted una güija o contratar a una médium.

La fulminó con la mirada y se pegó al pecho el marco con la fotografía. Habría podido contarle la verdad, pero no lo hizo. Imposible. Su corazón latía a toda velocidad.

—¿Quiere morir? —Sarah se enfadó—. Antes tendrá que desprenderse del mundo, soltar lastre, ¡lanzarlo lejos y con fuerza!

Señaló la ventana con el dedo, tiró su pitillo en la alfombra sin suscitar ninguna reacción por parte del médico y pisoteó el suelo con rabia.

—¿Qué importancia puede tener ese trocito de papel coloreado cuando a uno ya no le quedan ganas de vivir?

—Sarah, me ha dicho que me llevara cuatro objetos. Solo cogeré este. Quédese con el resto.

Sacó la fotografía de detrás del cristal y se la guardó en uno de los bolsillos.

—Tenga el marco.

Con el alma destrozada, dejó a la anciana y regresó a su zafarrancho de limpieza, zambulléndose en varios años de recuerdos.

¡Hay que ver cuántas cosas inútiles tenía! Como ese cuenco en la

entrada lleno de pilas gastadas, botones, tuercas, llaves, tarjetas de visita de sitios a los que no regresaría y de personas a las que no volvería a llamar…

En sus armarios guardaba montones de zapatos. «Pero solo tengo dos pies», pensó. Poseía varios abrigos de invierno. «Pero solo hay un invierno al año». Le molestó darse cuenta de tales evidencias justo en ese momento, al final de su vida. Había acumulado objetos como una urraca.

¿Siempre había vivido así? ¿En la misma horizontalidad que un ataúd? El inventario de su existencia se limitaba a una simple enumeración de bienes. Patético.

Sarah entró en la habitación y anunció que leería en el balcón mientras él llenaba bolsas y maletas.

—Y las llevaremos a donde todo eso pueda servir a alguien.

Estaba a punto de salir cuando reparó en el maletín de cuero negro. Puso la mano encima y pareció adivinar su contenido: la pistola, la caja roja con el cargador vacío y el otro lleno. Nada más. Suspiró y se volvió hacia él.

—Casi se me olvidaba —dijo dándose una palmadita en la frente antes de tenderle más bolsas vacías—. ¿Tiene un esmoquin negro, Teddy Bear? Lo necesitaremos mañana.

—Todos los médicos tienen un traje de etiqueta. Nos lo dan con el fonendoscopio, la condescendencia y la letra ilegible.

Sarah le acarició la barbilla.

—Médico, mono y lúcido, ¡todo lo que una mujer puede soñar! Decididamente, mi pequeño Mark, su esposa ha sido una inconsciente dejándolo.

No quiso tocar ese tema y le preguntó adónde tenía la intención de llevarlo al día siguiente.

La anciana optó por mostrarse imprecisa.

—Iremos a contraer una deuda con un buen amigo mío.

—¿Y el esmoquin para qué es?

—¿Para qué quiere que sea? ¡Para un entierro, claro!

Un recuerdo de la piel

Veintidós años. Primera clase de anatomía. El joven médico está fascinado por la piel. La suya. Pero también la de sus pacientes y lo que esta cuenta de sus vidas.

En la habitación número doce de un pequeño hospital donde hace prácticas su camino se cruza con el de un anciano, el señor Sol. Una cicatriz le recorre media cara; un gran signo de interrogación que le parte del rabillo del ojo y le llega a la barbilla. Una extraña incógnita en su rostro: ¿Cómo? ¿Quién? ¿Por qué? Todos quieren saber, pero nadie se atreve a preguntar al anciano. Un día, armándose de valor, el joven médico se sienta a su lado y le formula la pregunta:

—¿A qué se debe esa marca de su cara?

Curiosamente, el señor Sol está muy contento de contestarle. No se percibe disgusto en su voz. Cuenta la historia al joven médico y este le escucha con placer. Le gustan las historias y se pregunta si esa no es la razón que lo empuja a curar a la gente: escuchar la historia de los demás.

El señor Sol concluye: «Tenía cuatro años cuando ocurrió. No me ha impedido ser feliz. He enamorado a mujeres, una de ellas supo atraparme y he tenido cuatro hijos con ella».

En aquel entonces una coincidencia fulgurante llama la atención de la tierna humanidad del joven médico. La habitación contigua a la número doce la ocupa una dama muy elegante, la señora Sal. Ella y su vecino no se ven, a lo mejor ni se cruzan por los pasillos. Sin embargo, tienen dos cosas en común: la vejez y una cicatriz. La del señor Sol, que lleva en la cara con orgullo. La de la señora Sal, que disimula escrupulosamente cada mañana maquillando el tatuaje de su antebrazo. Su familia murió en Auschwitz, pero no se lo cuenta a nadie.

La prueba del filo de la espada

Más tarde, cuando el médico se acercó a la anciana para decirle que estaba harto de hurgar en sus recuerdos, ella le indicó el cuarto de baño y le pidió que se duchara.

—Luego rasúrese de la cabeza a los pies.

—¿Me está tomando el pelo?

—¡Nunca mejor dicho! Pero no.

Le lanzó un frasco de espuma de afeitar en espray que había sacado de la nada y él lo agarró en pleno vuelo.

—Le aseguré que lo devolvería al mundo tal como llegó a él y cumplo mis promesas. —Hizo un amplio ademán con el brazo que abarcó todo el apartamento—. ¿Acaso le importan unos cuantos pelillos cuando ya no le queda nada? Déjese las cejas, pero aféitese las ingles… Y su cabeza tiene que relucir como una moneda de oro.

—Está loca —dijo el médico con la convicción de dar un diagnóstico definitivo.

Los ojos de la anciana brillaron de alegría.

—Es el cumplido más bonito que me han hecho en mi vida —farfulló.

Sarah lo pensaba de veras. Él se sintió obligado a corregirla.

—No es una cualidad, es una enfermedad.

Arrebatado por una chispa de vida inesperada, fingió tener un pitillo en la mano y la imitó.

—Esa fue la razón de todas las desgracias de mi difunta Francesca…

—¡Oh, Teddy Bear! ¿Usted también tenía una tía Francesca?

—¡Claro! ¡Todo el mundo tiene una tía Francesca! Cuando la mía estaba enamorada le salían de los poros de la piel minúsculas flores semejantes a rosas del desierto. Un día su enamorado la dejó por una trapecista nómada. Entonces empezaron a salirle clavos. No escupía uno ni dos, sino… ¡varias decenas cada día! Cincuenta años

después todas las estructuras de esta ciudad se sujetan gracias al corazón de alcachofa de Francesca. Asombroso, ¿verdad?

Se miraron en silencio. Se sonrieron. En ese preciso instante se reconocieron.

Sarah aprovechó para tenderle una cuchilla de afeitar nueva.

—¡Venga, querido, al baño!

—Imagino que no puedo decir nada, ¿no?

—Sí, una palabra: «Gracias».

Se pasó la hora siguiente dándose la ducha más larga de su vida, redescubriendo el placer simple del agua caliente y de la espuma. Con la cuchilla sacrificó los pelos de sus piernas, su vientre, su cabeza. Acto seguido puso el índice de la mano derecha sobre el dedo gordo del pie derecho y lo subió lentamente por su cuerpo. ¿Cómo describir la suavidad de esa muda repentina? Ningún pelo frenó el avance de su dedo hasta el cráneo. Una auténtica pista de hielo.

Solo en el cuarto de baño, miró su reflejo en el espejo. Esa larva lisa y lechosa era él. Se mantenía en pie, desnudo y pálido. Le costaba reconocerse. Volvía a descubrir esos dos grandes ojos verdes, veía por primera vez esa frente blanca interminable que el sol nunca había acariciado. Sin pelo ni vello y sin cicatrices tuvo la extraña sensación de haberse convertido en un ser sin memoria ni pasado.

«Ya está», pensó. «La vieja lo ha conseguido. Tengo el cuerpo de un recién nacido».

Sarah golpeó la puerta, arrancándolo de sus pensamientos.

—¿Cómo se siente, Teddy Bear?

—Ligero —dijo al tiempo que se pasaba una mano por la calva.

—¿Nada más?

—Feo.

—¿Eso es todo?

—Limpio.

Ya era algo. Hacía tres meses que no se cuidaba. Su barba y su melena crecían a su antojo, su higiene era pésima y a fuerza de ponerse la misma ropa sin lavarla llevaba adherido a la piel un insoportable olor a sudor rancio. Apestaba a tristeza.

Abrió la puerta, y Sarah entró y le sujetó la barbilla firmemente. Lo observó centímetro a centímetro antes de echarse hacia atrás y

exclamar:

—¡Un bebé precioso, mofletudo y gordito como me gustan! Si le presionara la nariz saldría leche.

El médico la retó con la mirada y masculló:

—¿Y ahora, vieja, adónde vamos?

El puente maldito

Había un puente no muy lejos del edificio donde el día anterior habían perpetrado la salvaje matanza de las calabazas. Se instalaron en el borde, las piernas colgando en el vacío. La anciana apoyó la cabeza en el hombro del médico y se quedaron un momento en silencio mirando el agua pasar.

—¿Querido?

—¿Sí?

Le cogió una mano y le hizo tocar el suelo.

—¿Qué nota?

—Piedra.

—¿Está bien?

—No está ni bien ni mal, ¡es piedra!

La anciana se inclinó hacia delante con la mirada concentrada de una buscadora de oro.

—Nadie va a salir del río, Sarah.

—Inclínese usted también —dijo ella.

Eso hizo.

—Más.

—¿Así?

—Sí. ¿Conoce la diferencia entre una persona que salta desde la planta décima y otra que salta desde la primera? ¿No? Cuando la de la planta décima cae se oye «¡Aaah!» y luego «¡Pum!». Cuando la de la primera planta cae se oye «¡Pum!» y luego «¡Aaah!».

Iba a echarse hacia atrás para fingir que se partía de risa cuando Sarah lo empujó hacia delante, como dos niños que jugaran a darse un susto. En un instante se vio muerto. No podía agarrarse a nada, iba a precipitarse al vacío.

Una extraña idea lo asaltó: no pensó «Me mata», sino «Me salva», y experimentó un sentimiento de gratitud infinita por esa mujer que iba a acabar con su vida. Caer habría sido tan rápido, tan

fácil…

Pero Sarah lo sujetó. Lo miraba fijamente. Y al tiempo que se reía de su propia broma pesada advirtió el pánico en la mirada del médico. Él entendió por qué la anciana lo había llevado hasta allí. Tras reflexionar la conclusión era obvia: «Este hombre no teme a la muerte y su resolución es definitiva: acabará con su vida dentro de cuatro días».

—¡Y yo que creí que iba a morir tres días antes! —exclamó adoptando una actitud relajada exagerada.

—Aquí, no —dijo Sarah, sin negar que la idea de matarlo en alguna otra parte no habría sido descabellada—. Eso nos daría mala suerte. ¿Sabe por qué la gente de aquí llama a este sitio «el puente del Ahogado»? Hace mucho tiempo un hombre se lanzó al río.

Le tiró del brazo y le señaló el suelo.

—¿Ve esta brecha? Cuando saltó, la suma de arrepentimientos que había concentrado salió de golpe y agrietó el cemento. ¡Craaac!

—¿Por qué se suicidó?

—Pena de amor. O algo así… La gente criticó a la pareja. Hasta les escupieron. La chica, que no era bastante valiente, abandonó al chico.

Le señaló otro punto del suelo, donde faltaba un adoquín.

—Por lo que parece, ese hombre hizo este agujero. La historia cuenta que, cada tres pasos, se inclinaba, arrancaba una piedra medio suelta y se la metía en el abrigo para ahogarse más rápido. Encontraron trece adoquines grandes en sus bolsillos. Pensó que su amada se daría cuenta de su error y volvería. Por lo visto llegó a este puente temprano por la mañana y saltó por la noche. ¡Qué insoportable tuvo que ser la espera!

—¿Y qué fue de la jovencita?

—Nadie se sacrifica por amor sin ser castigado, Teddy Bear. Por culpa de su cobardía fue condenada a una vida miserable. Los vecinos del barrio juran que vuelve aquí muy a menudo para mirar el agua y pedir perdón. Pobre mujer…

Silencio.

—¿Cree que sufrió cuando se ahogó? —añadió—. ¿Tardó mucho?

Inexplicablemente el médico quiso dar un paso hacia la anciana y abrazarla, pero ella se adelantó y le cogió una mano.

—¿Quiere saber por qué estamos aquí?

Le acercó los dedos a la grieta y le hizo rozar el interior, lentamente, notar la superficie rugosa de la piedra.

—Estamos aquí para dialogar con el mundo antes de dejarlo.

El médico no sabía si hablaba del puente o de la existencia en general, pero de repente lo invadió un intenso sentimiento de tristeza.

—Está fría —dijo.

Silencio.

—¿Y eso está bien, querido?

—No está ni bien ni mal. Está… aquí.

Sarah asintió con la cabeza, satisfecha.

—El mundo es mágico. Nos quiere y nos llora. Incluso rompe rocas en dos para probarlo. Ahora quédese aquí y hable con él. Se me han dormido los dedos de los pies. Quiero despertarlos caminando un poco. Después iremos al aeropuerto para beber sirope de pingüino y también champán.

Le dio tres toquecitos en la calva y se alejó para fingir que despertaba sus pies dando fuertes patadas al suelo con la punta de sus grandes botas rojas, como si aplastara insectos.

Aprovechando que le daba la espalda, el médico sacó la mano de la grieta burlándose de la anciana. La imagen de su mujer apareció en su mente como una fotografía en una jaula. Reflexionó un segundo e, inexplicablemente, volvió a meter la mano en la brecha para escuchar lo que la piedra quería decirle.

Después de todo, nunca había probado a escuchar.

Un pájaro para el señor Andeya

Ya en la carretera, Sarah giró a la derecha en dirección al aeropuerto.

—¿Se va de viaje? —preguntó él.

—Sí.

—¿Adónde?

—Lejos.

—¿Cuánto tiempo?

—Mucho.

—¿Cuándo?

—Dentro de unos días. Ya tengo mi billete. Vengo a buscar el del señor Andeya, un amigo mío. Deje de hacerme preguntas, Teddy Bear.

Silencio. La anciana contempló la carretera, miró de reojo al médico y finalmente confesó que le gustaban esos lugares. Los aeropuertos, las estaciones de trenes, los muelles, los puntos de llegada de cualquier tipo…

—La gente se espera mucho tiempo, se ve, se besa y se abraza. ¡Eso anima!

El médico se preguntó si habían ido allí por esa razón, para animarse. Sonrió con tristeza y, mientras Sarah buscaba aparcamiento, se sintió realmente cansado, para el arrastre.

Se apearon del coche y subieron en un ascensor mientras ella seguía hablando, inspirada.

—Lo más importante son los interminables minutos de espera. Te abren el apetito. ¿Ha visto alguna vez la cara de la gente que aguarda aquí?

El médico negó con la cabeza.

—Nerviosismo y ansiedad se solapan el uno al otro en el rostro de las personas, y el semblante les varía de una manera imperceptible pero exquisita. ¡Qué fantástico espectáculo!

Las puertas se abrieron. Lo cogió de la manga y lo condujo a la terminal de llegadas, abarrotada de gente.

—Con un poco de suerte, veremos a enamorados. Son los más fáciles de reconocer.

—¿Babean?

—Llevan un ramo de flores —lo corrigió.

Se instalaron en la terraza de uno de los cafés del aeropuerto. Sarah tomó una copa de champán. El médico se contentó con un té helado. Había visto la mirada de desconfianza que le había lanzado la anciana al descubrir las botellas de alcohol vacías que había en su cocina, y a pesar de que Sarah no significaba nada para él se había sentido avergonzado.

De repente estaba muy triste. Los cubitos de hielo de su refresco acababan de recordarle que la noche anterior, cuando fue al baño, notó una viva sensación de frío bajo la planta de un pie. Era el peine de su mujer, caído en el suelo, helado como la muerte.

Sarah entrechocó su copa con el vaso del médico produciendo un sonido semejante al de una estrella al romperse.

—¡No tema a la tristeza, querido, es el rastro deslumbrante de que algo bonito ha existido!

Un recuerdo de la luz

Veintisiete años. Si todo va bien, el joven médico tendrá pronto su título y se incorporará al servicio de cirugía pediátrica más prestigioso del país.

Se dirige al domicilio de un nuevo paciente.

El señor Noche, noventa y dos años.

Este le abre la puerta, y en cuanto el joven médico lo ve se percata de que tiene una mirada extraña. Le tiende la mano, pero el anciano mira fijamente la pared a través de él.

—Ya no veo nada —dice.

«Qué frase tan horrible», piensa el joven médico.

Le coge una mano, se la aprieta. La nota suave. Las arrugas relajan a veces la carne y le dan una elasticidad que las pieles jóvenes no tienen. Pequeña compensación del estropicio: uno es viejo pero blando.

La casa del señor Noche está llena de papeles. Como columnas de un templo inacabado o estalagmitas cuadradas, montones de hojas se acumulan, y el médico debe maniobrar entre ellas para no desplomar ninguno. El anciano se conoce el camino de memoria y avanza con paso seguro hacia su habitación, con la mano derecha delante, como el sacrílego Edipo.

El joven médico lo instala en la cama. Lo explora. Tensión arterial, corazón, pulmones.

En la pared hay fotografías. Miles de fotografías. Solo desnudos o cuerpos entrelazados. Hombres con mujeres, mujeres con mujeres, hombres con hombres. Es bonito. Músculos y trenzas. Es bonito. Manos grandes y hombros finos. Por todas partes. Es bonito.

El joven médico silba.

—Bueno, ¿y todas esas fotos? ¡Son mag-ní-fi-cas!

El anciano sonríe. Dice que las hizo él, que antes era fotógrafo y le gustaba captar la belleza de los cuerpos desnudos bañados por la luz.

Dice que echa de menos la luz.

Entonces el joven médico se sienta a su lado y le describe el blanco refulgente del cielo de enero, el reflejo amarillo del sol en los charcos, el óxido verdusco del cobre de los canalones de los tejados. «Una paloma acaba de aterrizar en el balcón, un gato la sigue con la mirada. Entre ellos, un cristal. No le dará caza».

El señor Noche conocerá cuanto hay de trascendente en el mundo en ese instante.

Cuando sube a su coche el joven médico piensa en su abuelo.

«Murió hace exactamente dos años», recuerda. Lo echa de menos.

La princesa del castillo oscuro

—¿Cómo conoció a su esposa, Teddy Bear?

Silencio.

—Disculpe. Soy indiscreta. Un defecto feo que aumenta a la vez que las arrugas y los pliegues.

Se acarició el contorno de los labios al tiempo que sonreía, lo que la hizo parecer aún más vieja y apergaminada. El médico arrancó la punta de una esquina del mantel de papel y empezó a cortarla en pedacitos.

—¿Por qué le interesa nuestro primer encuentro?

—Soy muy cotilla…

Vio que lo miraba a través del prisma ambarino de su copa de champán y que luego sacaba su boquilla.

—Está prohibido fumar aquí —le dijo él para cambiar de tema.

—Bla, bla, bla. ¡Cuénteme la historia!

El médico se removió en su asiento.

—¿Para qué? Es normal y corriente. Incluso es la historia de amor más vulgar de todas las historias de amor vulgares.

—¡Perfecto, me chiflan! He tenido una vida tan extraña, tan poco común, que la banalidad es para mí una rareza.

—Es doloroso —añadió.

—¡Me encanta el dolor! He tenido una vida tan plácida, tan tranquila, que el dolor es para mí…

—¡Déjese de tonterías!

Cogió otra esquina del mantel y la destrozó con la misma meticulosidad que la primera.

—Teddy Bear, Teddy Bear… Tiene usted que escribir lo que le hace sufrir y cambiar su manera de pensar al respecto, decirse: «Este es mi recuerdo; es doloroso, pero me pertenece». ¿No podría, por una vez, recordar la felicidad pasada, hacerla aflorar de nuevo? Y después retorcer el cuello a la nostalgia, quitar el polvo al *parquet*

de la felicidad, bailar sobre él y devolver la pista de baile a los verdaderos artistas: nosotros, los vivos.

Silencio. El médico se dijo que la vieja tenía razón y no le gustó reconocerlo. Alargó la mano para coger una servilleta de papel y hacerla pedazos también, pero el servilletero estaba vacío. Se mordió lo que le quedaba de una uña.

—Amar, beber, bailar… y cuando el gran reloj de la vida marca la medianoche ir hacia la luz, pero con la espalda erguida y un aire resuelto —añadió Sarah pensativa.

Él tuvo la convicción de que intentaba convencerse a sí misma y suspiró.

—Muy bien, Sarah… Caminaba por el pasillo del hospital. Vi, echado a los pies de una mujer, un labrador magnífico: buena planta, el pelaje del color de la miel, el hocico húmedo. Me quedé pasmado. Todo el mundo sabe que los animales están prohibidos en un hospital. La presencia de un animal tan magnífico en un lugar tan triste y gris me llenó de una alegría inexplicable. Me arrodillé, acaricié tres veces al perro y dije: «Qué bonito es su perro». La joven levantó la mirada hacia mí y con una sonrisa contestó: «No sé, señor, nunca lo he visto».

—¿Qué? Me está diciendo que era…

—Ciega, sí.

—¡Vaya gafe!

—Eso puede pensar uno cuando no conoce el final de la historia.

—¿Cómo acabó?

—En boda.

—¿Con quién se casó? ¿Con el perro?

Sarah cogió un nuevo cigarrillo. No rió. Ni un atisbo de sonrisa. Nada. Él se sirvió un poco más de té helado y bebió del vaso haciendo una «O» con los labios como un bebé que mamara.

—Me sentí ridículo. Me excusé, y ella me dijo: «No pasa nada» y me explicó que estaba allí para probar un nuevo tratamiento experimental.

Sarah escuchaba con la curiosidad de una niña a la que le hablaran de princesas, castillos y dragones.

Avergonzado por su torpeza, el joven médico volvió a sus ocupaciones. Dos meses más tarde, unos días antes de Navidad, entró en una librería para comprar algunos regalos y tendió el brazo

hacia el último ejemplar de *Cien años de soledad* cuando una mano agarró el libro antes que él…

—En ese momento no la conocí, pero exclamó: «¡El hombre del pasillo!», y dijo que mi colonia me había delatado.

No era lo que había ido a buscar en esa librería, pero en el instante en que vio a la chica supo que había encontrado mucho más.

—Aquel día se excusó y me dio el libro: «¡Cójalo, de todas maneras seguro que lo ha visto usted primero!». Estaba de buen humor. El nuevo tratamiento había sido todo un éxito. Después de una vida en las tinieblas, debía aprenderlo todo: los colores, las distancias, la cara de los que la rodeaban. Le devolví el libro diciéndole que ya lo había leído, que era una historia inolvidable y que la disfrutaría.

El médico la vio de nuevo entre las estanterías de libros con su sonrisa vaga y extraña, esa sonrisa ávida de mostrarse pero demasiado reservada para lucir por más tiempo.

Ya estaba ante la puerta de la librería cuando la joven le gritó: «¡No salga, deténgase, espere!». Y se acercó a él. «No puede salir. Está lloviendo». Él le respondió que tenía un paraguas. «Por eso… Yo no», dijo ella. Se había enroscado un mechón de pelo alrededor de un dedo, en un gesto muy infantil e ingenuo. Le señaló la lluvia. «Me ahogaré con tanta agua».

La acompañó.

Por el camino hablaron de teatro y poesía. Hablaron, hablaron, hablaron. El médico la encontraba más y más hermosa conforme iba hablando.

Cuando estuvieron frente a su edificio le dijo que se llamaba Anastasia, como la princesa rusa, y que quería dar media vuelta e ir a tomar una copa. Chardonnay para ella, tinto para el médico. Después hubo risotto de trufa para ella, un tartar de carne «vuelta y vuelta» para él. Y el médico acabó de enamorarse de Anastasia entre la tarta de limón y el café.

—Eso es porque tomaron el mismo postre —dijo Sarah, segura de sí—. ¡Típico!

«Quizá también se debiera a que ambos estábamos muy solos en nuestras vidas», pensó el médico mordiéndose un carrillo.

Acabada la cena él y la joven deambularon por las calles durante

un buen rato, y cuando llegaron otra vez al edificio de Anastasia ella lo miró y recitó: «… porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra». Luego lo atrajo hacia sí de una oreja y le susurró con malicia que ya le habían leído *Cien años de soledad* y que lo había encontrado maravilloso, si bien no estaba de acuerdo porque para ella: «Todo el mundo tiene derecho a una segunda oportunidad».

—¿De verdad dijo eso? —se extrañó Sarah echándose hacia atrás, sorprendida.

De su copa salió un sonido silbante casi imperceptible. Acababa de dejar caer la ceniza de su cigarro sobre las burbujas.

—¿Por qué le extraña?

—Por nada…

—Miente. La he visto parpadear.

—Le digo que no. Siga, por favor.

—Siete meses más tarde nos casamos y nos marchamos a la otra punta del mundo. Anastasia decidió retomar sus estudios de enfermera y abrir un centro para invidentes. Era una luchadora.

—Una revolucionaria —dijo la anciana con admiración—, usted se enamoró de una revolucionaria.

—Peor que eso… Era una soñadora.

—¿Finalmente abrió su centro?

—Yo estaba acabando mis estudios —contestó el médico, sin decir que no—. No teníamos mucho dinero. Se metió en luchas locales, se ocupó de los pobres, de los parias del sistema de salud. Yo ganaba dinero, ella salvaba el mundo. Pasó el tiempo. Para cuando pudimos comprarnos un piso era demasiado tarde: había olvidado su causa por mi culpa.

El médico levantó la cabeza.

—No le he mentido, ¿lo ve? Ya le había dicho que era una historia de amor muy vulgar.

Silencio.

—A veces marco su número —prosiguió el médico recogiendo del mantel unas migas de pan imaginarias— para oír su voz. Una vez, no estoy seguro, alguien descolgó. Oí su respiración. Quizá no fuera real, pero quiero creer que sí porque si no sería demasiado horrible. Sería demasiado horrible si la gente que queremos no contestara a nuestras llamadas…

Se interrumpió y con un gesto brusco del brazo pareció borrar lo que acababa de decir.

—Esas cosas no le interesan, ni le conciernen. No sé por qué se las cuento. Yo…

Durante un breve instante quiso contarle toda la verdad, pero se quedó callado.

Sarah respetó su turbación. Dejó que la ceniza de su cigarro cayera al suelo, bebió y siguió fumando. La gente de alrededor gruñó a causa del humo. Eso la hizo reír, así que les pagó una ronda para agradecerles «el buen momento que acababan de pasar todos juntos».

Toda digna, sacó un billete de los grandes y lo dejó caer en la mesa como si nada. Hora de irse.

—¡Acabe su sopa de té helado! Mis hijos están esperándome. Me llevarán a pescar. Nunca en mi vida he pescado y estoy impaciente.

El médico liquidó su bebida de un solo trago. La anciana alzó ambas muñecas y sus relojes destellaron.

—¡El tiempo, el tiempo, el tiempo! Dese prisa, lo acompaño a su gran piso frío y vacío.

—Todavía no está del todo vacío —la corrigió.

Lo que había conseguido acumular durante años no podría haber desaparecido en una sola mañana, pensaba el médico. Ni siquiera con la ayuda de un huracán vestido de blanco y con botas rojas.

—No se equivoque —dijo Sarah alegremente—. Le he birlado las llaves y se las he dado a un amigo al llegar aquí. Mientras hablábamos, una treintena de hombres ha ido a su casa. Pero como tengo buen corazón, ¡le han dejado la cama!

Sarah calló y observó con interés la sucesión de expresiones faciales del médico.

En vez de sentirse abatido o melancólico, experimentó una calma inmensa al pensar que sus posesiones iban a servir a humanos más vivos que él.

—No me gusta desaprovechar ninguna cosa —dijo Sarah leyendo sus pensamientos.

—¿Ya no me queda nada?

—Nunca ha tenido nada —lo corrigió la anciana a la vez que alzaba y bajaba la mano que sostenía su milésimo primer cigarrillo del día—. ¡Abracadabra, querido! A estas horas, usted está

completamente desnudo.

Él se encogió de hombros con indiferencia. El destino le resbalaba. «De hecho, existir menos que yo es morir», pensó.

—No se da cuenta de la gravedad del asunto —concluyó Sarah con entusiasmo dándole un toquecito en la espalda—. Está condenado a la libertad.

La princesa perdida

Ese día, tras regresar a su inmenso piso vacío, el médico se durmió enseguida como un tronco, pero se despertó sobresaltado a medianoche con los ojos hinchados a causa del pesado sueño, lleno del recuerdo de su mujer. Estaba seguro de haber percibido su olor.

—Ana, ¿estás aquí?

Aturdido, la buscó bajo las sábanas. Miró por la ventana y escudriñó en la noche, la vista atenta y fija en la negrura. Era intensa, profunda, pero ella encontraría un resquicio, aunque fuera diminuto, desde el que volver a él.

¿Para qué vivir? Buscaría a su mujer bajo la lluvia que caía en verano, en ese olor de agua fresca sobre los tejados calientes y en el de la hierba segada en primavera. La buscaría una y otra vez, y se perdería buscándola.

Sin embargo, de encontrarse frente a ella, ¿qué le diría? ¿Cuánto la quería y cuánto la odiaba por haberse ido?

«Todo lo que tengo ahora es una vieja loca que cree poder salvarme y una cama helada en plena noche de diciembre», pensó.

Se preguntó si no estaría bien quemar sus últimas cosas antes de marcharse lejos, allí abajo, bajo la nieve y en la oscuridad hasta morirse de frío. Los copos caerían sobre su cadáver. Nada más. Solo la nieve cayendo lentamente, en medio de la calle, sobre su cuerpo.

Más tarde en la noche constató sin inmutarse que no le sería posible prender fuego al piso: Sarah y sus amigos se lo habían llevado todo, incluso los mecheros.

Tres días antes del entierro

La pesca milagrosa

La quinta mañana olía a hojas muertas y a ramas quebradas a causa del hielo. El médico descubrió a Sarah brillando en un vestido de seda negro, con su larga melena recogida en un voluminoso moño. Morena el primer día, castaña rojiza los siguientes, ahora era rubia como la arena oscura de la orilla de una playa que, acariciada por la espuma de las olas, se torna mate.

—La corbata no está mal —dijo cuando lo vio—. Su esmoquin enamorará…

—Solo porque usted irá cogida de mi brazo.

—¡Halagador! Pensarán que es mi gigoló.

—No se subestime.

—A mi edad, se tiene menos subestimación que lucidez, Teddy Bear.

—¡Dijo la que piensa que podrá salvarme!

Una mueca de dolor deformó de pronto el semblante de la anciana. Dobló el cuerpo hacia delante y se tragó dos pequeñas pastillas como si fueran bolitas de caramelo.

—Calmabuela de cuarenta miligramos —explicó—. Para mis nervios. Por su culpa, debo ingerir el doble de mi dosis habitual.

El médico se encogió de hombros, con aire de ir a replicar que no era responsable o que no le importaba. Sarah cerró el frasco de las pastillas con un ¡pop! sonoro que pareció causarle un gran placer. Volvió a abrirlo y a cerrarlo varias veces. Su sonrisa cada vez era mayor.

—¿Qué opinan sus otros clientes cuando la ven vestida así? Es usted muy chic.

Había dicho «muy» como habría dicho «demasiado».

—No sé qué responder… Usted es el único, querido.

—Cuidado, que soy un mal pagador.

—Me bastará con una sonrisa.

Entraron en el taxi y Sarah arrancó el motor.

—¿Qué tal la tarde de ayer? —preguntó él por educación.

—Fuimos al puerto a hartarnos de palomitas de queso. Luego mi hijo me enseñó a pescar. Lo odié enseguida —dijo muy enfadada—. ¡No sabía que había que matar peces! ¡Pobres criaturas! Tirados por el suelo, con su cuerpecito liso, abrían y cerraban la boca… Me puso enferma. Así que… —Agitó una sartén imaginaria con una mano—. Así que después de haberlos frito, tuvimos el gesto de devolverlos todos al mar.

Tras unos segundos de pausa soltó una carcajada y señaló la cabeza calva del médico.

—¡Lo mismo que voy a hacer con usted!

La trampa

Rodearon la iglesia con el coche y el médico se fijó en que una multitud enlutada estaba en la plaza. Muchos lloraban, otros los consolaban. En el suelo y por todas partes había coronas de flores. Se le formó un nudo en la garganta, y cruzó los brazos sobre el pecho, se cogió los codos y los apretó con fuerza hasta que las yemas de los dedos se le pusieron blancas.

—¡Bien, bien! —exclamó Sarah—. La ceremonia no ha empezado. Hemos llegado temprano.

El médico tuvo la impresión de que se equivocaba, de que no era hora de nada y no se encontrarían con nadie, pero la anciana parecía tan frágil que prefirió callar. Inexplicablemente, en aquel instante no quería que estuviera triste.

Sarah tuvo menos piedad. Al ver su mirada intrigada, le hizo un guiño.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo en un entierro, Teddy Bear?

—¡No es ningún espectáculo, Sarah! Hay gente que sufre aquí —dijo en un tono seco, y de pronto la emoción le retorció las tripas.

Sarah lanzó un grito de alivio al encontrar un hueco donde aparcar el vehículo.

—No vamos a ir, ¿verdad?

—¿Acaso pensaba que nos quedaríamos al margen, querido? ¡Y además vestidos así!

—Pero ¡si ni siquiera conocemos al muerto!

—¡Usted no, pero yo sí! Lo conozco muy bien. Era un gran amigo mío.

—Entonces la esperaré en el taxi.

Puso las llaves en el fondo de su bolso y le dijo que quería mucho a la persona a la que iban a enterrar.

—Lloraré. Necesito su brazo y su hombro. ¿Puede hacer eso por

mí?

—Conque un gran amigo, ¿eh?

—Se lo estoy diciendo.

La observó fijamente y le pareció que estaba triste de verdad. Dudó, pero ante su mirada implorante y preocupada se quitó el cinturón refunfuñando. Estar allí era una verdadera tortura para él. Fuera el frío le heló la calva y sobre todo las orejas. Sarah le sacudió del esmoquin una mota de polvo imaginaria y se cogió de su brazo con aire satisfecho y tranquilo al tiempo que le daba mil veces las gracias por ayudarla a afrontar esa prueba. Entraron en la iglesia.

Algo molestó al médico y como no conseguía descubrir qué era se irritó aún más. «Me ha mentido, no conoce al muerto. Esto no va a acabar bien», pensó. Sus ojos se detuvieron un instante en las bandas que envolvían las coronas de flores y luego se dirigieron al centro de la nave, donde se encontraron con el ataúd. Se le heló la sangre. Tropezó. La vieja Sarah percibió su azoramiento y lo abrazó aún más, temiendo que se echara atrás.

El médico temblaba de los pies a la cabeza.

—¿Su gran amigo era pequeño? —le susurró.

La anciana asintió.

—¿De qué tamaño?

—De unos nueve años.

El valle de la lamentación

Al contrario de lo que había dicho, Sarah no lloró durante la ceremonia. El médico vio que los ojos se le humedecían un instante, pero que conseguía contenerse.

Tras la incensación del cuerpo ella insistió en ir a saludar a la familia, una mujer que llevaba gafas de sol opacas y un hombre con el rostro desencajado, embargado por la pena.

—Prefiero esperarla aquí —dijo el médico.

—Como quiera.

Nunca la había visto tan abatida. Sarah se dirigió hacia la sacristía y cuando estuvo a unos pasos de la pareja, la madre del niño se quitó las gafas y fue a su encuentro. Se dejó caer en sus brazos tambaleándose. Sarah aguantó. Se hablaron en susurros mucho tiempo, asintiendo con la cabeza y abrazándose.

La mirada del médico fue del ataúd a la cruz y de la cruz al ataúd, antes de posarse en el padre, derrumbado en una esquina. Sus allegados iban a estrecharle la mano para darle su pésame, cada cual a su modo.

El médico observaba la escena desde lejos, de pie cerca de la pila de agua bendita, cuando Sarah lo buscó con la mirada entre la multitud. Él le indicó con un gesto que quería irse. Ella se irguió con aire augusto, estiró un brazo, largo y delgado, estiró cada pequeño hueso crujiente de su mano y lo señaló con un dedo. Sus labios articularon claramente la frase siguiente: «Mirad a ese hombre de ahí» y otras palabras incomprensibles para el médico. Acto seguido, la madre se volvió hacia él y lo miró; sus ojos eran dos ascuas candentes incrustadas en su piel.

«Sarah… Mierda», blasfemó mentalmente. «Mierda, joder, ¿qué puñetas está haciendo, Sarah?»

Se hizo el silencio y todos lo miraron. A su alrededor se abrió un círculo, como si oliera a jabalí muerto.

Y el dedo de la anciana, solemne, irrevocable, seguía acusándole.

—¿Quién es ese hombre? —preguntaron a sus espaldas—. ¿Qué ha hecho? ¿Por qué lo señala? ¿Os habéis fijado en su pinta? ¿Y en su cabeza rapada?

Agobiado por los cuchicheos se dio la vuelta y huyó a toda prisa para respirar fuera de la iglesia el oxígeno que parecía haber desertado de sus pulmones. Vio su reflejo en el espejo de un coche. Estaba pálido, la piel pegada a su esqueleto como si se la hubieran tensado con un torno.

Lo vomitó todo: el desayuno, a su mujer, a Sarah. Los zapatos le quedaron hechos un asco.

Se estaba secando la boca cuando una mano se posó en su hombro.

—¡Por san Cristóbal, si hubiera visto su cara, Teddy Bear! Está pálido como una monja y tiene los labios como sesos de ternera.

Las ganas de abofetearla crecieron en él como una burbuja de jabón. Las ganas de que la tierra se lo tragara, también. No supo reaccionar. La empujó sobre un capó y la zarandeó por los hombros.

—¿Le gusta? —gritó—. ¿Elegir al azar a un tipo que está perdido para machacarlo le produce placer?

La trató de pervertida, diciendo que bajo sus vestidos de gala, detrás de sus pitillos y de sus manías idiotas se escondía una sádica de la peor calaña.

Los viejos labios de Sarah temblaron al oír cada palabra. Se apoyó en el coche, vencida. El médico clavó sus inmensos ojos azules en los de ella hasta que la anciana bajó la cabeza.

—¡Un monstruo, Sarah, usted es un puto monstruo!

—Lo siento… Yo…

—Usted, ¿qué?

Ella se incorporó y susurró con una voz débil:

—Venga conmigo, querido. Ha llegado el momento de mantener una discusión seria.

Se lo llevó lejos del funeral y del cuerpo del niño, un poco más cerca de esa pequeña cosa fea a la que llamamos «verdad».

El médico-que-quería-morir y el niño

—Se llamaba Henry —dijo Sarah una vez que estuvieron calentitos en el interior del taxi—. Habría cumplido diez años en poco menos de una semana.

—¿El día en que voy a…?

Ella asintió con la cabeza. El médico ya se había serenado y se sentía como un boxeador después de un combate particularmente duro. Sudaba a mares y, aunque acababa de vomitar, estaba hambriento.

—Qué coincidencia, ¿verdad?

En silencio, él escapó a su mirada volviendo la suya hacia el paisaje gris e inmóvil. Sarah no parecía querer arrancar.

—Ha muerto de una enfermedad de la sangre —explicó—. Siempre decía: «No, no estoy enfermo. Sí, tengo una enfermedad». Es diferente, ¿entiende? Diferente. Le habría caído bien. No era como los otros chicos de su edad. Por ejemplo, no le gustaban los coches, y odiaba el béisbol y los dinosaurios. En cambio, le apasionaba la genealogía. Es una afición extraña en un niño de diez años. Un día me enseñó el árbol genealógico que había hecho durante sus largas horas de hospitalización. Estaba tan orgulloso cuando me mostró su obra… ¿Sabe lo que me dijo que había descubierto?

La miró con el rabillo del ojo y vio que se mordía el labio superior de manera compulsiva.

—Juraba que tenía la prueba de que su familia procedía directamente de Adán y Eva.

La mano de la anciana pareció sufrir un tic nervioso. Empezó a remover el cenicero. Como el primer día, a él le pareció asqueroso.

—Claro, usted no puede saber lo que es ser un niño enfermo, pasarte la vida en un hospital y decirte que vas a morir cuando todos los otros van a vivir… De ser así, no querría morir.

—No sabe nada de mi vida, Sarah. Cuando era niño estuve enfermo y pasé nueve años en… ¡Mierda! ¡Eso no es asunto suyo!

Un silencio pesado se instaló en el coche.

Pasó un minuto y la anciana le dijo con un hilo de voz:

—Es tonto, ¿verdad, Teddy Bear?

—¿De qué habla, Sarah?

—De la muerte.

La anciana se enfadó de pronto y, gritando, dio varios puñetazos contra la ventanilla.

—¡No, no, no, no es justo, no-es-justo! —articuló con dificultad—. ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, maldito Dios!

La ceniza se esparció por el habitáculo. Sorprendido, el médico sintió que se le enternecía el corazón y quiso reconfortar a Sarah. Sin embargo finalmente no hizo nada. Pensaba que el Dios del que ella hablaba no era un dios misericordioso, que era severo, pero así era la vida, y que el mundo entero debía saberlo. Pensaba que no le importaba la tristeza de aquella anciana, de la desconocida que lo perseguía desde hacía cuatro días y no lo dejaba en paz.

De su garganta brotaban sollozos ridículos, y con los dedos encogidos se cubría una y otra vez la boca.

—Cuando he ido a ver a la madre del pequeño en la iglesia le he dicho que dentro de tres días usted se pondrá una pistola en la sien y hará explotar ese bonito cráneo calvo que tiene. Ahora ella lo sabe todo.

—¿Por qué?

—Se lo expliqué ayer: debíamos contraer una deuda.

—¿Asistiendo al entierro de Henry?

—Saludándole —lo corrigió—. No se prive de esa suerte inmensa que a él se le ha negado. Estaba en su funeral, su madre lo vio, su padre lo vio, todo el mundo lo vio. A partir de ese instante, su muerte ya no le pertenece y su suicidio deja de ser legítimo. Será algo indigno. Será… ¡un crimen! Arrancó a toda pastilla. El médico no tuvo tiempo de contestarle ni de ponerse el cinturón.

Todo aquello le pareció increíblemente peligroso.

Un recuerdo del amor y de la rueda

Cuando intentaba superar la larga concatenación de decepciones cotidianas llevando a un hombre hacia ese callejón sin salida que consiste en coger un arma y meterse una pequeña canica metálica en el cráneo pensaba en su mujer, claro, en el dolor permanente de la ausencia. El médico no se acordaba de uno de los pacientes a los que había tratado durante su carrera, el señor Siete, quien había intentado suicidarse en repetidas ocasiones.

De eso hace muchos años… El médico acaba de encontrar a su futura mujer. Es feliz. Inmensamente feliz.

Habitación número siete:

—¿Sabes, chaval?, no hay nada extraordinario en matarse…

—No es una razón para que se convierta en una costumbre.

Se encoge de hombros.

—Quiero volarme la tapa de los sesos cada mañana —dice el señor Siete con una sonrisa irónica. Acaban de lavarle el estómago y ha vomitado carbón negro, alcohol y píldoras rosas—. Tengo bastante pasta ahorrada para dejar el curro y vivir cómodamente hasta el fin de mis días… ¡Sí, chaval! ¡Suponiendo que me muera pasado mañana, tengo todo lo que me hace falta!

El hombre tiene los ojos hundidos y una mirada de desesperación.

—¿Sabes, chaval?, eres joven, no puedes entenderlo. Pero no es tan complicado apagarse desde el interior. Levantarse por la mañana, leer los mismos ingredientes en los mismos paquetes de cereales, hacer el mismo trayecto, trabajar con la misma puta gente…

El hombre habla, habla y sigue hablando, y el joven médico piensa que son tonterías, que la vida es demasiado bella, que el mundo es grande y está lleno de posibilidades infinitas. Tiene pájaros en la cabeza.

—… hacer las mismas puñeteras pausas para fumar con las mismas puñeteras personas charlando sobre las mismas puñeteras cosas: la lluvia, la tía enferma, el gobierno incapaz, el fin de semana… Salir del

trabajo cuando ya es de noche, hacer cola en el surtidor de gasolina, hacer cola en la oficina de Correos, hacer cola en el supermercado, volver a casa haciendo la misma ruta que por la mañana, cenar hablando de esto y lo otro… ¡Y ni te cuento la vida sexual! Esa acaba con todo. Te da motivos de peso… Ahora, chaval, quiero ir a mear.

—¿Quiere que le saque la pistola? —pregunta el joven médico refiriéndose al miembro viril del hombre.

El señor Siete se incorpora. Su aliento huele a vodka del malo. Se preocupa de repente.

—¡Oye, que solo era un intento, no quería morir de verdad!

El señor Siete morirá tres meses más tarde en plena calle delante de un cajero automático, atropellado por un conductor borracho. El joven médico pensará que el borracho bebía porque su propio hijo había muerto atropellado por otro conductor borracho, quien a su vez bebía porque no se sentía amado por su mujer, y así sucesivamente, en una larga cadena de muertes inútiles y tristes remontándose al invento del amor, del whisky y de la rueda.

Por entonces el joven médico intenta ver lo bueno en todos los seres humanos.

Cuando no lo encuentra busca una excusa.

La prueba de verdad

Tras conducir durante un buen rato Sarah puso el intermitente y detuvo el taxi en el arcén con aire decidido.

—¿Por qué paramos? —preguntó el médico, y salió del coche tras ella.

La anciana se apoyó en la parte trasera del vehículo y lo miró de manera extraña.

—Grite.

—¿Cómo dice?

—¿Su mujer se ha marchado y la echa de menos hasta tal punto que quiere morir? Comprobemos si es verdad o no.

Lo puso de cara a la carretera frente a un terraplén.

—Imagine que el paisaje es el responsable de la marcha de su esposa y grítele con todas sus fuerzas. Ya verá como se sentirá mejor después.

—¿Después de haber gritado a la nada? —preguntó escéptico.

—Inténtelo. Le sorprenderá el resultado.

—¿Usted grita a veces?

—Claro, pero a mi edad el sonido no va muy lejos. La voz me tiembla.

El médico se dirigió hacia un montículo de tierra situado a unos metros del coche.

—¿Aquí?

—Da lo mismo… ¡Grite! El arrepentimiento engendrado por la marcha de ella ha creado en usted un pez triste —dijo como si impartiera una clase—. Una trucha amargada y malhumorada. ¡Échela!

—¿Cuántos segundos?

—El tiempo necesario.

—¿Y si no funciona?

—Siempre funciona. Tía número dieciséis, Victoria, encerraba

sus emociones en tarros. Cuando estaba enfadada escupía su bilis en un tarro de mermelada vacío. ¡Pufff, la ira había desaparecido! Cuando estaba triste, encerraba sus lágrimas… En toda su vida solo guardó lo bueno, lo bonito, lo tierno. Siempre la vi riéndose, ligera. Era un poco simplona, eso sí, pero buena. Murió el día del gran terremoto de Chicago. El armario de su cuarto se vino abajo. Los tarros se rompieron. Gritó, gruñó y lloró durante cuatro días seguidos. Todas esas emociones liberadas juntas eran perjudiciales para el corazón… —concluyó Sarah fingiendo soplar una vela.

El médico tenía la impresión de ser un bebé del que esperaban el eructo.

—Será inútil —protestó—. Gritaré, pareceré un idiota… Pero será inútil.

La anciana se encogió de hombros.

—Parecer un idiota ya lo ha hecho. Gritar, eso sí que es una novedad. Y no olvide que esta semana me pertenece.

—¿Acaso tiene una titulación universitaria para ejercer este tipo de medicina alternativa?

—Denúncieme al colegio de médicos si quiere, pero ¡grite!

El médico se aclaró la garganta y soltó lo que parecía el chillido de un manatí albino. Sarah sacudió la cabeza, decepcionada.

—No se sabe si brama, muge o si se va a transformar en un odioso monstruo verde. No quiero la voz de una cría de jabalí ni la de un tenor. Quiero lo que tiene ahí dentro.

Le señaló el corazón y con la mano hizo como si hurgara en sus tripas.

—¡Su trucha, quiero su trucha! Es negra y sucia… ¡y la quiero!

Estaba ridículamente tieso, incapaz de nada, el aire estúpido e indeciso. A lo lejos unos rayos de sol atravesaban la niebla.

—¡Escúpala, por el amor de Dios, escúpala! ¡Qué torpe es!

De repente Sarah ladeó la cabeza como para oír unas voces inaudibles y se dirigió al vacío que había en torno a ambos:

—¡Ya ves que no conseguirá escupir el trozo de pez sin un poco de ayuda! Tendría que forzarle, pero sabes qué poco me gusta eso… —Señaló el horizonte—. Mire, Teddy Bear, vemos a su mujer que se marcha. Dese prisa, está lejos, va a perderla.

Le había soltado aquello con total indiferencia. Él le lanzó una mirada furibunda. Sin inmutarse, la anciana prosiguió:

—¡Ya está, es demasiado tarde! Es inútil buscarla ya, Mark, se ha ido. Se ha llevado dos pequeñas maletas de cuero negro no más grandes que esto —dijo separando el pulgar y el índice unos centímetros.

Se enfrentaron con la mirada. Ella luchó, él luchó. Ninguno de los dos cedió un palmo de terreno. Él pensó en su mujer. El mundo le parecía horroroso y pequeño. Cerró los ojos para no verlo, pero cuando volvió a abrirlos el mundo seguía siendo el mismo. Entonces gritó.

Fue un gemido que helaba la sangre y que hizo que a la anciana se le cayera el cigarro que sujetaba entre los labios. Gritó hasta romperse las cuerdas vocales, como si con un único lamento épico, inmenso, pudiera vencer al viento, borrar las nubes y la lluvia. Era un acto de guerra contra el injusto Dios, contra el fin del mundo que representaba la muerte de una mujer amada, un acto desesperado de rabia primaria. Debía destruir algo dentro de él.

—¡Por san Cristóbal, se me echará encima y me pegará! —dijo la vieja Sarah al tiempo que se refugiaba detrás del coche—. ¿Ves? ¡Lo he forzado, he ido demasiado lejos, no está listo y ahora va a golpearme!

Sin embargo el médico se tiró violentamente al suelo y golpeó la tierra dura con los puños. Golpeó una y otra vez, arrancando con las uñas montones de hierba dormida bajo la nieve, lanzando el fruto de su cólera alrededor de él mientras gemía como un perro apaleado.

Tranquilizada por haber escapado de su ira, Sarah recuperó la calma y sacó su pitillera. Disfrutó de cada calada, demostrando hacia aquel hombre destrozado una indiferencia que en el fondo era tan frágil como una máscara de porcelana. «Ya está, ya está… La nieve, la tierra debajo y la muerte dentro. Ya está, ya está…», pensó.

El médico trató de levantarse, pero le faltaba el aire y finalmente se dejó caer de rodillas, vencido.

—Míralo, es incapaz de llorar. ¡El muchacho está enfadado, pobrecito! ¡Rompería en dos hasta una viga! ¡Seguro, míralo!

Acurrucado, se balanceaba adelante y atrás.

Sarah lanzó con dos dedos su pitillo apenas empezado por encima del hombro del médico. Acto seguido se acercó a él dando

tres pasos felinos.

—Bien, bien, bien… No llorará. ¡Venga! ¡Vamos a consolarle ya que nos da pena!

Por fin se dirigió a él:

—Para un hombre que se cree mustio y vacío, lo encuentro lleno de gritos. Gritos, gritos, gritos. ¡Sí, lleno de gritos! ¡Una fábrica de gritos! Podría hinchar con ellos miles de globos.

Como hizo el primer día, Sarah colocó su colchoneta en el suelo y, tras levantarse el vestido de lentejuelas negras por encima de las pantorrillas, se puso en cuclillas, no sin esfuerzo, al lado del médico. Cuando estuvo segura de que no se caería hacia atrás, le masajeó la cabeza con dedos ágiles.

—Estoy aquí, querido, estoy aquí.

Durante unos segundos él sintió que volvía a ser el niño enfermo que había sido, el que tenía miedo a la oscuridad y se preguntaba si su corazón frágil podría dejar de latir de repente, sin previo aviso, durante la noche.

La anciana se puso a canturrear una especie de nana española que, de vez en cuando, interrumpía para mantener una conversación singular con la nada.

—¿Lo has oído? —susurró al viento, a la hierba y al cielo—. Solo un hombre destrozado puede gritar así. Vamos a dejar que escupa el trozo de pez. Cuando se sienta mejor lo ayudaremos a levantarse. Sí, eso estaría bien: ayudarlo a levantarse.

Al final lo cogió por la nuca y pegó su vieja frente arrugada a la de él, a punto de besarle en la boca.

—Deduzco que su esposa no se ha ido de verdad. En fin, no en el sentido en el que lo entendemos normalmente.

Él levantó los ojos hinchados por la rabia y los clavó en las pupilas azules de Sarah. Entre sus labios, apenas unos centímetros de separación. Su viejo aliento olía a tabaco y especias. Su viejo aliento olía bien.

—¿Qué le ha pasado? Dígamelo.

—No… puedo.

—Claro que puede.

—¡Es demasiado… duro!

Articulaba cada sílaba con dificultad. Las lágrimas que no conseguía derramar sobre sus mejillas impregnaban su voz y su

garganta llena de mucosidad.

—Dígalo, querido.

Segura de que no lo conseguiría le pasó un brazo alrededor del cuello.

—Entonces lo haré por usted.

El médico asintió con la cabeza y Sarah le susurró al oído esas dos palabras que él era incapaz de aceptar:

—Ha muerto.

Habría querido taparse las orejas y no oír nada más, pero era demasiado tarde. Lo había oído todo. Retumbaba en su mente, una y otra vez, como un eco macabro en una catedral negra y desierta: «Ha muerto, ha muerto, muerto… muerto… muerto…».

Sarah se levantó con un reniego y le tendió una mano amiga.

—Marchémonos de aquí y busquemos algo que pueda ponerse. ¡Se ha dejado el traje hecho un asco, marranito!

La princesa ciega y el cangrejo maléfico

El médico hablaba despacio, con la voz entrecortada de silencios. A veces se sorbía los mocos, pero siempre con discreción. Sarah lo escuchaba con atención mientras conducía.

Dos años atrás su mujer había entrado desnuda en el dormitorio y lo había despertado saltando de alegría sobre la cama. Se había acurrucado junto a él y había pronunciado la palabra «azul»: el color del test de embarazo. Quería un niño. No estaban de acuerdo sobre el nombre, pero no les importaba. Ya oían sus piececitos correteando por el parquet del apartamento.

—Ana pronto se quejó de un inmenso cansancio y de intensos dolores en los riñones. No le di importancia. Pensaba que era normal, que era su primer embarazo. Yo estaba desbordado entre el trabajo y la llegada del bebé. Estaba loco de felicidad. No me di cuenta de que ella…

Se detuvo, incapaz de continuar. Sarah le ofreció un segundo de respiro señalando el volante, sus manos ocupadas, y luego el mechero.

—Por favor, querido…

Él le puso directamente el cigarro entre los labios y lo encendió.

—Podría hacerlo yo misma, pero me siento menos culpable así —dijo—. Siga con su historia.

El médico tragó saliva y consiguió hablar con un tono apaciguado. Le contó que su mujer estaba embarazada de siete meses cuando el incidente se produjo.

—Estaba pintando de blanco la habitación del niño cuando oí un gran ruido en el cuarto de baño.

Su mujer se había mareado y se había golpeado la cabeza al caer.

La ambulancia la había llevado hasta la maternidad. Fueron las horas más duras de la vida del médico, que aguardaba solo en la

sala de espera e imaginaba lo peor, cuando lo peor ya les había alcanzado desde hacía tiempo sin que lo supieran. Por la noche el cirujano de guardia se había plantado delante de él y lo había mirado durante un largo momento.

—Es un truco que nos enseñan en la facultad de medicina. Se llama «el silencio psiquiátrico». Es para preparar el terreno.

El cirujano había explicado que el niño no había sobrevivido.

—Luego, Sarah, el médico habría podido decir que no sabía por qué semejante injusticia nos caía encima, que lo sentía, que esas cosas pasan y que es terrible, pero no lo hizo.

La operación había desvelado una masa sospechosa que el embarazo había ocultado hasta entonces. El marido había velado a su esposa toda la noche. Por la mañana no había necesitado decirle nada, Ana había comprendido su mirada y había sonreído. Dos años de lucha, dos largos años de sufrimiento esperando. Pero ninguna victoria. Solo ella, yéndose cada vez un poco más, marchitándose como un abeto después de Navidad.

La vieja Sarah seguía escuchándolo sin atreverse a tocarlo; ahora que se había lanzado, no quería estropearlo todo. El médico le contó todo con pelos y señales y no se dejó nada. Le explicó que el tratamiento la había desposeído de todo: el pelo, esos bucles pelirrojos de los que tanto se enorgullecía; las pestañas, las cejas y finalmente hasta el vello rojizo del cuerpo. «¡Mira!», decía a su marido riéndose, «¡tengo el cuerpo de una niña, rejuvenezco!»

Él sabía que no rejuvenecía. Se marchitaba. La encontraba cada día un poco más débil, con los dientes cada vez más apretados frente a la enfermedad. «Cuando me marche», le dijo Ana al final, «cuando ya no esté, prométeme que no te dejarás llevar por la tristeza». El médico había negado con la cabeza; ya hacía mucho tiempo que estaba triste. «Prométeme que si alguien te tiende la mano la cogerás. Prométemelo o me volveré loca antes de morir».

—Se lo prometí y ella…

De nuevo el médico tropezaba con esa palabra.

—No se volvió loca —lo ayudó Sarah con delicadeza. Seis meses después de la muerte de su mujer la anciana lo había recogido bajo la higuera diciendo: «En la vida, cuando a uno le tienden una mano tiene que aceptarla sin hacerse preguntas». A partir de entonces el médico no había podido hacer otra cosa que escucharla y seguirla

ciegamente.

—A mi pesar, a su pesar.

—Sobre todo a su pesar —reconoció la anciana—. Soy insoportable.

Silencio.

Sin saber por qué, el médico introdujo el pulgar y el índice en el cenicero y desmenuzó el contenido.

—Confesar en voz alta la muerte de alguien que uno ama es como matar a esa persona una segunda vez y cuando esa persona que se quiere con locura ha muerto por culpa de la negligencia de uno el crimen se repite… y eso es intolerable.

—La gente se marcha —dijo Sarah con suavidad, y su voz tenía el dulzor de la miel.

Metió la mano en el cenicero y sus dedos se rozaron varias veces, como si danzaran en medio del polvo negro.

—Nacen, se agitan un poco y se van. Usted, yo, el mundo entero. Nadie puede impedirlo, querido.

—¡Fue culpa mía! —gritó el médico—. Yo era responsable de ella. ¡Confiaba en mí y la perdí!

—No confunda los papeles: la enfermedad la mató. Usted es una víctima colateral, como las hay a miles.

«Sarah no ha entendido nada», pensó. A la maquinaria del mundo le faltaba ese minúsculo resorte que era la vida de una mujer. El médico era el mecanismo inútil de una gran máquina rota.

El paisaje desfilaba detrás del cristal. ¡Qué grandes parecían los edificios aquel día! Las nubes llevadas por el viento estaban obligadas a atravesar las oficinas.

—Por la noche la llamo y le dejo mensajes. Le hablo de lo que veo en la calle, de usted, de esta semana que compartimos usted y yo y de cómo fracasará. Le hablo como si pudiera oírme. Porque…

Tragó con pena.

—Porque si no siguiera hablándole ella dejaría de existir. Silencio. Un fragante olor a canela atravesó el interior del coche.

—¿Querido?

—¿Sí, Sarah?

—¿Nunca ha soñado con dejarlo todo? Desaparecer. Cambiar de nombre. No decir nada a nadie. Irse lejos y volver a empezar.

—Siempre llevamos nuestros problemas en nuestro equipaje.

—No coja equipaje. Métase las manos en los bolsillos, vacíelos, ponga de nuevo las manos dentro silbando una melodía de jazz. Dé unos pasos de baile y márchese.

Sarah le apretó con fuerza la mano. El médico notó su vieja piel caliente contra la suya; sus arrugas eran como los pliegues de un alma tan antigua como sabia.

—Tengo ganas de morir —dijo.

—Ya experimenté eso una vez. Cuando presté un boli y me lo devolvieron con el tapón mordido.

Se aferró al bonito azul índigo de los ojos de Sarah como un prisionero se agarraría a los barrotes de su celda.

—Por favor, Sarah, lléveme a casa.

—Eso es lo que hago, querido. Hace cinco días que lo intento.

La chica del vestido rojo

Sin saber por qué, el médico pidió a Sarah que lo llevara a los museos. La anciana no se hizo de rogar, aunque quiso conocer la razón. Él guardó silencio, incapaz de darle una respuesta incluso si pensaba que detrás de esa solicitud se escondía una última voluntad de enfrentarse a la belleza del mundo.

De hecho hasta consiguió extasiarse ante la majestuosidad de los dinosaurios.

—Admire esos huesos —dijo a Sarah con afecto—. Ya puede buscar, que no encontrará ni rastro de artrosis.

Evidentemente se cansó pronto de los viejos esqueletos, y entonces cambiaron de lugar y sustituyeron los antiguos y blancos huesos por el arte contemporáneo.

El médico pasaba de una obra a otra con prisa. Sarah lo seguía de cerca, deteniéndose de vez en cuando frente a alguna para comentarla, pero nunca más de un minuto.

En un momento dado, mientras se daba la vuelta para hablarle, el médico la vio inmóvil delante de una escalera de servicio sobre la que había una lámpara roja cuya luz parpadeaba.

—¡Qué bonita es una salida de emergencia, querido! ¡Tan, tan, tan bonita! ¡Salida de emergencia! *Sortie de secours! Notausgang! Uscita di emergenza! Nödutgång! Wyjscie awaryjne!* ¡Qué bonito!

Aplaudía y parecía tan feliz que el médico le sonrió.

—Hoy ha sonreído siete veces —observó—. Lo sé porque las he contado. Un resultado honorable teniendo en cuenta su personalidad execrable.

Estaba de acuerdo con ella, así que sonrió por octava vez.

—¡Sublime! ¡Es sublime! —dijo exultante frente a la reproducción en tamaño real de un poni multicolor—. En la vida siempre hay que ser uno mismo, querido. Excepto si se puede ser un poni mágico. En ese caso, y solo en ese caso, sea un poni mágico.

La muerte en sus dominios era el título.

Una de las obras maestras reunidas allí, según Sarah.

—Cuando uno pasea por un museo de arte contemporáneo se pregunta en ocasiones si esas obras son arte realmente o una broma para los ricos.

Había dicho eso en un tono convencido que desacreditó la reacción explosiva de la anciana frente al cuadro siguiente, un monocromo paradójicamente llamado *La chica del vestido rojo*, si bien tenía el mismo color azul que los ojos de Sarah. Esta se echó a llorar a lágrima viva.

—Un día el hombre que pintó este cuadro soñó con un azul muy particular. Dedicó cinco años de su vida a encontrarlo. Viajó por todo el mundo, recogió plantas desconocidas y las trituró para descubrir pigmentos de países exóticos y salvajes. Luego lo mezcló todo hasta obtener el tinte perfecto. No es un cuadro; no es azul, ni índigo ni esmeralda: es la historia entera de un hombre…

Sarah miraba fijamente el cuadro.

—Me veo con veinte años. Estoy delante del edificio donde encontré a Charles. Llevo una maleta de cartón casi vacía: un gallo de escayola pintada y algo de ropa, nada más. Es la mañana más clara del mundo, surge como una luminosa nube de leche en el té negro que sería la noche. Oigo el trino de un pájaro. El perfume de la hierba húmeda trepa hasta mí. En la quinta planta una cortina se corre, y Charles sale al balcón y deja en él un tarro lleno de agua con pinceles. Cuando se levanta me mira. Nos sonreímos.

La vieja volvió la cabeza a derecha y a izquierda. Como no vio a nadie se acercó al lienzo y lo besó con cuidado.

—No tendría que haberme traído aquí, Teddy Bear. Lo odio.

—¿Por qué?

—Porque este cuadro soy yo. Tengo veinte años, llevo un vestido rojo y estoy a punto de amar como nunca más he amado en mi vida.

El enigma del hombre que caminaba con el sol

El médico le pidió que lo llevara al centro de la ciudad porque quería caminar antes de volver a casa.

Sarah lo abrazó con fuerza cuando se despidieron. Él se dejó. El perfume de la anciana era realmente delicioso.

Mientras vagaba por las calles sintió que lo invadía un cansancio hacia la gente, el ruido, toda esa agitación que nacía de la vida. ¿Por qué quería caminar?

En la esquina de una avenida reconoció a lo lejos a un antiguo paciente suyo. Tenía un aspecto tan… normal que ni siquiera recordaba su nombre: Paul o Patrick, algo así… Quizá Peter. El hombre iba acompañado por una chica rubia y llevaba un bebé en los brazos.

El joven médico había tratado a aquel hombre cuando este se puso enfermo. Habían hecho buenas migas enseguida. No era de extrañar ya que se parecían mucho. El muchacho tenía veinte años, era estudiante, estaba enamorado (ella se llamaba Lisa y tenía el cabello rubio), era un tipo risueño, un poco juerguista. Al chico le gustaban los paseos en bici, las Oreo cortadas en dos y las pelis de serie B. Nada demasiado masculino.

El joven médico lo había ayudado a enfrentarse a aquel ejército de cangrejos invisibles que con sus temibles pinzas lo estaban devorando por dentro.

Para Paul-Patrick-Peter y el joven médico que lo acompañaba fueron días aciagos. Primer ataque de la enfermedad: directo a sus partes. Le afectó el escroto, y los resultados no fueron alentadores. En poco tiempo le arrebataría la vida.

El pobre chaval no tuvo elección. Guardó los libros de estudio, canceló sus salidas y reclutó a mercenarios de bata blanca.

Un día, delante del joven médico, había exclamado:

—¡Solo son un par de huevos, después de todo! ¿Por qué les importan?

—Vas a morir —le había contestado el joven médico—, pero de viejo. Y tendrás bebés con Lisa. Hasta tendrás veinte nietos la mar de revoltosos. Incluso podrás decirles: «¡Niños, dejad de tocármelos!». Sí, podrás decirles eso.

Las mañanas se sucedieron, pasaron de derrotas a triunfos. El muchacho, convertido en gran soldado, había adelgazado, se había curtido, hasta aquel día precioso en el que, juntos, el joven médico y Paul-Patrick-Peter habían obtenido la victoria final, una bandera perfecta y luminosa.

Remisión. Vida.

Ante la mirada asombrada del médico-que-había-olvidado-cómo-curar su antiguo paciente paseaba ahora confundido entre el gentío que ignoraba a ese guerrero magnífico.

El hombre entró con su mujer y su bebé en una tienda. El médico los siguió discretamente. No sabía por qué hacía eso, era raro e inoportuno, pero era superior a él.

La pequeña familia tomó una escalera mecánica que subía hasta la azotea del edificio. Cuando salieron al aire libre la luz del día los cegó y unas sonrisas inmensas les iluminaron las caras. No se pusieron la mano sobre los ojos a modo de visera, no intentaron protegerse de los rayos que explotaban en su rostro como fuegos artificiales.

La mujer se volvió hacia Paul-Patrick-Peter, acarició la cabeza del niño y el médico la oyó decir:

—¿Quieres que lo lleve un rato, Philippe?

Philippe rehusó y sin mediar palabra salieron a la calle inundada de amarillo. El sol brillaba alto en el cielo y Philippe caminaba con él.

El médico vio un banco y se dejó caer en él. En dos días acabaría con su vida. Sí, en dos días exactamente; en Nochebuena se mataría.

Dos días antes del entierro

La leyenda de Mãrkandeya

Aquella mañana el pelo de Sarah era rubio ceniza. Tenía el semblante triste y pálido.

—Resacón —confesó al médico mientras se pasaba una mano por el vientre—. Demasiados mojitos ayer. A ver si aprendo.

—¿Se emborrachó?

—Soy una dama, Teddy Bear. Ebria, sí. Borracha, no. Siempre quise emborracharme con mis hijos por lo menos una vez en mi vida. Mi hija aguanta más que yo. Bebe como tía Claudia. ¡Menuda era la tía Claudia! ¡Parecía una esponja!

Cerró los ojos. Cabeceó y el coche se salió un poco de la calzada.

—Bebió mucho en su vida. Me acuerdo de una enfermera del hospital que decía: «No son extracciones de sangre lo que se le hace a su tía, son vendimias».

Se echó a reír.

—Cuénteme una historia, querido. —Se golpeó la frente con la palma de una mano como si se le hubiera ocurrido una idea genial —. Mire, explíqueme la historia que su abuelo le contaba para que se durmiera por la noche, por ejemplo. Todos tenemos una…

—¿La de la vieja pistola? —preguntó el médico, suponiendo que la anciana no daba su brazo a torcer nunca y quería tener siempre la última palabra.

—No, la que le contaba cuando era niño y que le producía pesadillas…

El médico se removió en su asiento. Había una historia así. Nunca fue capaz de entenderla y se preguntó si Sarah podría ayudarlo.

—El abuelo se sentaba junto a mi cama y me hablaba del viejo Mãrkandeya, el último hombre vivo después de la destrucción del mundo. Mãrkandeya el Triste, lo llamaremos así, vagará por las ciudades muertas de los hombres. Caminará bajo la lluvia tibia, a

través de los vientos fríos, solo, incapaz de detenerse, y los días pasarán sin que pueda descansar. Una noche brumosa semejante a todas las otras, verá un árbol de follaje abundante y verde delante de él. Un niño se columpiará en las ramas con un tordo silencioso sobre un hombro, el pecho teñido de azul. «¡Mãrkandeya el Triste, has caminado tanto!», gritará el niño. «Tienes miedo, estás cansado y echas de menos a los hombres. ¡Mírame! ¡Mira lo feliz que soy!» Entonces un viento fantástico soplará y lo elevará por los aires como si fuera una ligera brizna de paja hasta hacerlo entrar entre los labios sonrientes del niño. Una vez en el vientre del pequeño, verá a los hombres surgir de nuevo de la tierra, volver a plantar jardines y campos, construir ciudades increíbles que sobrepasarán la belleza de todas las ciudades del pasado. Contemplará el océano, las estrellas, el universo entero girar en el estómago del niño. Verá la vida ir y venir, agotarse y morir, hasta que los hombres destruyan todo otra vez y se encuentre solo en medio de otras ruinas. Entonces el viento fantástico se levantará de nuevo, formará torbellinos alrededor de sus piernas y arriba lo elevará, por el pecho azul y los labios inmensos, hasta dejarlo delante del árbol donde el niño con la tripa azul se reirá muy fuerte. «¿Lo has entendido?», le dirá. «Entonces ¡nunca más volverás a estar triste! Y te llamarás Mãrkandeya el Alegre».

Sarah lo interrumpió varias veces para toser con una violencia inusitada, tanto que el médico creyó que escupiría los pulmones en el suelo.

—Me gustaba este cuento antes —dijo a modo de conclusión con un ápice de nostalgia en la voz.

—¿Y por qué no aprovechó la enseñanza? Habla de la vida y de la valentía que hay que tener para vivir.

Acercó una mano a su pálida cabeza y le alisó un remolino imaginario.

—Tiene una melena increíble.

—¿Me está tomando el pelo?

—Lo sé, tontito… Pero volverá a crecerle, así que solo estoy anticipándome.

—No volverá a crecerme, Sarah.

—Sí, un día tendrá el pelo largo y blanco.

No protestó porque no le importaba que lo trataran como un

niño.

Quizá le gustara eso, ser el hijo de alguien.

La escuela de los sabios

—¿Qué vamos a hacer en la universidad? —preguntó el médico cuando la anciana conducía hacia el campus.

—¿Qué se puede hacer en una universidad? —se burló ella, el puño derecho sobre la cadera—. ¡Aprender, Teddy Bear, aprender! Conozco una manera de acceder al anfiteatro antes de la clase. Tendremos el mejor sitio.

Él señaló el abrigo de cibelina blanca de Sarah y dijo:

—Bonita imitación.

—Es un regalo de mi hijo —contestó ella—. Quería celebrar la Navidad un poco antes. Mis niños son muy detallistas. Espero que usted mime a su mamá antes de matarse.

Miró a Sarah: si su madre estuviera viva, donde fuera, tendría la misma edad que ella.

—Le dije que no quería hablar de ella. Desapareció después de darme a luz.

—Quizá sea mejor así. Habría sufrido demasiado al ver a su hijo morir tan joven.

—Le cuento mis secretos, y usted… usted… —tartamudeó.

—Y yo le pincho porque no quiero que muera. Eso es. Molesta por esa confesión tan espontánea, consultó el reloj de su muñeca derecha para distraer su atención y dio golpecitos en la esfera del reloj de su muñeca izquierda.

—¡Llegamos tarde!

—¿Por qué lleva dos relojes? —preguntó de repente para cambiar de tema. También porque sentía curiosidad desde el primer momento.

—Porque nunca se puede estar seguro de nada. Cuando miro aquí —dijo al tiempo que sacudía la mano derecha— la hora ya ha cambiado con respecto a la que este indicaba —concluyó, y sacudió la izquierda.

—¿Y esa manía por los horarios?

—Una idea fija que contraje el mes pasado y de la que no puedo desprenderme. Las cifras giran en mi cabeza como una cuenta atrás sin que pueda hacer nada para detenerlas.

—Tendría que consultar a un médico.

—Es lo que llevo haciendo desde hace una semana, doctor. Pero los resultados se hacen esperar. Nunca tuve suerte con los médicos… —añadió con un suspiro.

Le dirigió esa sonrisa alegre que él veía en su rostro tan a menudo y le pidió otra historia.

—Es lo justo, le he contado las de mis tías, ahora le toca a usted. Y quiero algo alegre y triste porque no sé si me apetece reír o llorar.

El médico tomó una decisión. La historia sería dramática y la vieja lo dejaría en paz.

—Llevábamos a un joven de dieciocho años a urgencias cuando falleció en la ambulancia. Fue una muerte inesperada y traumática. La familia llegó al hospital. Se pusieron a llorar. La novia del joven estaba allí. Tenía diecisiete años. Anunció que estaba embarazada de dos meses. Había decidido tener al niño sin que nadie lo supiera. Pero dijo que ahora era imposible. Porque estaba sola y no sabía qué hacer. La madre del fallecido se dirigió hacia ella y la abrazó diciéndole que no estaba sola.

El médico hizo una pausa para coger aire. Cada vez que contaba esa historia se le formaba un nudo en la garganta. Ahora también lo tenía y eso le asombraba.

—Cuando salí del hospital aquel día entré en unos grandes almacenes. Sin saber por qué me paseé por sus secciones… La gente iba y venía. Compraban mantequilla, leche, huevos, papel higiénico… Yo estaba allí en medio y pensaba en esa familia destrozada. No entendía cómo se podía seguir comprando mantequilla, leche, huevos… como si nada.

Silencio.

—Esa historia no es triste —afirmó Sarah mientras se divisaba a lo lejos la rotunda silueta de la universidad.

—Un joven que muere, un bebé que nace. Si no es una historia triste, ¿qué es?

—Simplemente la historia más antigua del mundo —contestó la anciana sonriendo como si acabara de contarle un chiste.

La edad de oro

Cuando entró en el aula por una puerta secreta entendió que la anciana le había tendido una trampa. ¿Quería que volviera a encontrar su magia? Lo había llevado al lugar donde se la habían enseñado. Nada se parece más a un anfiteatro que otro anfiteatro. Y ese se desplomaba bajo el peso de los recuerdos.

Sarah se instaló en la primera fila mientras él se quedaba arriba, en las gradas, e intentaba no dejarse invadir por la nostalgia.

—¡Eeeh! ¡Mark! ¡Por aquí, dese prisa, va a empezar! La profe es fantástica, los mejores sitios volarán. Sería una estupidez que estuviéramos separados, me quedaría muy… —Buscó la palabra adecuada—. Muy decepcionada.

El médico bajó sin ganas y se sentó a su lado.

—¡Qué ímpetu! Parece un hombre a punto de suicidarse.

Él dejó caer la cabeza sobre las manos. Todo era tan confuso con Sarah…

Sembraba ideas en la mente de las personas, les vendaba los ojos, las hacía girar en todos los sentidos y después les decía: «¡Ahora, adelante, encontrad vuestro camino!».

—El primer día que lo vi pensé: «¡Ve y embarulla su mente!».

—Lo está consiguiendo.

—Me esmero, Teddy Bear, me esmero.

—Es usted insoportable.

—¡Y usted es adorable! Estoy teniendo una semana fantástica. Ni por todo el oro del mundo la cambiaría. Y voy a conseguirlo: vivirá y se curará, pero en silencio. Eso se llama «envejecer».

El médico negó con la cabeza. Vivir ya no era una opción. Tenía una enfermedad que creía incurable. ¿Si se curaba significaría que no había amado nunca a su mujer?

Una palmadita en la espalda lo devolvió bruscamente a la realidad. Con su espejo de bolsillo en una mano, Sarah había

empezado a maquillarse.

—¿Qué edad me echa?

—No le contestaré, es una trampa.

—Tengo veintiséis años —dijo—. Pero fumo mucho.

Él se echó a reír.

—¿Veintiséis… antes o después de Cristo?

También ella rió.

—¿Teddy Bear?

—¿Sí?

—¿Cómo me ve? ¿Le parezco insoportable? ¿Y vieja? ¿Demasiado vieja?

—La veo joven, Sarah, y muy guapa.

—Se burla, pero le da miedo ser como yo, ¿verdad?, le da miedo. ¿Eh?

Silencio.

—¿Sarah?

—¿Sí?

—Sus arrugas le sientan bien. Son un reflejo de la vida.

—Le creo, querido. Está más pálido que un muerto, así que le creo.

La magia del mundo

Las puertas se abrieron y una joven de piel negra se acercó en medio del alboroto de los estudiantes. Era de una belleza increíble. Llevaba una falda y una chaqueta blancas muy sencillas. La coleta en la que se había recogido el pelo se balanceaba con cada uno de sus pasos.

El cirujano creyó que era una estudiante que llegaba tarde, pero la muchacha subió a la tarima y los cuchicheos cesaron enseguida.

—Buenos días a todos —dijo con una voz potente y clara.

Parecía ser más joven que la mayoría de los estudiantes que se encontraban en el aula, a pesar de que todo en ella destilaba inteligencia y simplicidad. El médico quiso compartir con Sarah su asombro, pero la anciana le indicó con un gesto que escuchara.

—Hoy abordaremos un tema complejo. Quiero tres cosas: su silencio, su atención y su indulgencia. —La mujer se llevó la mano a la cabeza—. Tengo una migraña atroz y no toleraré el menor ruido. Al primero que hable lo psicoanalizo delante de todo el mundo.

Sarah susurró al oído del médico:

—Verá, no se deja torear, sabe ganarse a la gente.

—¿Ha estado antes en esta clase? —preguntó.

Pero su pregunta pasó desapercibida bajo la voz de la joven docente, que anunciaba que la clase trataría sobre las figuras arquetípicas, estereotipos y otras recurrencias en los cuentos de hadas.

—Es apasionante —susurró Sarah—. Hablará de un pequeño escarabajo dorado que choca contra una ventana y…

Como para darle la razón, la profesora dijo:

—Sé que muchos de vosotros esperáis con impaciencia la historia del escarabajo. Os la contaré, pero antes…

Un silencio pesado se instaló en el aula.

—¿Alguien podría explicarme cuál es la estructura común en

todo cuento de hadas?

Unos examinaron el tapón de su bolígrafo, otros el agujero de sus mangas o las lámparas del techo temiendo que les interrogara.

Para sorpresa del médico, su vieja vecina levantó la mano y dio una respuesta estructurada, detallada, demasiado complicada para ser falsa.

—Excelente, señora —exclamó la joven con entusiasmo.

La continuación de la clase trató de un país destruido que vivía en la nostalgia de una edad de oro pasada. Aparecía un héroe con una infancia difícil que tenía que aceptar su estatus heroico y enfrentarse a diferentes pruebas.

—… el final de la historia está marcado a menudo por la muerte simbólica del protagonista y su renacimiento —explicó la profesora —. ¿Cuál era su recompensa? Un remedio que traerá de su país de origen con objeto de devolver la gloria de antaño y…

Al cirujano todo aquello le sonaba a chino. El olor de los asientos de madera, los estudiantes a su alrededor… Se recordó tiempo atrás subiéndose a una tarima como aquella antes de una clase. Introvertido por naturaleza, el joven médico estaba aquel día decidido a ganarse la simpatía de sus compañeros en vez de sentir la soledad de su asiento. Llevaba en los brazos un maniquí con peluca y, para divertir a los demás, había gemido como un animal simulando un coito mientras los otros lo animaban. Una broma tonta y zafia, pero les hacía reír. Todos tenían a un paciente muerto que olvidar en su cabeza. La larga silueta del profesor había aparecido detrás de él, guardando silencio y observando la escena. El joven médico creyó que la risa de los demás se debía a su numerito, así que jadeó aún más fuerte.

Al cabo de unos minutos el profesor desveló su presencia tosiendo. Las risotadas recorrieron el anfiteatro. La vergüenza que experimentó el joven médico le sirvió de escarmiento. El docente cogió el micrófono y dijo una frase inolvidable: «Me importa mucho la reputación de mi universidad, por lo que le rogaría que en el futuro cuidara la calidad de sus coitos».

Mientras la vieja Sarah, los codos apoyados en el pupitre, bebía las palabras de la jovencita, el médico se pasó el resto de la clase diseccionando fragmentos enteros de su memoria, anécdotas tristes o divertidas que tenían en común haber hecho de él el médico en el

que se había convertido, pero que ya no era. Ese aluvión de recuerdos le causó dolor.

—¿Alguien tiene una pregunta? —preguntó la profesora al cabo de una hora mientras se dirigía al centro de la tarima.

Doscientas manos masculinas se levantaron.

—Sobre mi clase —precisó.

Las manos bajaron con una risa general.

Sin que el médico tuviera tiempo de reaccionar Sarah le agarró el brazo izquierdo y se lo alzó de golpe. La joven se volvió hacia ellos.

—Le escuchamos, señor.

—Yo… —tartamudeó, y se maldijo por no haber estado más atento a la vez que su mente buscaba a toda velocidad una salida airosa.

—Se pregunta cuál es el sitio de un individuo en una sociedad que ahoga el mito individual para sustituirlo por el relato colectivo, ¿verdad?

La joven profesora lo había dicho con una sonrisa apenas disimulada y escudriñándole la cara. El médico percibió la mirada inquisitiva de quinientos estudiantes que parecían pensar: «¿Qué hacen aquí una vieja con vestido de gala y su amigo calvo?».

—Eh… Sí, eso es. Mito, ahoga, sociedad… Eso es…

—Acaba de dar con el gran problema de nuestro tiempo: ya no somos los héroes de nuestra propia historia, sino los de una sociedad que la cuenta en nuestro lugar. Hemos perdido nuestro destino, señor. Es nuestra responsabilidad encontrarlo y volver a ser el héroe de nuestro propio cuento. —Movió la cabeza varias veces y añadió—: El país destruido de nuestro cuento de hadas somos nosotros.

Esa mujer trataba de decirle algo, pero él no sabía qué. Presintió que Sarah, gracias a algún misterio que guardaba relación con las capacidades extrasensoriales de las que presumía, había previsto ese momento exacto y la confusión que le provocaría la situación.

—Gracias —bufó.

—Soy yo quien le da las gracias. —La profesora se dio la vuelta hacia el resto del anfiteatro—. Las preguntas pertinentes son tan raras…

Le divirtió la reacción falsamente indignada de los estudiantes.

—A esta hora viajamos a unos doscientos veinte mil metros por segundo a través del cosmos. Hay más planetas en el universo que granos de arena en la tierra. Los océanos cubren el setenta por ciento de la superficie terrestre, el cuerpo humano está compuesto en un setenta por ciento de agua. El átomo está formado por núcleos y electrones. El resto es solo vacío y fuerzas invisibles. Nuestro cuerpo contiene
7×10^{27} átomos. Tienen mil millones de años y se remontan al silencio en el que nacieron las estrellas. Ustedes, yo, el panadero, el presidente, los políticos… todos estamos compuestos por un 99,9999999 por ciento de vacío, y ningún protón, neutrón o electrón que nos constituye es idéntico a los que tuvimos al nacer porque los nutrientes que asimilamos a través de los alimentos que ingerimos renuevan la totalidad de nuestros átomos en menos de dos años. Cambiamos enteramente de cuerpo cada veinticuatro meses. Pensad en eso la próxima vez que os emborrachéis.

Miró al médico directamente a los ojos.

—Pensad en eso también si estáis tristes. A cada instante, la biología os da la ocasión de convertiros, en el sentido estricto del término, en alguien nuevo.

Un recuerdo del enigma

Veinte años antes el médico hace prácticas en geriatría. En los pasillos huele a jabón de Marsella, también a tristeza, y es la hora del bingo.

Para el joven médico el señor Cofre es viejo (pero más viejo que el más viejo de los hombres con inmensas arrugas, inmensa dentadura postiza e inmensa ristra de tataranietos; más viejo que eso).

Ya no puede caminar. Está sentado en su sillón, ya nada le importa. Es la indiferencia hecha persona.

A veces el joven médico pasa delante de él y se dice que podría desvestirse, pintarse el cuerpo de violeta y hacer correr a una tirolesa lanzándole pequeños tenedores para caracoles a los ojos y no reaccionaría. Sin embargo, la enfermera y él intentan cada día estimularlo un poco.

—¡Hay que andar, señor Cofre! ¡La flebitis no es una buena amiga! ¡No le hará ningún bien!

O también le diría golpeándose el tórax:

—La embolia pulmonar hace mucho daño.

El viejo no muestra ni el menor signo de vida. El asistente, la nutricionista, la fisioterapeuta, la animadora del club de bingo… todos lo intentan.

La enfermera escribe en el informe: «Resultado del partido: equipo médico: 0, señor Cofre: 0, riesgo de flebitis: multiplicado por 2.355.669.148».

Lo que podría concretarse en la siguiente frase: «La muerte se acerca a pasos de gigante al señor Cofre porque él se niega a dar ninguno».

Una mañana el joven médico se enfada y le grita:

—¡Coronel!

El anciano levanta la cabeza.

—¡En pie!

Apoyando una mano en el brazo izquierdo del sillón y la otra en el brazo derecho, el señor Cofre se despliega lentamente como una

majestuosa navaja suiza abriéndose en dos.

El joven médico ordena:

—¡Marchen, ar!

El coronel Cofre da un paso hacia delante, las manos apoyadas ahora en el andador, la mirada de águila, los hombros encorvados, pero con expresión de orgullo y de ataque. Ha rejuvenecido veinte años.

La enfermera se vuelve hacia el joven médico, asombrada.

—Pero ¿cómo has hecho para sacarlo del letargo?

—El otro día repasé su historial y se me ocurrió una idea. Antes de ser viejo, el señor Cofre era militar.

—¿Militar?

—Sí, ya sabes, esos hombres de uniforme, los capitanes, con las trompetas, los walkie-talkies y los «Papá Oso a Mamá Oso: ¡el panda está en la madriguera, repito, el panda está en la madriguera!». Eso de la guerra y demás. Fue militar… ¡Toda su vida!

Aquella noche, solo en su minúscula habitación, el joven médico pensó en la última clase de anatomía, aquella sobre el cerebro, en la que dijeron al levantar la bóveda craneal: «¡Mirad el córtex! ¡Todas esas circunvoluciones! ¿Cómo no va a perderse la memoria en todo ese lío?».

La puerta prohibida

Los estudiantes se escurrieron del auditorio como un torrente. La señora agarró al médico por la manga y lo arrastró consigo por los pasillos.

—No volveremos a casa ahora, tengo una fantasía que cumplir antes.

Lo empujó hacia un lado y entraron en los servicios.

Tras asegurarse de que las cabinas estaban vacías, cogió un cubo de la basura metálico y lo puso contra la puerta de entrada lanzando un gemido de placer.

—¡Quiero fumar a escondidas!

Se puso delante de un cartel rojo donde estaba dibujado un cigarro tachado y sacó el objeto del delito.

—¡Dios mío, es aún mejor de lo que pensaba! —dijo unos segundos más tarde al tiempo que soltaba una larga columna de humo blanquecino.

El médico no hizo ningún comentario. Era el cómplice más indiferente y apático del mundo. En su lugar prefirió acercarse a la pared y observar los cientos de pintadas hechas con rotulador de las generaciones sucesivas de estudiantes.

—¡Vaya manía que tienen los jóvenes de escribir en las paredes! —pensó en voz alta—. Voluntad inconsciente de expresar su miedo a desaparecer…

Se sentía perdido delante de la extraordinaria imaginación de los jóvenes. Era un rasgo genuinamente humano y, por tanto, lo consideraba mezquino.

—… el pensamiento mágico no ha muerto, se ha modernizado —prosiguió—. El chaval cree que si escribe que tal chica tendrá una relación sexual con él entonces se cumplirá y…

De repente, Sarah lo interrumpió:

—¿Qué significa «minga», querido? Está escrito varias veces

aquí.

Al ver la sonrisa del médico Sarah captó el significado.

Se sonrojó.

—¿Algún problema? —bromeó él al tiempo que se frotaba la barbilla con aire sabio.

La anciana movió una mano por encima de su hombro como para decirle que no le importaba y sacó un rotulador del bolso. Él se sintió obligado a protestar.

—No irá a escribir en la pared, ¿verdad?

—¿Y por qué no, querido? Voy a vandalizarla para demostrar que he estado aquí un día, muy viva. Mañana me habré resignado, pero no hoy.

Sarah se echó a reír y empezó a gesticular como lo haría un delincuente.

—¿Qué quiere escribir?

—Algo que una a la gente —contestó dándose golpecitos en los labios con el capuchón del rotulador—. Hay demasiadas ideas diferentes en estos aseos.

De repente tuvo una idea y aplaudió con entusiasmo.

—¡Ya lo sé! ¡Fantástico! ¡Teddy Bear, encuéntreme un trozo de pared en blanco!

El médico se lo halló al lado del lavabo central. Sarah destapó el rotulador y escribió algo. Tardó un par de minutos.

Cuando se marcharon, se podía leer: «Un análisis profundo nos permite declarar que en estos lavabos hay: realistas, anarquistas, homosexuales, poetas, homófobos, liberales, suicidas, machistas, feministas, republicanos, anticapitalistas, xenófobos, neonazis, masoquistas, agnósticos, rebeldes, románticos, enamorados, celosos, pervertidos (muchos pervertidos), inmigrantes, ateos, antisemitas, emigrantes, negros, blancos… ¿Os apetecería ir al restaurante todos juntos?».

Las cenizas mágicas

Desayunaron muy tarde, haciendo un picnic en los jardines de la universidad.

El aire olía a nieve derretida y el cielo era azul, sin nubes, como si los dioses del norte se hubieran ido de viaje. De las bocas de los paseantes salían columnas de vaho por todas partes.

—¿Sarah?

—¿Sí?

—¿Qué hacemos mañana? Es el último día…

—Le dejaré el día entero para pensar. Pero esta noche estaré en su casa a las veintitrés horas, diez minutos y siete segundos.

—¿Y qué haremos esta noche?

La anciana adoptó una expresión traviesa.

—La pasaremos juntos.

Ante el semblante serio del médico se vio obligada a explicarse.

—Es una sorpresa. Póngase ropa de abrigo.

El médico quería pasear un rato antes de subir por el sendero que conducía al aparcamiento, pero Sarah rechazó la idea. ¡La hora! ¡Rápido, la hora! Se subió en el coche. Él la siguió y se fueron de la universidad. La vida pasaba demasiado deprisa cuando uno se encontraba al lado de Sarah.

—Tenemos que dar un rodeo, Teddy Bear —dijo mientras volvían hacia el edificio en ruinas—. Quiero ver de nuevo el puente… Me recuerda a Charles y a mi marido, vivíamos al lado.

—¿Está casada?

—Viuda.

De repente se sintió más cerca de ella que nunca. No es que su viudedad le alegrara o le reconfortara, pero imaginó por un instante que sus lutos respectivos los unían.

—No era muy afectuoso, querido.

Él frunció el ceño.

—Me pegaba —precisó Sarah—. Me decía que me pegaba porque me amaba. Debía de amarme mucho… Tuve la mandíbula luxada tres veces y el húmero fracturado por dos sitios. Creo que tendría menos artrosis si me hubiera querido un poco menos.

Una noche su marido volvió ebrio y le pegó. Sarah escapó y se topó con Charles. Él no hizo preguntas, pero se ocupó de ella con delicadeza durante tres semanas.

—Cuando mi marido murió lo hice incinerar y he conservado la urna. Voy echando parte del contenido por todas partes. En los servicios públicos, los desguaces, las alcantarillas… Guardo un poco para el coche.

Puso los dedos en el cenicero, y el médico experimentó un profundo sentimiento de piedad y repugnancia.

—Cuando lo desmenuzo así es una manera de no dejarlo en paz. Cuanto más lo desmenuzo, más lo perdono.

Aplastó la colilla en lo que quedaba de su marido con un suspiro de placer.

—Usted echa de menos a su mujer. El fantasma de mi marido me persigue. No todos los silencios tienen el mismo sonido.

—Lo siento, Sarah —dijo el médico.

La anciana se encogió de hombros.

—Una vez, un jueves, Charles me llevó a urgencias. —Se levantó el flequillo y le mostró la cicatriz en forma de ocho de su frente—. Tenía el cráneo casi fisurado y quemaduras de cigarro en la espalda. Mi marido fumaba mucho y no siempre tenía un cenicero a mano.

Silencio.

—Tiene razón —continuó ella—, el tabaco es malo para la salud. La prueba es que él murió tres días después. Se cayó por la escalera. Fue unos meses antes del nacimiento de mi hijo.

Casi podía ver los recuerdos atravesando su rostro como olas pesadas, arrastrando sufrimientos antiguos pero aún vivos.

—Pensaba que su hijo era el mayor.

—¿Se pregunta con quién tuve a mi hija?

—Sí, bueno… no, no es asunto mío.

—No sé quién es el padre. Era Nochevieja, había bebido, había muchos hombres, estaba oscuro. Eso es lo que pasa cuando se abusa del vodka, ¿no es así, querido?

Soltó una carcajada, lo que distendió el ambiente.

—¡Si pudiera ver su cara! En realidad, mi hija…, ¿cómo decirlo…?, vino a mí en un orfanato.

—¿La adoptó?

—No me gusta esa palabra. Yo caminaba por ese orfanato, ella caminaba por ese orfanato. Yo llevaba unos pantalones azules y un top blanco. Ella vestía un top azul con unos pantalones blancos. Punto final.

El médico no insistió.

—Mi hijo es músico. Es un artista. Toca, hace arreglos musicales, escribe canciones, hace conciertos. Es un chaval asombroso. Tendríamos que ir a verlo tocar. La semana que viene, ¿le apetecería?

—Sarah…, la semana que viene estaré muerto.

—Ya lo sé. Era una trampa —dijo con la voz quebrada y la cara húmeda.

—Pero… ¡si está llorando, Sarah!

Ella se limitó a asentir con la cabeza, tratando de ocultar el tembleque de sus manos.

—Déjelo, se me pasará, solo que… Me gusta ver a mi hijo en un escenario. Es también actor en su tiempo libre —dijo disimulando una sonrisa—. Recuerdo una broma que le gastamos hace cinco días a un amigo médico. Fue divertida. Mi hijo iba disfrazado de empleado de funeraria y simuló tomarle medidas…

—¿Qué? —exclamó el médico al caer en la cuenta—. ¿Era él?

—Es guapo, ¿verdad?

—Entonces ¡eso significa que su hijo está al tanto de lo nuestro!

—¡Claro! ¡Y mi hija también! No tengo secretos para ellos. Saben cuánto me importa nuestro pacto, me han dado buenos consejos.

El médico se preguntó si estaba enfadado o simplemente molesto. Finalmente decidió que ni lo uno ni lo otro. La muerte estaba ahí, en su puerta. No le importaba nada.

—¿Qué empleado de funeraria aceptaría que un cliente se echara en un ataúd para probarlo, Teddy Bear? Tuve que hacer algunas trampas: comprar la tienda en menos de veinticuatro horas, disfrazar a mi hijo, hacerle ensayar el papel… ¿Se acuerda del camarero un poco tonto del restaurante?

—¿Era él también?

Sarah asintió.

—Le encanta el teatro y actúa muy bien. Me pregunto si no es… Va mucho con su mejor amigo y… Bueno, es guapo, ¿verdad?

El médico suspiró.

—Y su hija, ¿qué hace?

—No se lo diré, me gustaría mantenerlo en ascuas un rato más…

—Venga, ya me ha tomado el pelo bastante…

—¿Aún me quiere?

—La perdono si me responde. ¿Qué hace su hija?

—Mi niña es profesora de psicología analítico-conductual en la universidad —dijo Sarah, y se echó a reír—. Es guapa, ¿no le parece?

Al médico se le desencajó la mandíbula.

—Es cierto, querido, tengo una niña magnífica. Y soltera… Pero no se haga ilusiones, que también tengo una pala, una bolsa de plástico y una coartada. ¿Entiende?

La carretera desfilaba ante ellos. Le entristeció la idea de perder de vista al día siguiente tanto ese coche como a la mujer que lo conducía.

—¿Cómo he podido aceptar seguirla? Estoy completamente desesperado —pensó en voz alta.

—Oh, Mark, la falta de esperanza con usted es casi un placer…

El elixir del recuerdo

Más tarde, todavía en el coche, cuando la anciana le preguntó por qué había escogido la cirugía, el médico le contestó con frialdad:

—Me encanta trocear a la gente, y las otras actividades que permiten hacer eso son todas ilegales.

Silencio.

De repente ella se echó a reír. Pero como lo hizo mucho después de la broma, el médico supuso que estaba pensando en otra cosa.

—Hay que reírse —dijo Sarah—. De lo contrario, la vida es horrible.

Estuvo de acuerdo, sobre todo con la segunda parte de la frase de la anciana.

—Quería ser cirujano pediátrico, pero hubo un problema en el trabajo y no me aceptaron para la formación.

—¿Cuándo se sintió realmente médico? —preguntó Sarah tras otro silencio.

Su pregunta le pareció estúpida. Había estudiado medicina durante diez largos años y superado luego su doctorado. Era doctor porque estaba escrito en un trozo de papel.

Pero ahora que lo pensaba… ¿No había un día, o un paciente o una situación que le había hecho tomar conciencia en su fuero interior: «Ya está, curo a la gente, soy realmente médico»?

—Conocí a una mujer. ¿Cómo decirle…? Vi algo inolvidable. Algo que reconciliaría a cualquier persona con el género humano.

La anciana lo escuchó con atención: séptimo año de medicina, dos de la madrugada, de guardia en el hospital, lo buscan por todo el departamento. En dos ocasiones. Un certificado de fallecimiento en la quinta planta y un insomne en la tercera. Coincidencia rara: por un lado una paciente acababa de morir, por el otro, un paciente quería dormir. El joven médico había empezado por el insomne y le había recetado un somnífero. Había sido algo rápido, eficaz, no

había tenido que devanarse los sesos. Después había ido a la quinta planta para certificar la muerte. Una anciana. Pálida, el pulso inapreciable, sin respiración espontánea, los ojos vidriosos. Estaba muerta.

Virgil y Beatriz, el enfermero y la auxiliar, se afanaban alrededor de su cuerpo desnudo. Después del aseo mortuorio le enseñaron cómo poner correctamente el collarín cervical: «Si no hace eso, la mandíbula se desencaja y no es muy agradable para la familia». Luego la vistieron con delicadeza. El codo no entraba. Virgil empujó suavemente y cuando lo consiguió dijo: «¡Ya está, señora, lo hemos hecho!». El enfermero perfumó el cabello de la anciana. La familia no debía oler la muerte. «Es importante; los olores, chaval, determinan los buenos o los malos recuerdos…».

—Lo más duro, Sarah, fue cuando tuvimos que taponarle el ano. Eso también es importante. Si no lo haces, el cuerpo se vacía por abajo cuando el interior se pudre.

«Lo tapamos con algodón, pero a mí no me gusta», había dicho Beatriz. Qué frase. El médico se imaginaba que a nadie le gustaba eso, pero a las dos de la madrugada les agradeció que entraran en detalles. Después la peinaron durante mucho tiempo y con suavidad como si temieran despertarla. Cuando daba la última pasada de peine Virgil exclamó: «*Voilà*!».

—A su lado —dijo el médico—, Picasso terminando el *Guernica* era un aficionado.

—¡Qué raro! —observó Sarah—. Cuando habla de medicina parece un oso multicolor que sale de su hibernación. Un oso con cuernos de ciervo y alas, y delante de él un tarro de miel y cacahuetes. Se los come meneando el trasero y recitando poesía moldava. ¡Siga, es usted espléndido!

No se hizo de rogar y retomó el relato. Beatriz le había jurado con orgullo: «¡Estábamos aquí cuando se fue!».

Habrían podido estar en otro sitio, cambiando a otra paciente, bebiendo un café o jugando al ajedrez, pero no, estaban allí.

—Me fijé bien, Sarah, bajo sus manos no parecía una muñeca de trapo pálida y pesada, sino una muñeca de porcelana triste. Me acuerdo de su nombre porque le pusieron en la muñeca una cadena dorada en la que se leía «Alice».

El médico se equivocaba. En realidad, aunque no podía

acordarse de aquello, la muerta se llamaba Babeth. Alice era su nieta. Eran inseparables. Le habían colocado la cadena alrededor de la muñeca porque en el cuello tenía el collarín. «Podría habérsele caído y perderse». En el informe el joven médico escribió esta frase: «Fallecimiento constatado a las dos y media de la madrugada». Tapó el bolígrafo y fue a desprenderse de la melancolía a un pasillo para que nadie lo viera. Habitualmente no sentía nada. Los seres vivos lo conmovían, sí, pero los muertos pocas veces.

—Estaba un tanto cansado en aquella época. Así que al día siguiente decidí tomarme unas vacaciones. Me fui al otro lado del mundo.

Se le quebró la voz. De repente sintió que le flaqueaba la entereza y apretó con un golpe seco su cinturón de seguridad.

—Sarah, ¿cree que estamos solos en la vida?

—Lo creo, Mark.

Y le puso una mano sobre la suya.

El olor de la princesa muerta

Volvió a su casa esa tarde y el tirador del armario se le quedó una vez más en la mano. Le sentó como una bofetada en plena cara; tuvo la impresión de haberse pasado la vida intentando arreglar el puñetero tirador. Lo lanzó por encima de su hombro y dejó el armario abierto.

Lo que le desgarraba más el alma era saber que su mujer no volvería a entrar en el apartamento, que no arrugaría nunca más las sábanas con su cuerpo. Habría podido hablar de las mil y una cosas que ella no volvería a hacer, pero el silencio ya era la muerte así que no hablaba mucho. Callarse era una diagonal trazada hacia ella.

Se acercó a la ventana y contempló las vistas. No habría podido decir qué tiempo hacía. ¿Buen tiempo? ¿Gris? ¿Hacía viento? ¿Hacía frío? No le importaba.

Pensaba que echaba un poco de menos a su mujer. Pensaba «un poco» porque era una expresión fácil adecuada en todos los contextos: «¿La casa está lejos?». Respuesta: «Un poco». Y al oírlo ignoramos si llegaremos dentro de nada o si nos esperan seis horas de coche. Así que la echaba un poco de menos. Incluso sus compresas, arrugadas y apelmazadas, abandonadas en el cubo de la basura del cuarto de baño. Y el olor de sus pies cuando sudaba en sus zapatos en verano. Echaba tanto de menos ese olor que habría podido morir. Era una locura, ¿no? ¡El olor a pies! Mucha gente diría que es horrible, pero mucha gente no la había perdido a ella. Solo él. Así que solo él podía saberlo. Y les diría que se fueran a la mierda. También él. Eso, quería irse a la mierda. Quizá ella estuviera allí.

Porque el médico no sabía dónde estaba su mujer. La noche anterior estuvo deambulando por las calles frías y blancas en su busca, y en las calles frías y blancas se desgastó hasta el amanecer. Mirando su reloj, desgranando cada minuto pasado lejos de ella,

retorció la gran aguja de las horas con la mente, destensó todos sus resortes. Pero sus manos habían permanecido muertas; sus recuerdos, inaccesibles.

Su magia no había vuelto. Ella no había vuelto…

Y él seguía buscándola.

La noche anterior al entierro

Las edades de la vida

Era de noche y el médico esperaba a Sarah.

De pie en la acera se decía que tenía frío, que el aire era puro, que era la última noche de su vida y que echaba de menos más que de costumbre a la familia que nunca tuvo.

La anciana llegó con puntualidad. A través del cristal trasero del taxi vio un cubilete de champán, una estufa portátil, manteles tirados… Había más objetos allí que en todo su piso vacío.

—¡Suba! Y vigile dónde pone los pies.

—¿Nos vamos de *camping*? —preguntó doblando las piernas.

—Mejor aún, ¡de expedición a la montaña! —exclamó Sarah, y se tragó a palo seco dos pequeños comprimidos azules—. La artrosis es una zorra.

—¡Sarah!

—Las damas dicen tacos —dijo la aludida arrancando el coche —, pero cuando es oportuno. La vejez no se merece más que una boca llena de insultos.

El médico hizo un gesto en dirección a sus articulaciones.

—Podrían operarla.

—¡Prefiero morir!

—Una cosa no excluye la otra…

Circulaba a toda pastilla por las calles iluminadas. Las tiendas cerraban tarde a causa de las fiestas y los peatones corrían con los brazos llenos de paquetes. ¿Es que todo se había vuelto impaciente y apresurado en el mundo? El médico pensó que las personas eran estúpidas en Navidad, pero que no lo hacían adrede, que cuando uno compra algo compra el mundo que va con ello.

—¿Ha envuelto sus regalos, Teddy Bear?

—¡Qué graciosa! —contestó él con frialdad.

—Tuve un romance apasionado con un payaso que se llamaba Rodrigo. Era ventrílocuo para pies. Me lo enseñó todo sobre la

risa… Habríamos vivido felices si unas hienas no le hubieran devorado el pene. —Se deshizo de sus recuerdos borrándolos de un manotazo—. Me entristeció mucho y…

—¿Sarah? —la cortó.

—¿Sí?

—Cállese un rato, por favor.

—Vale, querido.

Silencio. Pero retomó la palabra:

—¿Por qué morir ahora, querido? La Navidad es algo sagrado.

Él resopló ruidosamente y se resignó. No tendría derecho al silencio.

—Era nuestro aniversario de boda.

—¡Qué fuerte! Estoy segura de que va a decirme: «¡Qué suerte toparme con esta vieja aquella mañana! ¡Un día más tarde y… zas, estaría muerto!».

Diciendo esto se pasó rápidamente el índice por la garganta y luego le tendió la mano riéndose.

—¿Hacemos las paces?

El médico se vio siete días antes en la misma posición, a punto de hacer un trato con ella. ¿Toda esa aventura se resumía en una sucesión de apretones de mano?

Entraron en un largo túnel donde se sucedían tramos iluminados con luces anaranjadas y otros a oscuras, como en una película estropeada por los años y la humedad. De vez en cuando la anciana le dedicaba una sonrisa y él se la devolvía con parsimonia. Esa mujer al volante tenía algo tranquilizador. Hacía que su suicidio fuera menos serio. Todo en ella parecía gritar que la muerte era un paréntesis intrascendente. «¿Ves, querido, esos dos intervalos de vida? Se persiguen, pero nunca se detienen». Era una impresión estúpida, pero estaba ahí, en la mente del médico. Ella le sonreía y él entendía: «Todo va a ir bien, querido, todo va a ir bien…».

—¿Sarah?

—¿Sí, querido?

—Ayer tenía el pelo rubio. Hace seis días, moreno. Quiero saber por qué esta noche lo tiene canoso.

—Porque esta noche soy vieja.

Las torres inmortales

Sarah entró en un paso subterráneo con el coche y lo aparcó en diagonal ocupando varias plazas a la vez.

—¿Acaso es culpa suya si las marcas del suelo están hechas en el sentido equivocado? —ironizó el médico, la vista alzada al cielo.

Sarah cerró las portezuelas riéndose y abrió el maletero silbando la melodía de *New York, New York*. Le puso en la mano derecha el asa de la estufa portátil y en la izquierda el del cubilete de champán, y luego pasó por encima de su hombro dos sacos de dormir atados con una cuerda.

—¡Ánimo, querido! —exclamó desfilando con orgullo delante de él—. Las damas caminan, los caballeros llevan los paquetes.

Él levantó la barbilla.

—¿Esta es su montaña?

—Es una manera de hablar, Teddy Bear. ¡Imágenes, metáforas y alegorías! ¡Las alcantarillas son infiernos, los jardines públicos son bosques de símbolos y los rascacielos son volcanes! ¿Cuál es nuestra suerte? Que este tiene ascensor.

Los botones de la cabina habían sido martirizados mediante quemaduras de cigarro. Un olor a vieja moqueta húmeda le asaltó la nariz.

—Esas torres son el lugar más mágico del mundo. Se ven todas las luces de la ciudad, incluso las que han desaparecido. ¡Son tan grandes, tan… invulnerables! Una noche entera para sentirnos inmortales. Usted y yo, cuatrocientos metros por encima del suelo… ¡Los reyes del mundo, querido!

El termómetro era tajante: lo que les esperaba en la azotea era una temperatura que helaba la sangre en las venas.

—Tendrá que darme calor.

—¿Toda la noche?

—Toda la noche. He sobornado a mucha gente para que nos

dejen tranquilos, así que no me chafe el plan.

Silencio. Sarah se miró el reloj con aprehensión.

—¿Querido?

—¿Sí?

—Vivirá, aunque llueva o haga viento. Vivirá, y su mujer, como su nostalgia, solo será lluvia y viento. Conseguiré devolverle sus recuerdos y volverá a ser el hombre que era.

—¿Por qué está tan segura?

—Porque soy peligrosa cuando estoy contra la pared.

—No me da miedo. Soy médico. Sé cómo acabar con la meningitis, el cólera y la difteria.

La anciana le envió un beso con la mano.

El castillo en el cielo

Había algo dramático en esa puesta en escena: el hombre y la mujer en el corazón de la noche, acampando bajo las estrellas en la azotea del rascacielos más alto de la ciudad. El médico aceptó el papel que Sarah le había dado: era su último acto. Estaba cansado.

—¿Lo ha organizado todo? ¿Usted, yo, aquí?

—Sí, querido. Incluso la nieve. —Miró el cielo—. Caerá dentro de cuatro minutos y treinta y tres segundos exactamente.

—Qué tópico…

—Gracias, querido. Me ha costado mucho lograrlo, ¿sabe? ¡He repasado todas las comedias románticas que se ambientan en invierno y que acaban bien!

—Ha olvidado las velas.

—Imposible. Soy alérgica al fuego —dijo cogiendo su mechero.

Hubo risas y el crepitar de un cigarrillo.

—Entonces ¿al final opina que los pingüinos tienen rodillas?

Él contestó, pero solo porque quería mantener la ilusión hasta el último momento.

—Claro que sí, Sarah. ¿Cómo pedirían la mano de sus hembras si no tuvieran?

—Un punto para usted —concedió ella.

Después preguntó qué color adoptaba un camaleón montado sobre otro camaleón. Pero el médico no lo sabía. Pensaba que era su última noche en la tierra y que tenía mucho miedo.

—Imagino que se pone negro de rabia cuando está enfadado —reflexionó la anciana en voz alta.

Estaban metidos en sus sacos de dormir, con la pequeña estufa a sus pies para tenerlos más calentitos, en medio de la calma, blanca y pura. Largas columnas de humo subían hacia el cielo como escaleras de algodón. Cuando empezó a nevar ella se pegó a él señalando hacia arriba.

—¡Justo a tiempo!

Molesto por tanta paz —e intimidad—, el médico separó los brazos prisioneros bajo la tela, empujando a Sarah lejos.

—¡Qué pequeño es este saco!

—¡Quéjese! No estará más cómodo en su ataúd nuevo de teca balinesa forrado de algodón azul royal clásico. Tuvo que darle la razón.

—¿Cómo hace para estar siempre en lo cierto, Sarah? —bromeó.

—A veces me equivoco.

—¿Ve? ¡De nuevo tiene razón!

Ella rió y al instante la expresión de su cara cambió, atravesada por un velo de nostalgia.

—¿Conoce la canción *This in Love with You*
Guy's
, querido?

El médico palideció de inmediato. Era la canción preferida de su esposa. Cuando los médicos los dejaban a solas el médico-que-quería-a-su-mujer bailaba con ella en su habitación de hospital. Escogían una canción, él la llevaba en brazos y daban lentas vueltas. El último día bailaron durante cuatro minutos. ¡Qué largo! Hicieron durar la canción toda una vida. Tuvieron hijos en ella, un niño y una niña, los criaron, fueron a sus obras de teatro de fin de curso e hicieron todas esas cosas que uno debe hacer con sus hijos antes de que sean mayores. Cuando la música se detuvo depositó a su mujer, ya muy vieja, en la cama y se pegó a su espalda. Estaba solo al despertar. Ella estaba… El médico había buscado a menudo la palabra exacta, la que no le desgarraría el corazón y sería la más «aceptable».

—Así pues —insistió la anciana— ¿conoce esta canción?

Miró la punta de su saco de dormir, que desaparecía en la penumbra.

—No, Sarah, no la conozco —mintió.

Ella puso su copa de champán en el borde de la azotea, salió de su saco de dormir haciendo muecas y le tendió la mano.

—¿Bailamos? —le preguntó—. Por favor, creo que moriré si me rechaza.

Le pareció tan débil… No pudo rechazarla.

—¿Conoce la letra?

—Nos la inventaremos sin problema.

—No tenemos música.

—No importa —afirmó Sarah—. Mis hijos dicen que canto muy mal.

—¿Y quiere bailar mucho rato?

—Hasta el amanecer. No tenemos mucho… «tempo».

El médico trató de poner buena cara, pero tenía ganas de llorar.

—Señora.

Sarah hizo una reverencia y él la atrajo hacia sí. Cuando ella se puso a canturrear, el médico pensó que alguien estaba estrangulando a un gato en alguna parte.

—Ya le he dicho que canto como una jeringuilla.

—Las jeringuillas no cantan —contestó él con una sonrisa.

—Normal, ¡les da vergüenza!

Los copos de nieve formaban remolinos alrededor de ellos, colándose en su baile sin que los hubieran invitado. Sarah pesaba apenas más que la nata batida que caía del cielo.

—¿Y si vaciara sus bolsillos, y si se fuera lejos de aquí para curarse? —exclamó pasando el dorso de su mano por las mejillas del médico con una ternura infinita.

Como no quería oír nada de lo que decía, él le hizo dar vueltas y vueltas, y ella se dejó llevar, el uno y el otro arrebatados por una especie de excitación mutua. Consecuencia del champán en el caso ella y de la inminente muerte en el de él. El médico estaba casi feliz. Muy pronto volvería a encontrarse con su mujer o, de no ser así, hallaría la paz de la nada y la ausencia de dolor.

—Sus hijos tienen razón —dijo el médico cuando se detuvieron —. ¡Lo que usted ha hecho con esta canción es terrible! Los templarios hicieron lo mismo con Constantinopla.

—¿Destruirla?

—Eso es, destruirla.

—¡Gracias, Teddy Bear, oh, gracias!

Él contestó: «De nada», pero pensó que esa música lo atormentaba ya, y que no le hacía falta que lo mataran una segunda vez.

El secreto de la vieja maga

Para Sarah el mundo era una bola de nieve a la que acababan de dar un fuerte empujón.

—¡Mi primera tía, María, juraba que los copos de nieve eran la carne, el esqueleto y la piel de los muñecos de nieve!

Tiritaba. El médico bajó la mirada: dos minúsculas lágrimas trazaban un reguero en sus mejillas. Recogió una con la yema de un dedo y se la depositó en la mejilla izquierda. Era absurdo, inoportuno y… muy frío.

—María murió en un campo de concentración. Sus cenizas recorrieron miles de kilómetros para acabar dibujando su silueta en el porche de su casa. Se la ve inclinada hacia delante recogiendo una seta. Qué inapropiado, ¿no? ¡Matan a su pueblo y ella recoge amanitas!

—¿Por qué llora, Sarah?

La oyó maldecir su sensibilidad.

—Los copos de nieve que caen sobre mi piel… Quieren modelar un muñeco de nieve triste… ¡Creo que están consiguiéndolo, los muy puñeteros!

—¿Por qué llora? —insistió el médico, y le robó otra lágrima que puso en su mejilla derecha.

—No debería enjugarle las lágrimas a alguien sin ponerse guantes —le aconsejó ella.

Se pegó a él y hundió la cara en el cuello de su abrigo.

—¿Qué hace?

—Me escondo, tontito…

Temblaba de los pies a la cabeza.

—¿Teddy Bear?

—¿Sí?

Tuvo que inclinarse sobre ella para oír lo que le decía.

—Charles y yo… quedábamos a escondidas en un bar, siempre

el mismo, Chez Maxence. Las luces de neón eran rosas, la cerveza era malísima y el cuero de las butacas estaba desgastado. —Suspiró —. Una noche fuimos al cine a ver *Qué bello es vivir*. A Charles le encantó, a mí no me gustó nada…

Sirenas de policía ulularon a lo lejos.

—Nos sentamos. Charles se echó una pizca de canela en polvo en las manos mientras decía: «¡Acuérdate de lo que la vida nos da!». Después se echó a reír y la camarera se acercó.

La anciana separaba las palabras y empalmaba las frases a toda velocidad, casi sin coger aire.

—Tomó nota de lo que yo quería, pero no de lo de él. «No servimos a negros», dijo. Charles me miró. Pensó que iba a defenderlo. Pero yo… yo…

Se interrumpió de repente. Le flaquearon las piernas y se desplomó. El médico la sujetó justo a tiempo y la puso en pie con delicadeza, como si soltase la bicicleta de un niño. Abrumado por su propio dolor, no sabía qué hacer con esa pasión que zarandeaba el cuerpo huesudo de la anciana. Sarah se agarró a él con todas sus fuerzas.

—Tenía razón el otro día: soy un monstruo.

No añadió nada más.

El médico cogió dos cigarros; tendió uno a Sarah y se quedó el otro. Durante un instante se sintió contrariado, como despojado de su luto. Entonces entendió que su encuentro con la anciana no había sido casual, que esa semana en su compañía había sido como la bonita música que sonaba al final de una buena película.

El tiempo restante

Cuando Sarah recuperó el color ya no quedaban ni cigarros ni champán.

—Me pregunto si la nieve me pone triste o si nieva porque estoy triste.

Lanzó un puñado de nieve azotea abajo como si nada y siguió con la mirada la catarata que caía.

—La magia existe —dijo el médico parafraseándola—, tiene que hacerla uno mismo.

La anciana sonrió y sus ojos se iluminaron de felicidad.

—¡Es tan bonito…! Subir hasta aquí para ver esto. Hay que hacerlo por lo menos una vez antes de morir, ¿verdad, Teddy Bear?

Se acercó al borde y observó peligrosamente el vacío. Una racha de viento levantó su melena blanca y la despeinó.

—¿Cogerá esa arma mañana para matarse? —preguntó la anciana, y la oscuridad interminable transformó su cuerpecito en muñeca a punto de caer—. Necesito estar segura. Es muy importante para mí.

El médico recordó el día en el que su mujer le regaló la pistola y los cargadores en la cajita roja. «Para ti», le había dicho. «Porque te quiero».

Se le quebró la voz cuando respondió:

—Lo haré.

—¿A las veintitrés horas y un minuto y doce segundos?

—A las veintitrés horas y un minuto y doce segundos.

—Será terrible.

—Será el fin.

Suspiró. La bala que acabaría con su vida había sido disparada en el momento en que la música se había detenido en la habitación del hospital.

—Lo que usted dice… me mata —concluyó Sarah bajando la

cabeza, derrotada.

Él la abrazó más fuerte aún, como para disculparse.

—No es culpa suya. Ha hecho cuanto ha podido.

La tormenta de nieve arreció y de pronto la anciana sonrió. Parecía haber aceptado su decisión.

—Vale —dijo ya más calmada—, sin duda hay que morir un día… No me gustan las despedidas. Así que cuando le lleve, ¿podrá decirme algo que no sea definitivo?

—¿Por ejemplo?

—No sé… Quizá: «¿Nos vemos mañana?». Sí, estaría bien que esté la palabra «mañana» al final.

Sarah apoyó la cabeza en su hombro diciendo que era un pobre imbécil.

—El alba está lejos. A este pobre imbécil le gustaría bailar con usted. Mis tímpanos no han vertido todavía toda la sangre de la que son capaces.

La anciana lo cogió de la mano y lo arrastró hasta el borde de la azotea.

—¡Venga, idiota, aún tenemos tiempo!

La cita de la vieja Sarah y del hombre-que-iba-a-morir

Se sentó en el asiento de Sarah cuando subió al coche, decidido a conducir por las calles y redescubrir el placer de tener un volante entre las manos. Su mano ordenaba. El coche obedecía. Que ese montón de metal se sometiera a su tacto le pareció extraordinariamente agradable y fácil.

Sarah le pidió que la llevara a una discoteca. El médico creyó que bromeaba. No bromeaba. Quería ir a un lugar donde sonara muy fuerte la música y hubiera buen champán.

Vieron en una esquina, en la acera, a una pareja cogida de la mano que reía. Sarah desvió la mirada y sus mejillas se ruborizaron con mil y un matices que lo expresaban todo. La excitación y la pena, la alegría y el arrepentimiento de una vida apenas esbozada.

Señaló un taxi que pasaba en el otro sentido.

—Ese también es mío.

—¿Por qué tiene esta profesión si es usted tan rica como dice? —preguntó el médico.

—Usted es mi primer cliente. Es mi coche, pero lo conduzco desde hace siete días solamente. Me encanta la idea de poder llevar a gente de un lugar a otro. Compré todas las agencias de taxi de la ciudad. Hay veinticinco. Poseo trece restaurantes, dos castillos, un parque acuático, once automóviles, tres dogos alemanes, un *jet* privado, un Stradivarius, un burro que se llama Cristina y una docena de fundaciones… —Contó con los dedos—. O trece, ya no me acuerdo…

—Me alegra saber que he sido la diversión de una vieja ricachona que se aburría.

—No es eso, lo sabe.

—No, justamente, no lo sabía.

Silencio.

—¿Cómo se hizo rica?

—Un día, era jueves, encontré un higo. Lo froté para que brillara y lo vendí. Con el dinero compré dos higos y ¡adivine!

—¿Los frotó y los vendió al doble de su precio real?

Una nube de tristeza pasó sobre su cara.

—En absoluto. Recibí una carta. Tía Graziella había muerto en un campo de concentración y heredé la suma equivalente a seiscientos treinta y ocho millones de dólares en cuadros, esculturas y clavos.

Algunas sombras vagaban por las calles desiertas. Había empezado a nevar de nuevo y el ruido del viento subiendo por las fachadas de cristal recordaban al gemido helador de un gigante solitario.

—¿Cree que tendrán cocaína? Siempre he querido saber qué sabor tiene.

—¡La cocaína no tiene ningún sabor! ¡Se esnifa, no se come!

—La gente no sabe lo que es bueno.

Sarah pareció reconocer el lugar y le pidió que girara a la derecha, luego a la izquierda y dos veces más a la derecha. De repente se oyó un grito:

—¡Pare! Aparque aquí.

Estaban frente a un bar con grandes luces de neón rosa.

—Han cambiado el nombre, pero era aquí —dijo—. Chez Maxence, creo. Ya no sé… Quizá no era aquí. Hace mucho tiempo.

Unas chicas reían, fumaban y bebían en la acera delante de la entrada.

Mil pensamientos asaltaron la mente del médico: «Lo hago, no lo hago… Lo hago… No, no lo hag… ¡Venga, lo hago!».

Desoyendo a Sarah, que le suplicaba que se quedara con ella, bajó del coche y entró en el bar con paso seguro y victorioso. Salió unos instantes más tarde con una bolsita de azúcar glas en el bolsillo.

Un minuto después Sarah intentaba formar rayas en el salpicadero del coche.

—¿Quiere?

—No —contestó el médico.

La anciana se removió, vaciló, se echó hacia delante, se echó

hacia atrás, hizo sonidos raros con la nariz, inspirando y estornudando varias veces, esnifando más aire que polvo blanco y, finalmente, se acomodó en su asiento.

—¡Es fantástico! Me siento… me siento… ¡muy rara!

Después de esa semana sufriendo sin decir nada, el médico acababa de tomarse una revancha tan encantadora como inofensiva.

—¿Imagina si nos paran los polis? ¿Qué escribirán en su informe? «Nombre: Sarah; apellido: Vieja; profesión: millonaria y conductora de taxi».

Él la corrigió:

—Verdugo.

—¡Sí, tiene toda la razón, Teddy Bear! «Delito: encantadora, espiritual, a veces vulgar pero nunca grosera, en una palabra: ¡absolutamente i-rre-sis-tible!»

—Puede añadir: «Vagabundeo nocturno, conducción bajo los efectos de las drogas, allanamiento de edificios públicos, violencia hacia calabazas y estacionamiento prohibido».

—Pero ¡así acabaré mi vida en la cárcel, querido!

—¡Será el terror para sus compañeras de celda!

Vio que miraba de reojo el bar… Decidió tentarla un poco más.

—¿Quiere entrar? ¡Los sillones están todavía hechos polvo y la cerveza no es lo bastante cara para ser buena!

Silencio.

—¡Es ahora o nunca, Sarah! —exclamó cogiéndola de la mano para arrastrarla afuera.

—¿Entrar ahí? —preguntó tensa—. ¡No! ¡No me atreveré nunca más! Ni siquiera estoy segura de estar en el sitio correcto. La memoria me juega malas pasadas a veces.

—¿Qué hacemos?

—Esperamos.

—¿A qué esperamos?

—No sé… Esperamos.

Transcurrió una hora durante la que los dedos deformados por el reumatismo de la anciana se enredaban bajo el efecto de una angustia inmensa y caótica.

De repente se oyó un grito de rabia. Una morena muy delgada con chaqueta de cuero salió del bar chillando:

—¡No vuelvas a hablarme! ¿Me oyes?

Una rubia alta con unos vaqueros
Levi's
rojos apareció detrás de ella.

—¡Espera!

Los otros clientes miraban sin decir nada.

—No, se acabó, no puedo más…

Se alejaron del bar corriendo. Cuando llegaron a la altura del taxi, Vaqueros-rojos lanzó a Chaqueta-de-cuero contra la pared y pegó su frente contra la de ella. Sarah y el médico lo oían todo.

—Perdóname.

—¿Me quieres?

—Perdóname —repitió la otra a su oído.

«Perdónala», dijo Sarah en un susurro casi inaudible.

—¡No puedo más! —gritó la otra—. ¿Me oyes? ¡No puedo más!

«Perdónala», rogó Sarah, y acercó los dedos temblorosos al cenicero.

Vaqueros-rojos lloraba, Morena-delgaducha lloraba, Abuelita-vestido-de-gala lloraba.

—Te quiero —dijo la más joven.

—Estás loca.

—Te quiero.

«Te quiere», susurró Sarah entre dos hipidos.

—Ven —dijo la mayor—, volvamos a casa. Estoy loca.

Se alejaron por una calle y la noche cayó sobre ellas como la colcha de una gran cama.

Sarah bajó la cabeza, agotada.

—¿Ha visto cómo se han ido las dos? —dijo en voz baja—. ¿Eh, ha visto?

—¿Qué hacemos?

Silencio.

—¿Sarah?

—Nos vamos.

—¿Está segura?

—Ahora sí. Me he equivocado. Nunca ha sido este bar. Era otro.

El último recuerdo

Dos décadas atrás. Final de las prácticas en urgencias. Si todo va bien, el joven médico se especializará en cirugía pediátrica. Lleva años pensando en eso. Desde que se pasaba las mañanas en calzoncillos viendo historias de superhéroes en la tele de su habitación de hospital.

Esa noche forma equipo con uno de sus superiores. Un tipo odioso y odiado. Pero temido.

23.13 horas. Los llaman para una urgencia domiciliaria. La señora Bosque se ahoga con la mano en el pecho. Infarto.

Delante de la ambulancia, la anciana que vive con la señora Bosque se acerca temblando.

—Me gustaría acompañarla, señores.

El jefe:

—¿Y usted quién es?

La anciana titubea. Quizá piensa que los tiempos han cambiado. Coge la mano de la enferma.

—Soy su compañera desde hace treinta y siete años.

En la camilla, la otra mujer se está muriendo. Bajo unas trenzas largas como la vida, sus venas son muy azules y su piel, muy blanca.

El jefe:

—Imposible. Solo podemos dejar subir a los familiares. Llame a un taxi. Nos vemos en el hospital.

Acompaña sus palabras con un violento portazo.

En la ambulancia se ríe delante de la señora Bosque, aún consciente:

—¡No puedo soportar a estas viejas bolleras!

El joven médico mira a su superior. Lo teme. Es él quien habrá de firmar o no su solicitud de formación. En ese instante decide no decir nada. Se odia por ello. Algo acaba de morir en él. Piensa en todo lo que esas «viejas bolleras» han tenido que soportar, con sus arrugas, sus dolores de rodillas y sus recuerdos comunes que se desvanecen. Han tenido que compartir muchas luchas y recibir muchos escupitajos.

A mitad de camino la señora Bosque se agita, intenta arrancarse la máscara de oxígeno. «Ha oído lo que el jefe ha dicho. Lo ha oído… Y las últimas palabras que resonarán en su mente serán: "… viejas bolleras"». El joven médico tiembla de rabia. No quiere que se vaya así. Eso no está bien.

Cuando vuelva a pensar en esa noche se dirá que habría podido inclinarse sobre la señora Bosque y decirle: «¡No escuche a este tío! Es usted muy guapa, señora. Su compañera es guapa. Y sus trenzas largas y blancas han crecido juntas». Pero no. No dijo nada esa noche en la ambulancia. Y la señora Bosque murió.

Dos meses más tarde el jefe le da el formulario cumplimentado con su firma. Lo aceptan en cirugía pediátrica. Incluso tiene derecho a una palmadita en la espalda: «¡Bienvenido a la familia, muchacho!».

El médico hace entonces la cosa más incomprensible de su vida. No devuelve el formulario. Ya no puede aguantar más, no después de lo que no ha dicho y que no le deja dormir. No será «técnico de día y cirujano para niños por la noche». Piensa castigarse así, matando el sueño del niño que comía galletas de calabaza mientras miraba en la tele dibujos animados.

Entonces decide escoger otra especialidad, como alma en pena, y empieza a olvidar por qué quiso hacer ese trabajo. Y cuando su mujer muere en sus brazos unos años más tarde olvida el nombre de sus pacientes. Ya no cura. Espera algo que no llegará.

El último amanecer

Se dirigieron al borde del agua. La anciana sacó una venda para cubrirle los ojos justo antes del alba. Había decidido privarle de ese espectáculo.

—¡Imagine todas esas auroras que nunca verá!

Un rayo de luz naciente acarició las cejas del médico. Miró a la anciana a los ojos y ella lo entendió todo.

—Muy bien —dijo tirando la venda al río—, es inútil insistir. Ha ganado… o perdido, según cómo lo mire.

La encontró increíblemente serena.

—Estábamos en el mismo campo, Sarah.

La anciana comprobó la hora en su reloj amarillo, en su reloj azul también, y levantó los brazos como una directora de orquesta.

—¡Ahora! —gritó.

Y el sol surgió lentamente delante de ellos, disparando flechas doradas sobre la isla. Magnífico. Sublime. Insuperable.

Al médico le habría encantado que su mujer viera eso. A Ana le habría gustado. Si hubiera visto esa lluvia amarilla que caía y se levantaba, habría vivido de nuevo. No se habría ido. No con esa luz. Era oro. Oro por todas partes.

—¿Mark?

—¿Qué?

—¿Qué hará antes de morir?

Pensó un momento y las palabras escaparon de su boca espontáneamente:

—Abriré la ventana.

—¿Por qué?

Negó con la cabeza. No sabía por qué. Era estúpido… Le devolvió la pregunta. La vio triste y pensativa. De pronto exclamó con absoluta convicción:

—Explicaría a la gente que me odia y que odio cuánto los

quiero. Mi muerte los pondrá tristes y podré fastidiarlos una última vez. Inteligente, ¿no?

—En serio, Sarah, ¿qué haría si estuviera en mi lugar?

Ladeó la cabeza, el peso del mundo concentrado en un solo pendiente.

—Pondría música en el tocadiscos. Algo muy melancólico. Besaría a mis hijos y les pediría que me dejaran sola. Luego me quitaría mi vestido de gala y miraría mi cuerpo desnudo y marchito en varios espejos inmensos. Entonces sería cuando estaría segura de querer dejar esa vieja piel. Porque hay que estar seguro, querido… Hay que estarlo… porque si no… eh… El caso es delicado… Ahora a callar y a disfrutar del momento. ¡No todos los días el sol se levanta por última vez!

Separación bajo la higuera

Condujo lentamente durante el camino de vuelta. Los copos de nieve formaban en el suelo una espesa capa de pintura blanca y resbaladiza. Sarah miraba por la ventanilla y sonreía sin decir nada. Se esforzaba en asimilar el exterior como si lo viera por primera vez. El médico hacía exactamente lo contrario.

Se detuvieron dos veces para que ella fuera a hacer pis. Decía que era a causa de la edad y la perspectiva de la noche. «Pronto todo habrá acabado», afirmó mirándolo fijamente a los ojos.

Se notaba que tenía miedo, un poco.

—Hemos llegado —constató la anciana cuando el médico detuvo el taxi cerca de la higuera—. Aquí fue donde se cruzaron nuestros caminos.

—Hemos llegado.

Temió que Sarah no fuera capaz de arrancar el coche de nuevo e irse. Así que dejó el motor encendido y se escabulló del taxi como un recién nacido con ganas de salir mientras ella se sentaba tras el volante.

—Gracias por todo.

—¡Eeeh! «Nada de despedidas», habíamos dicho.

Puso los dedos en el cenicero y desmenuzó nerviosa las cenizas.

—Solo pretendía demostrarle mi gratitud. Si hubiera querido despedirme la habría mirado, así, y le habría dicho lo guapa que es y cuánto voy a echarla de menos.

—No le creo.

—Tendré que decirlo una segunda vez, entonces.

Se quedaron en silencio, incómodos. A lo lejos el ruido de los coches crecía: el monstruo se despertaba bajo su caparazón. El médico miró distraídamente el árbol de las frutas mágicas, pero Régis el Pescador no estaba.

Cogió el viejo abrigo que Sarah había llevado para él y se lo

tendió dándole las gracias.

—¡Está muy estropeado y descolorido, pero abriga mucho!

—Quédeselo, tendrá frío. Era de mi marido… y me alegro de que caliente a alguien. Quizá sea el último regalo que esta vida le ofrecerá.

Una sensación desagradable se quedó atascada en su garganta. Tiró de la manija de la portezuela.

—¿Sarah?

—¿Sí, querido?

—La echaré de menos cuando me muera.

La anciana agitó una mano por encima del hombro con la mirada fija en la carretera. «¡Que le zurzan!», parecía decirle.

—Que tenga un buen día, señora —le deseó él temblando.

«Mírame», pensó. «Me voy a matar, así que mírame una última vez…».

—Adiós, Teddy Bear.

El médico rodeó el coche, dio un golpecito a la ventanilla de Sarah y se inclinó hacia ella.

—Ha olvidado abrocharse el cinturón.

—Es verdad —dijo con un hilo de voz.

Abrocharse el cinturón le costó varias tentativas torpes.

—¿Nos vemos mañana? —susurró el médico en un intento desesperado de captar su atención.

—Bla, bla, bla…

Dudó.

—Sarah, ¿nos vemos mañana?

—Como siempre, querido —dijo, la mirada fija en él.

Un repentino impulso lo llevó a introducir la cabeza por la ventanilla y darle un beso en los labios. Sin culpabilidad ninguna. Pensaba que su esposa habría hecho lo mismo en su lugar. Ella también habría besado a esa anciana vestida de gala. Es lo que había que hacer al final de los cuentos de hadas.

Sarah, sorprendida, contuvo la respiración. Se aferró al volante y, sin despedirse, puso la primera marcha y se alejó hacia la gran avenida, que bullía de vida.

El médico pensó en Ana, en él, en Sarah.

No lo había mirado.

En medio de la calzada cerró los ojos un instante. El taxi seguía

allí.

Las aceras, los árboles, todo se volvió amarillo.

Una risa retumbó, juvenil y muy lejana. Luego nada.

Estaba de pie.

Estaba solo.

Bajo la higuera.

El final del cuento

El médico-que-quería-a-su-mujer actuó como un autómata: «No entrar en el apartamento, ni hablar de entrar; comprar dos enormes ramos en la primera floristería que viera, uno para Ana, uno para Charles, de rosas, orquídeas y jacintos, como a ella le gustaban».

—Pero, señor, ¡esas flores no combinan bien juntas! —exclamó la mujer en delantal que había detrás de las macetas y sus bulbos al tiempo que cortaba un capullo que sobresalía.

—Perfecto —dijo él con un tono cansado—, me las llevo todas.

Iría al cementerio arrastrando una jungla de flores, sembraría detrás de sí pétalos y olores que los primeros transeúntes del día incrustarían en la nieve con un pisotón.

Llegaría y aguardaría frente a las rejas con los ramos en la mano.

No conseguía acordarse de la última vez que había tenido que esperar así, delante de una puerta cerrada. No podía decir que le había reconfortado, pero al menos le mantuvo ocupado durante diez minutos. Cuando tuvo demasiado frío golpeó los barrotes varias veces con una mano blanda. Popovitch le abrió sin demostrar la menor sorpresa y el médico puso el primer ramo sobre la tumba de Charles, enfadado con ese hombre que no conocía pero que tanto hacía sufrir a la anciana.

Luego fue hasta la tumba de su mujer y le lanzó las otras flores.

—¡Esto es para ti, ya que te crees muerta! —dijo con rabia antes de caer de rodillas sin derramar una sola lágrima. El mármol estaba helado. Le dio unos cuantos puñetazos, hasta que la mano le dolió —. El otro día, cuando estuve corriendo por aquí, no quise creerlo. ¿Esta lápida de mármol rosa? «¡No puede ser ella!», pensé. «Cal, óxido de hierro, silicio, eso sí, pero Ana…».

Popovitch puso sobre la tumba una taza de café caliente y se marchó como había llegado, lúgubre y cojeando. El médico bebió

un poco, como siempre; le dio muchas vueltas a la cabeza, como siempre también. Nada le calentó, como siempre. No le importaba.

Tenía ganas de insultar al mundo entero y, como el mundo entero era demasiado grande, empezó por ella. Pronto dejó de sentirse las yemas de los dedos. Entonces fue cuando lanzó un último adiós severo a sus recuerdos… y vomitó su odio hacia el mundo. Se levantó para marcharse, dio una última patada a la tumba de lo fea que era y… ¿qué vio bajo las flores? ¡Un minúsculo ramo de jacintos! ¡Sin tarjeta, sin un nombre, nada!

—Disculpe, ¿quién ha traído estas flores? —preguntó a Popovitch, que estaba esperando a la entrada del cementerio.

El sepulturero abrió la tapa del reloj de bolsillo que colgaba de su chaqueta y se lo enseñó diciendo que no sabía nada de aquello y que ya era hora de que se marchara.

El médico lo saludó cordialmente, a pesar de todo, y se arrastró hasta el metro con los jacintos en la mano. Dos minutos después se dejaba caer en un asiento apartado del primer metro que pasaba. Aceptaba enfrentarse a esas caras tristes y grises solo para buscarla a ella. ¿Ana? «Tiene que estar aquí», se dijo, «entre todos estos rostros tristes». ¿Ana? Cogería los ojos verdes de ese hombre, la melena pelirroja, del color del fuego, de esa mujer, la cintura de esa jovencita, las manos de esa otra… y volvería a modelarla con todo ello.

Quería algo imposible. Que el conductor detuviera el metro, que los pasajeros lo zarandearan por el hombro y que uno de ellos le dijera: «¡Solo es una broma, tío! ¡Una broma! Solo se ha ido un rato y esta noche estará esperándote cuando vuelvas a casa. Estará allí, y podréis bailar».

Sin quererlo, el médico-que-ya-no-sabía-curar miró en silencio a su alrededor y diagnosticó una cirrosis hepática por alcoholismo crónico al hombre que estaba a su lado, un trastorno de anorexia nerviosa a la estudiante sentada a su derecha, una miopía insuficientemente corregida al abogado que tenía enfrente.

Los observó con atención y sintió algo extraño en el vientre y en las yemas de los dedos, una especie de estremecimiento de su cuerpo hacia el de los demás. Se preguntó si quería conocer a esa gente y, como no acertó a darse una respuesta, salió a toda prisa del vagón de metro.

Anduvo por las calles nevadas; los zapatos le pesaban como una mujer con una larga melena pelirroja. Estaba sonámbulo del sueño de otro, ya medio muerto. La noche había caído, el cielo era límpido y las estrellas parecían heladas. La nieve crujía. Olía a invierno y a fin del mundo.

Cuando subía por la avenida Régis el Pescador le hizo un gesto sincero y amistoso con una mano. Le respondió con un saludo sincero y amistoso. Estaba contento de verlo una vez más antes de morir, sí, contento porque en la entrada de su edificio no se cruzó con nadie, como tampoco en el ascensor ni en los pasillos. Para entrar en su apartamento tuvo que derribar la puerta a patadas. No porque hubiera perdido las llaves. Ni siquiera las había buscado. Las tenía en un bolsillo, pero le apetecía tanto echar abajo la puerta… Mala idea: ya no cerraría del todo.

Una vez que estuvo en su casa tuvo la impresión de hallarse en el vientre de un monstruo gigante. El sitio le pareció oscuro y repleto de amenazas.

Fue entonces cuando el teléfono sonó, sacándolo de sus pensamientos. Pensó que colgarían cuando saltara el contestador. Sin embargo, volvieron a llamar enseguida, una y otra vez. Estaba aturdido. En un acto reflejo se miró la muñeca antes de acordarse de que Sarah se había llevado también su reloj, con todos los teléfonos de la casa. Intrigado, recorrió el apartamento. Seguía oyendo ese sonido ligeramente ahogado. Abrió uno a uno los cajones vacíos de su despacho y al final encontró un pequeño teléfono azul que vibraba contra la madera. La pantalla indicaba las 22.37 horas, y no se le escapó una sonrisa triste al ver escrito el nombre de Sarah. Se preguntó qué habría hecho ese día… ¿Pintura sobre unicornio? ¿Pesca, clases de taxidermia o, como ella decía, «tiro al arco para atravesar con mis flechas el gran misterio de la vida»? ¿Qué se había propuesto al dejar allí ese teléfono?

Descolgó con una mezcla de aprensión y un sentimiento extraño que se parecía a la alegría.

—¿Dígame?

Hubo unos segundos de silencio, tras los cuales oyó un gemido apagado.

—¿Es usted, Sarah? —preguntó.

Una voz femenina contestó finalmente.

—¿Mark?

El médico supo enseguida con quién estaba hablando.

—¡Venga, dese prisa! Es mi madre. Ha…

—¿Qué le pasa? —quiso saber el médico, el estómago retorcido a causa de un mal presentimiento.

—Ha muerto.

El entierro

La muerte

Querido Mark:

La muerte nunca habría encontrado un dúo más inesperado que el nuestro…

¡Zorra!

Me gustaría abofetearla, escupirle en plena cara: «¡Mírame! ¡Mira cómo muere la vieja Sarah! ¡Mira!».

Había una píldora en el escritorio: blanca, ligeramente ovalada. Fea. La miré un buen rato antes de cogerla. La hice rodar entre mis dedos como un trozo de manzana roja envenenada y me la tragué.

¿Me creerá si le digo que la muerte no sabe a nada? Es una cosa fría. La deslizamos en nuestra boca y ¡ya está! La rozamos con la punta de la lengua, esperamos que el plástico que la recubre se deshaga y nos dé el pasaporte definitivo.

¿La muerte? ¡Un vaso de agua que se bebe de un trago!

Le debo la verdad. ¡Más bien las verdades… porque le he mentido mucho! Pero ¿quién no miente? Sobre todo a quienes se ama. Usted me ha cobrado tanto cariño que no me guardará rencor. Es inútil negarlo, sé que me aprecia. ¡Estaré muerta, usted estará triste y me perdonará, eso es! Y puesto que conozco su gusto por los muebles en orden y las cómodas con todo bien colocado lo haré de manera limpia, bolsita negra por bolsita negra.

Primera bolsita negra: no fue una casualidad que mi taxi estuviera bajo la higuera aquella mañana. Estaba esperándolo. Tardó mucho, unos siete cigarrillos… sin contar el que me fumé con usted. ¡Una faena para mis pulmones!

Segunda bolsita negra: nunca he tenido tías, y mi único tío murió muy joven y sin demostrar ninguna habilidad. La de adivinar la muerte de la gente le habría permitido evitar aquella trilladora. Una pena. (En realidad murió en un campo de concentración, pero prefiero la versión

«episodio rural que acaba mal». No me juzgue, cada uno cuenta lo que quiere de su pasado). Tras lo que acabo de explicarle deducirá que no tengo habilidades ni dones sobrenaturales. La magia existe, pero debe crearla uno mismo. Gracias a Dios, la poesía ayuda mucho.

Tercera bolsita negra: hace dos años, en el mismo sitio donde está usted ahora, me enteré de que estaba enferma. Tuve derecho a todo: radioterapia, quimio y todo lo demás. Vomité, perdí el pelo y doce kilos. Todo eso para que el todopoderoso de bata blanca viera mis analíticas y, tan rápido como cae la cuchilla de una guillotina, dijera: «Le quedan dos meses, señora Amapöle».

Le respondí que quería julio y agosto.

No entendió la broma.

Resistí un año, querido.

Hace mucho tiempo que los calmantes no me hacen nada (se había creído lo de la artrosis, ¿eh?). Por mucho que me atiborrara de pastillas a lo largo del día, ¡nada! No quiero sufrir gratuitamente. Ver cómo nuestro cuerpo se deteriora sin que pueda hacer nada el espíritu lúcido que lo gobierna… ¡No, no y no! No aceptaré ninguna insurrección más de mi cuerpo. Razón por la que, sin quejarme y con elegancia, me iré esta noche.

Pero retomemos el hilo…

Cuarta bolsita: se trata de mi lista de las últimas cosas para hacer antes de morir.

Son estas:

1. *Ponerme cada uno de los días que me quedan un vestido elegante diferente y perfume francés. Quiero ser coqueta antes de dejar de serlo.*
2. *Mirar un amanecer, no importa dónde ni cuál, y llorar porque es increíblemente magnífico.*
3. *Probar algo que nunca haya comido porque pensaba que no me gustaría. No me equivocaba con los rollitos de primavera: están asquerosos. Pero puede que los de otoño sean mejores, ¡quién sabe!*

Este es el principio de mi lista. Me parece que a usted lo puse en octava posición: «Ayudar a un desconocido que necesita ser socorrido». Lo he hecho movida por una pizca de egoísmo: me resultaba más fácil

ayudarle a reencontrar su magia que permitirme recobrar la mía durante unos pocos días. ¿Qué quiero decir con esto? Quiero decir que yo lo necesitaba. Volver a caminar por los senderos de mi vida. Encontrar el perdón. Recuperar al joven pintor negro y a la jovencita del vestido rojo, la que fue amada, la que traicionó: nuestra película, su tumba, nuestro restaurante, nuestro edificio, el puente donde… ¡Mi primavera devuelta sesenta años después! Creía que nunca podría recordarla sin que se me rompiera el corazón, pero cuando lo hice, cuando volví a verlos… ¡oh, Dios mío! ¡Solo una vez, solo un instante! Tener a alguien a mi lado no era mucho pedir. Sola no habría podido. Usted me ha regalado el perdón.

Sigamos.

Quinta bolsita: llegamos al meollo de la historia que quiero contarle.

Es cierto que nunca he tenido tías, pero sí una amiga. Fue como una hermana para mí, la mejor. Me sujetaba la cabeza sobre el retrete cuando vomitaba toda la bilis de mi cuerpo. A cambio, yo escondía los cabellos que la enfermedad le arrancaba para ahorrarle la pena de encontrarlos sobre las sábanas. La conocí en los jardines del hospital. Ella sonrió, yo sonreí. No hay nada más que decir: todo estaba decidido. Ella venía a mi habitación, comparábamos nuestras vidas y lo que quedaba de ellas con la energía desesperada de los condenados a muerte que comparten una celda. Un día se desplomó entre mis brazos; era una mujer enamorada y estaba aterrada. Temía que después de su muerte su marido estuviera tentado de unirse a ella. Porque él la quería a su vez con un amor extraordinario. ¿Sabe, querido, que esos cuentos de hadas también les ocurren a la gente normal?

Acuérdese de que una mañana al verme hizo una mueca porque mi cara le sonaba. ¿No se cruzó conmigo uno de esos días en los que usted le llevaba jacintos?

A pesar de nuestras precauciones, es posible que me viera.

Fue a Anastasia a quien se le ocurrió la idea: la que sobreviviera de las dos cuidaría de la familia de la otra. Un proyecto legítimo, ¿no cree? Entre dos mujeres adultas y responsables, preocupadas por el bienestar de los suyos después de su muerte. Era lógico. Cerramos ese pacto solemne y sagrado estrechándonos la mano (las buenas costumbres…). Por desgracia se fue antes que yo. ¡Qué injusticia! Yo era la más vieja, la más… ¿preparada? No me cabe la menor duda de que Ana habría ayudado a mis hijos con todas sus fuerzas porque era una mujer

admirable, brillante, entrañable, con muchos ases en la manga… Su muerte literalmente me destrozó.

Teníamos dos planes:

—El de mis hijos, si yo moría primero.

—El de usted, si ella se me adelantaba.

Lo he seguido al pie de la letra.

Lo sabía todo de usted: que no tenía familia, su infancia en el hospital, sus desilusiones, sus pequeños compromisos, lo que pasó aquella noche en la ambulancia en la que esa mujer de largas trenzas blancas murió.

Cuando le dije a Anastasia que usted no me dejaría hacer nada, que rechazaría todas estas pruebas, rió a carcajadas: «¡Aún no lo conoces! Tiene un defecto enorme: se siente obligado a cumplir siempre sus promesas. Yo lo pillaré de otra manera, verás, antes de morir le diré: "Júrame que si alguien viene a tenderte una mano para ayudarte la aceptarás. ¡Prométemelo!". Lo conozco; sé que me lo prometerá. Y con lo que te enseñaré sobre él, sobre sus gustos, sus debilidades y su carácter, te obedecerá como un niño».

Solo tenía que recogerlo la otra mañana, con mi mano tendida y mis ojos azules de vieja abuelita bonachona y loca (por desgracia, no era un papel muy alejado de la realidad; estoy loca… y orgullosa de estarlo). Recité el texto que Ana y yo habíamos ideado y le lancé el lazo. Menudo día en el que Pinocho descubrió sus hilos, ¿eh? Me temo no haber conseguido hacerle cambiar de propósito, pero aunque eso me llena de tristeza, sé que he cumplido mi palabra. Podría pedirle que no se muriera e incluso escribirlo un millar de veces si tuviera tiempo. Eso no cambiaría nada. Seguirá siendo infeliz porque Ana murió, porque moriré yo y leerá esta carta en la que le hablo de ella y en la que estoy a punto de transmitirle su último mensaje: «Sarah, al final, cuando te vayas, dile que lo amo de los pies a la cabeza, como una loca, que lo amaré siempre y que esa palabra, "siempre", no era suficiente para nosotros. Luego le dirás que el escritor se equivoca: tenemos derecho a una segunda oportunidad, siempre. Y finalmente le pedirás que viva».

Ya está. Lo sabe todo.

Le quedan tantas cosas nuevas que probar, tantos deseos que hacer realidad, tantos amaneceres que contemplar… Libérese de su pasado, encuentre la fuerza necesaria para destruir lo que es y convertirse en un nuevo hombre. No le digo que se despoje del amor y los recuerdos,

porque ella estará constantemente con usted. Le digo que lo haga sin ataduras, como nuevo. Para reconstruir hace falta construir…

Con esta carta encontrará fotos y algunos regalos; son las únicas cosas que le dejo. Considérelas mi legado. Los secretos que contienen le serán más útiles que las grandes palabras.

He terminado el largo viaje de mi vida cenando con mis hijos esta noche. Mis dos grandes amores me han preparado mis platos favoritos. Hemos disfrutado, hemos reído, hemos llorado. Después de la cena han puesto los discos que más me gustan y he bailado con ellos. Les he acariciado las mejillas, besado las frentes. Nos hemos abrazado. Les he pedido que dejaran el gramófono girar aún un poco más porque me gustaría irme escuchando solo la música, porque la vida es un canto desafinado que no se detiene nunca y tengo mucho miedo de morir en silencio.

En el momento en que te escribo (¡fíjate, te tuteo!) están abajo. Prohibido subir. No quiero verlos ahora.

Les corresponde hacerlo venir aquí para que acabemos la agradable semana que hemos compartido. Lo llamarán por teléfono y luego irán a su casa unos minutos antes de la fatídica hora, está todo arreglado.

Imaginemos la escena: es muy tarde, la ciudad está a oscuras, usted sube de cuatro en cuatro los escalones, abre la puerta. Estoy sentada en mi sillón, frente a grandes espejos que he hecho instalar por todas partes en mi habitación porque no quiero perder detalle. Bajo mi mano, esta carta. Sobre el tocador, la peluca de pelo blanco. Me habré despojado de toda la ropa; debo quedarme desnuda delante de usted. Tenga un poco de indulgencia: soy una vieja con cuerpo de vieja.

Este es nuestro último paseo… o nuestro último baile. Le cedo mi cuerpo. Láveme con cuidado. Péineme. La peluca blanca será perfecta, las otras no me sientan bien ya, no están de moda. Perfúmeme, una pizca de canela, por supuesto. Nada de alianza ni de pulsera. Póngame los pendientes que están sobre la mesa, son un regalo de Charles. ¿El vestido rojo? Está sobre la cama y no ha perdido su color, ni siquiera después de tantos años. Y las bailarinas negras, ¿me las pondrá? Vístame. Cálceme. Solo se trata de ocuparse de una vieja amiga. No me deje reencontrarme con mi Charles hecha un asco.

Va a hacer falta…, ¿cómo se decía?, ah, ¿«taponarme el ano»? He dejado algodón en el tocador, ¡lo siento! Vamos, querido, ¡haga lo que tiene que hacer! ¡Encuentre de nuevo su magia! Como entonces, cuando

aquel enfermero y aquella auxiliar se ocuparon con mimo de aquella mujer.

¿«La cosa más bonita» que ha visto? ¿El día en el que realmente se sintió médico? ¡Esas son sus propias palabras! Recupere su don gracias a mí: esta noche lo nombro doctor solemnemente y vuelvo a investirlo.

Le devuelvo todos sus recuerdos.

¡Venga! No me deje así, no me abandone.

Tengo mucho miedo, ¿sabe? ¡Oh, Dios mío, sí lo tengo, si supiera cuánto…!

Acuérdese de quién era antes y de sus razones para convertirse en médico. Mírese en todos estos inmensos espejos. ¡No puede escapar de esa imagen! Su última prueba está aquí, en el reflejo de ese hombre que me cuida con delicadeza y a quien le obligo a mirar.

¿Es cruel? Sí.

¿Es necesario? Sí.

Pero es la pura verdad, es el final del camino.

Vivir… ¡Qué suerte! Piense en eso: estoy delante de usted como un espejo que va de la muerte a la vida.

Un recién nacido y un cadáver frente a frente. ¡La historia más antigua del mundo!

Sopese la pesadez de mis miembros, la pesadez de mis brazos y las arrugas de mi carne. Míreme: lejos de los míos, estaré tan lampiña y desnuda como usted. Esta piel sin pelo se la debo a la enfermedad, pero a usted, querido, yo lo pongo de nuevo en el mundo una segunda vez. Esta noche yo soy la madre que nunca tuviste y te obligo a renacer.

Teddy Bear, es el fin. No caminaré nunca más bajo el sol de los hombres. Mi mano se hace más pesada. Mi cuerpo me traiciona.

Temo que no acabaré esta carta a tiempo, que no podré expresar todas esas cosas importantes que quiero decirle. Tengo miedo de la muerte y de irme sin haber dicho cuanto tenía que decir.

Voy a dejarte, mi pequeño. Dejarte vivir. Te mentí el primer día: no conozco el sentido de la vida y puedo resumirte todo lo que aprendí de ella en una palabra: «Continúa».

No me guardes rencor por esta última jugarreta. No estés triste por mí. Vuelvo a casa para encontrarme con viejos compañeros a los que quiero, amigos que se fueron demasiado temprano. Y tengo un artista al

que amar.

¡Vive!

P. D.: El amor que sientes por ella puedo llevárselo de tu parte. En cuanto a tu muerte… te la arrebato. ¡Mantente con vida para los demás, todos los demás!

Les hace tanta falta… ¡Qué tontos son! ¡Qué guapos son! ¡Qué

El vientre azul del mundo

La enterraron la víspera de Navidad, por la mañana.

La iglesia estaba abarrotada y los hijos de Sarah, apretados el uno contra el otro, hicieron una señal al médico para que se uniera a ellos. Desprovisto de su disfraz, el empleado de la funeraria estaba roto. Se abrazaron sin vacilar.

—Sé que es un poco tu muerta también la que está acostada aquí —le dijo, y el médico encontró esas palabras terriblemente verdaderas.

La hija de Sarah se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

Imposible apartar la mirada del cadáver durante toda la ceremonia. Sujetaba sobre el vientre una pequeña maleta de cartón azul que contrastaba con el rojo del vestido. Ese atuendo, un poco ridículo para una anciana, le daba un aire de niña flotando entre dos aguas que invitaba a dejar volar la imaginación.

«Ha muerto ahogada», podía pensarse al verla. «Se agarró a esa maleta como si fuera un flotador. ¡Hay que ver cómo se aferra a ella!»

El médico se dijo que el ataúd era demasiado pequeño porque en su mente la anciana era más corpulenta de lo que era en realidad. Antes de que lo cerraran, el hijo de Sarah puso dentro un pequeño frasco con tierra y un gallo de escayola multicolor. Se oyó un sonido sordo cuando chocó contra la madera de teca. El joven se amparó en los brazos de su hermana.

«Una broma», pensó el médico, «están gastándome una broma pesada». El ataúd era el que habían escogido juntos, Sarah y él, el tercer día.

Antes del final de la ceremonia una mujer recorrió el pasillo en dirección al altar. Se acercó al micrófono con la cara descompuesta y vio al médico. Era la madre del pequeño Henry. Le dirigió un saludo con la mano:

—A partir del día en que mi hijo cayó enfermo, las ocasiones de sonreír se han hecho escasas. La mujer que se encuentra ahora tumbada delante de vosotros estuvo a nuestro lado hasta el final, apoyando a mi hijo, haciéndolo reír con su inagotable imaginación. Fue lo que mi hijo más echaba de menos: una amiga, una confidente, un compañero de camino. No podemos entender el estrecho vínculo que une a quienes están enfermos…

La mujer se detuvo, clavó de nuevo sus ojos en los del médico.

—No podemos entenderlo porque tenemos tiempo, segundos, minutos y horas… Porque seguimos aquí cuando la enfermedad pasa.

Después de ella otras personas fueron a bendecir el cuerpo y a hablar de Sarah. Luego la llevaron hacia el sauce, a ese hoyo donde la anciana había vertido el cubo vacío y, con una carcajada, había dicho: «En primavera, Teddy Bear, vendremos a coger fresas para hacer un pastel…». Ya sabía que esa tumba no sería la del médico.

El ataúd se deslizó dentro como «la espada en su vaina», y la idea de que su vieja Sarah cabía perfectamente en ese agujero le pareció al médico de una intolerable crueldad. Pasó algo importante. Lloró. La gente diría «como un mierda». Le hizo mucho bien llorar como un mierda. Pensó que a Sarah le habría encantado saber que le producía ese efecto. El día anterior se había ocupado de su cuerpo sin soltar ni una lágrima. Pero ahora era diferente. Había un hoyo y la anciana estaba dentro.

Le lanzó una rosa susurrando palabras inaudibles. El médico señaló la lápida a la hija de la maga. Encima había escrito: «Acuérdate de lo que la Vida da», junto con un nombre que él no conocía.

—¿No se llamaba Sarah?

—Evidentemente —dijo ella.

Movimiento de la barbilla hacia la tumba.

—¿Era rica de verdad?

—Más que eso, Mark.

—¿Rica cómo…?

—Como la vida.

—¿No era taxista?

—Eso también es evidente, Mark.

—No me llamo M…

No acabó la frase. ¡Qué más daba! Bien podía llamarle Teodoro, Arturo o Mark. De todas maneras, ya no sabía quién era.

—Es una ley universal la de llevar a alguien a alguna parte en cuanto lo conoces —dijo la chica—. Ella conocía a mucha gente.

Todos esos misterios… esos secretos que dejaba atrás y que no descubriría nunca… También estaba escrito «*lady*» sobre la tumba.

—El título le fue concedido por haber salvado a Inglaterra tres veces y media —explicó la hija de Sarah.

Seguramente era falso, pero reconfortó al médico. Tuvo la impresión de que Sarah seguía viva.

La joven reparó en su turbación.

—No se reproche nada. Los momentos que pasó con usted quiso tenerlos. Todos. Era mi madre… —Suspiró con orgullo—. Una mujer de palabra. Decía: «No hay extranjeros en este mundo, solo amigos que no se conocen todavía».

Hizo una pausa, recogió un puñado de tierra que dejó caer lentamente en el suelo.

—En la carta que me dirigió pidió que la enterráramos boca abajo y que pusiéramos su ataúd encima del de Charles. Quiere mirarlo todo el tiempo que a la muerte le resta para convertirse en infinito, y quiere pasarlo entero con él. Tienen colores que buscar. Pero el ayuntamiento no nos lo ha permitido. No está «homologado». Así que regresaremos este verano, cuando la tierra esté blanda, y sacaremos el ataúd, daremos la vuelta al cuerpo de mi madre y cumpliremos con su voluntad. En secreto. El guardia es amigo nuestro, nos ayudará. ¿Usted estará aquí…? —preguntó, dejando voluntariamente el final de la frase en suspense.

Silencio. El médico pensó en su mujer.

—¿De veras lo va a hacer esta noche? —siguió la joven.

—De veras —soltó él con dificultad, como si una compuerta acabara de abrirse de repente.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

Se quitó el gorro y le mostró su cabeza calva.

—No queda nada para mí aquí.

La muchacha examinó un poco de tierra a la luz del día antes de volver a guardársela en el bolsillo. Pensó que había en ella algo extraño, como el peculiar carácter de Sarah.

—¿Ha abierto todos los regalos de mi madre?

El silencio del médico fue en sí respuesta suficiente.

Los regalos eran un pasaporte nuevo y un billete de avión envuelto en papel de seda, el que la anciana había ido a buscar al aeropuerto el cuarto día después de su encuentro. El médico tenía miedo, estaba triste, temía cambiar de opinión, así que no había abierto ninguno de los dos obsequios. Aun así, varias fotografías se habían salido del paquete, la de Charles y una serie de polaroids en las que se veía a Sarah y a Ana en la habitación abrazándose. También había otras fotos en las que se encontraban en los jardines del hospital. Delante de ellas, seis pequeños agujeros cavados en la tierra; en sus manos, sendas bolsas con semillas de calabaza. En una fotografía el médico está durmiendo en una butaca. Sarah está inclinada sobre él. Sonríe al pensar en la broma que van a gastarle las dos: le ha metido un dedo en la boca mientras Ana los retrata. Más fotos. Pero sin ningún sentido. Una rayuela dibujada con tiza. El primer cuadrado contiene un 1 y los que siguen se desarrollan sobre el camino sin nunca terminar: 34, 677, 3455… hasta el horizonte, donde desaparecen. Imágenes de ventanas, de aviones y continentes, de la tierra vista desde el espacio, de galaxias que se apagan y de otras que nacen. Nubes cósmicas dilatadas y contraídas, constelaciones, orugas muertas y mariposas, átomos, moléculas, bebés que vienen al mundo, ancianos enfermos en sus camas de hospital…

—¿Qué había en ellos? —preguntó la hija de Sarah.

—Un último intento de hacerme cambiar de opinión.

—No funcionó.

Él le tendió la carta con el pasaporte y el billete. Ella los rechazó. El médico volvió a guardárselos en el abrigo. ¿Qué podía decirle? ¿Cómo hablar de la muerte a los vivos? Hablar con los muertos, eso ya lo había hecho bastante, pero ¿y al contrario? Posó la mirada en la tierra que dormía bajo la nieve. En primavera todo renacería.

—Dicen que de noche en el desierto una especie de gruñido extraño surge de la fricción de los granos de arena entre sí. El culpable es el viento, que los hace rodar los unos contra los otros… Es como el sonido de una ola que no deja nunca de romperse. Difícil imaginarse eso aquí, ¿verdad?

Estiró el brazo y con un gesto abarcó todo el paisaje blanco

delante de ellos. El desierto estaba en todas partes desde que su mujer ya no estaba.

Podía oír ese gruñido a cada instante. No lo abandonaba nunca. Era agotador. No quería oír el viento soplar sobre un mundo sin ella.

Bajó la cabeza, volvió a levantarla bruscamente, a derecha, luego más alto, hacia el cielo. Ocupaba muy mal su cuerpo: los límites le parecían demasiado pequeños y sus movimientos eran ahora los de un extraño. Había empezado a abandonarse a sí mismo. Se moría.

—No quiero oír más y no quiero ruido.

—¡Es Navidad! —exclamó la joven—. No se muere en Nochebuena. Se leen cuentos.

—Claro que sí, se muere. Pero es más triste.

—Hay locos que dicen que nunca hay que tirar la toalla porque nos arriesgaríamos a hacerlo dos minutos antes de que se produjera el milagro…

—He esperado siete días su milagro.

—¿Y si llegara el octavo?

—No. Se acabó ahora.

—Estoy convencida de que siempre hay un instante en que, en la vida de un hombre, un simple taxi puede marcar la diferencia. ¿En el momento adecuado, en el sitio adecuado, el conductor adecuado, una coincidencia fantástica?

—Realmente no es un milagro porque su madre me esperaba…

—Tiene razón —afirmó la hija de Sarah, muy segura—, era una cita.

El médico la abrazó y estuvo a punto de dar media vuelta cuando se detuvo.

—¿Quiere saber lo que le he dicho cuando le lancé la rosa?

—¿Algo triste?

—Al contrario, le prometí que la vería mañana.

Silencio.

—Y siempre cumplo mis promesas.

De vuelta bajo la higuera

Se echó sobre los hombros el viejo abrigo raído del marido de Sarah. Volvía del entierro cuando decidió detenerse un rato al pie de su edificio. Las calles eran interminables y tenía las piernas rotas de cansancio.

Vio la garita de cartón donde Régis el Pescador pedía limosna y se dirigió hacia allí. El Rey no estaba.

«¡Qué raro!, cuando no sabía que existía estaba aquí, y ahora que sé que existe nunca está», pensó el médico.

Miró esa especie de cabaña. No había nada dentro y sin embargo se sentía en ella…, ¿cómo decirlo…?, ¿quizá protegido? Sí, eso era. «Protegido de esta especie de mundo que nos prometen cuando somos niños, protegido de este espacio que querríamos conquistar de adultos y que cabe en cuarenta y seis bolsas de basura de plástico negro baratas».

El médico ocupó el sitio de Régis. Se mojó el trasero al contacto con la nieve. Tenía frío y calor, tenía hambre, no tenía nada y lo tenía todo, ya no sabía quién era. ¿Un hombre? ¿Un mendigo? ¿Un rey? ¿Un esclavo? ¿Libre? ¿Qué era, en definitiva? ¿Qué había conquistado? ¿Dónde estaba el niño que fue, lleno de sueños, con sed de libertad y aventuras? ¿Cuándo había muerto?

Cerró los ojos. Todo lo que vio le perteneció. Las palabras de la anciana resonaron en sus oídos: «Nunca está prohibido decir que no a la persona en la que nos hemos convertido, ni esperar más, cambiar y, quizá, volver a encontrarnos con nosotros mismos».

Se quitó los zapatos un instante. Quería sentir frío en el dedo gordo de su pie derecho, una última vez… En el dedo gordo de su pie derecho exactamente. La nieve caía justo en la punta de sus pies descalzos. Sus talones sangraban de haber caminado tanto.

Examinó sus zapatos más de cerca y se dijo que tenía que cambiarlos. La nieve no perdonaba.

Una monedita rodó hasta sus suelas.

—Lo siento, es todo lo que tengo.

Era su vecino, el mismo que había gruñido ocho días antes cuando Sarah no le permitió que subiera en su taxi.

El hombrecito entró en su casa con risa, espantado por el médico, víctima de una carcajada incontrolable. Bajo la higuera no dejaba de repetir: «¡No me ha reconocido! ¡No me ha reconocido! ¡No me ha reconocido!».

En realidad, el vecino ni lo había mirado.

Y el médico reía, más y más, con una risa espontánea y sonora, sin poder parar.

Se había convertido en un hombre nuevo, calvo y libre.

Se había vuelto loco.

Sus mocasines estaban para tirar.

EPÍLOGO

La leyenda de Mark Andeya

Así se acabó la historia del médico y de la vieja Sarah, y así empezó la mía, la de Mark Andeya el Alegre, el hombre que camina, Aquel-que-recuerda.

Nací una noche, cuando la magia tocó con fuerza en la ventana de este mundo. Un solo golpe, pero prodigioso.

Casi un grito.

Abrí los ojos.

Nací y otro hombre murió. Es la historia más antigua del mundo, y si tuviera que contarla diría que era una noche de Navidad, una noche de hielo y tormenta.

Olía a pólvora, a canela y leche. Abrí los ojos. La nieve caía en remolinos, llenando el cielo de hadas blancas y silenciosas.

Silenciosas…

Viento, ventisca y borrascas. No oía nada. Nací sordo, con el tímpano izquierdo perforado por el impacto auditivo de mi nacimiento. Me llevé una mano a la oreja, hacia ese zumbido incesante que me taladraba el cráneo. En mis dedos vi sangre, y esa sangre era como el líquido secreto de las madres cuando a fuerza de gritos y esfuerzos dan a luz un nuevo ser humano.

Había delante de mí un billete de avión y un pasaporte nuevo con un apellido y un nombre que descubría por primera vez. Deduje que era yo. También había una medalla de plata de san Cristóbal.

Ese nombre y esa medalla me hicieron reír y llorar.

¿Es extraño reír y llorar cuando uno nace?

Cogí la carta, la risa y los llantos y me marché. No había nada más que coger, así que no cogí nada más.

Me sentía descansado.

Me sentía bien.

Acababa de nacer.

Fuera los copos de nieve danzaban como gotas de leche en un té muy negro. Casi habría podido mamar la piel del cielo nocturno y sentirme tremendamente feliz, como un recién nacido pegado al vientre de su madre.

Había rejas. Las atravesé como si no existieran.

Un coche azul —en realidad un taxi amarillo pero que el frío del mundo pintaba de azul— ronroneaba bajo la tormenta de nieve. Me esperaba. No dije nada. La conductora arrancó. Me pareció conocerla, pero era improbable. Había nacido hacía apenas diez minutos.

Mi conductora aprovechó un semáforo en rojo para volverse hacia mí y darme varias fotografías. En ellas, dos mujeres calvas y bellas están manipulando los cargadores de un revólver. Se ve uno de los cargadores delante de seis calabazas enormes mientras ellas vacían las balas del segundo y las sustituyen por otras.

—¿Balas de fogueo?

—Sí.

Silencio.

—¿Ahora entiende?

—Sí.

—Entonces ¿no volverá a estar triste nunca?

—Nunca más.

Circulamos durante un buen rato. Me dejé mecer por las luces de la ciudad dormida pensando que era realmente precioso todo aquello, una ciudad de noche; era la primera vez que veía de verdad una.

—Gracias —dije al llegar al aeropuerto.

La joven al volante bajó sin pronunciar una sola palabra y cogió las fotos. «Ya no las necesitarás, Mark», dijo luego. Me ayudó a levantarme, me ajustó el abrigo y me abrochó el botón del cuello.

Miré detrás de mí. La gente, las luces, todo se agitaba sin hacer

el menor ruido, un caos sereno.

Tenía un poco de miedo.

Mi conductora me hizo un gesto con la cabeza, como para darme ánimos. Dudé. Entonces me empujó hacia la luz.

Entré. Di un billete de cartulina y un pasaporte al hombre de la ventanilla, quien comprobó mi identidad.

—¿Señor Andeya? ¿Mark Andeya? —pronunció al leer mis documentos.

Con un gesto le hice saber que no oía nada de lo que me decía. Escribió algo sobre una hoja y dio unos golpecitos a su reloj de pulsera: «Dese prisa, llega tarde…».

Sonreí.

Ahora vivo un poco en todas partes, pero más bien al otro lado del mundo. Voy por las carreteras y camino mucho, de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad. Me detengo en los hospitales y los padres vienen. Los niños corretean alrededor de mí. Después de las operaciones los reúno a todos y les cuento historias. Me salen antiguas palabras, les hablo de una princesa ciega, de una vieja maga que lucha con un dragón y lo transforma en cenizas. Hay un caballero que ya no tiene la fuerza de pelear, laberintos interminables, una gran y noble historia de amor. Les hablo de un país en llamas y de la paz restaurada. Los niños escuchan, ríen, lloran, tiemblan, gritan… y cuando termina la historia vuelven a pedírmela una y otra vez. Lo hago porque los cuentos son importantes. Hablan de la vida, de la valentía.

Existo discretamente, como poco, me acuesto temprano. No tengo despacho ni papel ni ninguna copa que llenar. Solo tengo la cama que me prestan. Los habitantes de las ciudades que atravieso me aprecian. Los trato y a cambio me invitan a beber té. Hablamos del mundo. Dos torres que pensábamos indestructibles cayeron. Aviones, llamas, ruinas… y una herida inmensa.

—Las están reconstruyendo —aseguran—, serán más grandes e importantes que antes.

Me paso la mano por la cabeza. Tengo el pelo largo, abundante. Contesto que está bien, que siempre hay que reconstruir lo que fue destruido. Sería terrible si no… ¿Dónde bailaríamos por la noche?

La noche… Sueño mucho.

Camino y camino a través de campos imposibles. Rosas, jacintos,

orquídeas. Voy hacia una chica pelirroja. Tiene un dedo sobre los labios y en la otra mano una cajita roja envuelta en papel de seda.

La abro: una larga carta, una antigua pistola pacífica y, como último regalo, un cargador que se transforma en nieve, luego en agua y en… ¡Me despierto bruscamente! La vida vuelve a por mí. Aquí las noches son claras, demasiado calurosas, el sueño puede no llegar hasta el amanecer. Doy vueltas en la cama, pero siempre acaba de la misma manera: enciendo la luz y releo *La aventura de la anciana feliz y del hombre que iba a morir*. Luego dejo la habitación, voy por los caminos, voy por los senderos, después de la ciudad, en el campo y hacia el mar. Camino bajo las estrellas, siempre, directo hasta la mañana. El sol se eleva hasta lo alto, ahí, en el horizonte, las estrellas palidecen, alzo la frente hacia el cielo, hacia esta vida que es la mía, esta vida que quiero y redescubro nueva, inédita, empezada de nuevo. Cierro los ojos. Algo crece en mí. Una certeza inmensa que me mantiene erguido y feliz. La alegría de saber que una carretera existe en algún sitio, aquí o en algún otro lugar, en cada cruce, si uno quiere, una carretera inmensa con un taxi amarillo en el que una anciana fuma mientras nos aguarda.

Solo hay que meter las manos en los bolsillos, vaciar su contenido en el suelo, volver a poner las manos dentro y, con una melodía de *jazz*, imitar unos pasos de baile e ir hacia delante.

Agradecimientos

Este libro, igual que el primero, está dedicado a Amélie. Te sigo continuando.

A Agustin, el niño gris.

A los cinco pilares de mi vida que soportan tanto mis excesos como mis carencias y que saben (casi) todo lo que escondo.

A mis tías adoptivas que velan por mí como hermanas mayores, y cuyo afecto y bondad son tan preciados como un salvavidas en la tempestad (Héloïse Guay de Bellisen y Laureline Amanieux).

A mis tíos adoptivos que velan por mí como hermanos mayores (François R. y Yann M.)

Para Claudia S., Catherine A. y Muriel R., siempre aquí, haciendo cuidadosas correcciones. Gracias por vuestro apoyo y por vuestras observaciones.

Para Véronique y Aline, buenas personas, y con ataques de risa encantadores.

A mis amigos, Yann P., Fonzy, Pussy, Sebastien × 2, Annais, Marine, Boud (excelente y grandísima persona), Marine, Solveig, Claire, Dede, Myriam, Olivier, Mathias, Will, Kiki, Valentin, al equipo la Fine al completo, al profesor Stéphane O., Florian el Magnífico (ojo por ojo, diente ¿por?), Camille el Refinado y Samuel el Pirata.

A todos los lectores de mi blog, que siguen mis peripecias de aprendiz de médico. Gracias por leerme y participar en esta espléndida aventura conmigo.

http://www.alorsvoila.com

A Katell, Pascal de Auch, Nathalie Couderc, Christian Thorel, Hélene Boyeldieu, el equipo de Ombres blanches, Furet du Nord, L'Armitière,

y mis «ojito derecho» Justine, Claire y, por supuesto, la genial Estelle. Las librerías necesitan lectores, los lectores necesitan librerías. Gracias a todos ellos, pues estos héroes vuelven el mundo y la naturaleza humana más comprensibles.

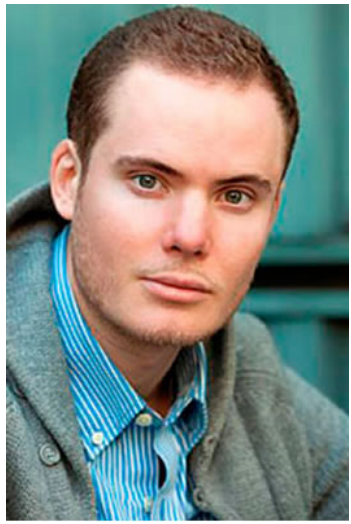
A la editorial Fayard, que es la prueba viviente de que uno puede sentirse en casa lejos de su sur natal. No podría encontrar un equipo más formidable, porque un libro no puede escribirse solo. A todo el mundo de Fayard: Alexandrine Duhin (por supuesto, tú lo sabes…), Marie Lafitte, Pauline Faure, Carole Saudejaud, Ariane, Anna et Véronique (las portadoras de buenas noticias), Maryline, Diane, Florence, Dabid y por supuesto Sophie de Closets y Sophie Charnavel (¡al final hemos hecho este libro juntos!). Y a todos aquellos que trabajan en la sombra.

A Benjamin e Isodore Juveneton, porque una promesa es una promesa. Dentro de diez años en el MoMA. Mirad su página web; es una maravilla:

http://adieu-et-a-demain.fr/

Para aquellos a los que les ha «tocado» la historia de Mãrkandeya, podéis continuar vuestra lectura leyendo el Mahabharata, texto épico-mitológico de la India. Yo he seguido la traducción francesa de Claude Carrière. Este hombre ha hecho un trabajo extraordinario e inaudito. Se lo agradezco.

«Toda existencia está constituida por una serie de “pruebas”, de “muertes” y de “resurrecciones”, cualesquiera que sean los términos de que se sirva el lenguaje moderno para traducir estas experiencias», Mircea Eliade.



BAPTISTE BEAULIEU (Francia, 1985) es médico. En 2012 puso en marcha el blog *Alors Voilà* en el que explicaba con humor e ironía anécdotas de sus prácticas en un hospital. Estas entradas le merecieron el premio Alexander-Varney durante el Congreso Nacional de Practicantes de Medicina General. Elogiado por la prensa y avalado por más de cinco millones de seguidores, un año más tarde publicó *La vida no es tan grave* (Grijalbo, 2015), que se convirtió en éxito de ventas y ha sido traducida a doce lenguas. *Un taxi a la felicidad* es su segunda novela.